



Roser A. Ochoa

SANGRE FRÍA

Sangre fría

Roser A. Ochoa

Copyright © 2019 Roser A. Ochoa

1ª Edición: Julio 2019

Diseño e ilustración de la portada: Raf. Remo

Corrección: María Arribas

All rights reserved.

El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este documento bajo sanciones establecidas.

ISBN: 9781077341531

Sello: Independently published

1

«Alguien tendría que partirle la cara», pensó Silas que se alejó de la mirilla de la puerta con sigilo, aunque no pudo evitar soltar un soplido de resignación. Se acercó al ordenador que ya estaba hibernando, pero no llegó ni a sentarse cuando de nuevo encaminó sus pasos hacia la entrada del apartamento. Desde el pasillo las voces iban elevándose y ganando en intensidad, y no era la primera vez.

—No te metas —le advirtió Leo.

—Quiero partirle la cara —reconoció en voz alta Silas, apretando la mandíbula.

Leo observaba desde la barra de la cocina a su hermano pequeño, que se debatía entre la sensatez de mantenerse al margen y la estupidez de intervenir en una discusión, que nada tenía que ver con él.

—No te metas —repitió cansado.

Para él era fácil, no se inmiscuiría jamás en problemas ajenos, nada que no tuviera que ver con ellos dos le importaba lo más mínimo, sin embargo, Silas era diferente, parecía el defensor de las causas perdidas, desde animales abandonados a, como en ese caso, la vecina del apartamento de en frente. Leo siguió con la mirada a su hermano que se movía inquieto, como si todo su ser batallara contra sí mismo, no pudo evitar sonreír consciente de la lucha interna a la que se estaba sometiendo en ese instante Silas. Lo vio alejarse de la puerta de entrada, cómo se metía en la cocina introduciendo algunas latas en una bolsa de plástico que después ató con un doble nudo.

—¿Qué haces? —resopló Leo, aunque en el fondo ya conocía la respuesta.

—¿No lo ves? Voy a tirar la basura —le aclaró Silas.

—Eso es meterse —adujo con paciencia.

No podía evitarlo, Nathalie le caía bien. En las pocas semanas que llevaban en ese apartamento la vecina del C había sido muy amable con ellos. Silas abrió la puerta del apartamento y la cerró tras de sí, al otro lado del estrecho pasillo la sorprendida pareja enmudeció de inmediato. Silas saludó con un seco golpe de cabeza y esperó a que la chica le devolviera el gesto, antes de empezar a descender los escalones de manera pausada, poniendo atención en las siguientes palabras de ese «capullo».

—Tienes que irte —dijo Nathalie, abriendo la puerta del apartamento, dispuesta a dar por zanjada esa estúpida discusión que, a esas alturas, ya no sabía ni por qué había empezado, sin embargo, Marcus no parecía tener intención de obedecer esa simple petición.

—Pero ¿qué te has pensado? No puedes echarme, esto no...

Nathalie sintió como la mano de él se aferraba a su muñeca, constriñéndola con desmesurada fuerza. No era la primera vez que peleaban, a decir verdad, no recordaba la última vez que no lo habían hecho, y si tenía que ser sincera con ella misma, no sabía el motivo por el cual seguía con él.

—Suéltame —pidió ella.

—Suéltala —añadió Silas, apareciendo por la espalda.

«Alguien tendría que partirle la cara» pensó, ese bien podría ser él, sería fácil y el «capullo» se lo merecía. Le observó un poco más, Marcus dio un paso en su dirección, como si pretendiera amedrentarle con esa actitud chulesca, momento que Nathalie aprovechó para terminar de abrir la puerta del apartamento y escabullirse dentro, desapareciendo de la vista de los dos.

—Pringado —escupió Marcus, empujándole para abrirse paso hacia las escaleras.

Silas le observó descender los escalones de manera pausada y, cómo antes de llegar al último escalón ya había encendido un cigarrillo. Desapareció envuelto entre esa bruma de alquitrán. Silas cerró los puños después de todo el esfuerzo que había hecho conteniéndose por no terminar golpeándolo. Podría haberle partido la cara, debería haberlo hecho.

—Gracias —susurró Nathalie, saliendo de nuevo al pasillo.

—Es un capullo —replicó Silas.

—Lo sé —sopló la chica—, bueno él... bah, no merece la pena ni intentar excusarlo, es un imbécil.

«¿Y si es un imbécil, qué diablos haces con él?» pensó. Sin duda alguna el género humano se escapaba de su comprensión. Silas era un tipo tranquilo, mucho más que Leo, en realidad no le gustaban las peleas y evitaba todo tipo de confrontación, puede que fuese porque sabía cual podía ser el resultado de dar rienda suelta a ese animal que llevaba dentro, que cuando salía era difícil de controlar. Y de pronto la voz de la razón acudió a su cabeza, esa que le gritaba que se alejara de todo y de todos, por el bien de ellos.

—Bueno, tengo que irme.

—Claro... ¡Oye! ¡Espera! Tengo tarta —dijo de pronto Nathalie—, de tres chocolates —añadió con una sonrisa—. ¿Está tu hermano en casa? —preguntó.

Silas dudó unos instantes antes de terminar asintiendo con la cabeza.

—Bueno, puedo llevaros un trozo después, antes de irme a trabajar... — tanteó ella.

—Bien —aceptó Silas.

—Vale —dudó Nathalie, esos chicos la ponían un poco nerviosa, sobre todo Leo, el hermano mayor, que parecía siempre enfadado por algo.

Silas entró de nuevo en el apartamento, Nathalie le vio cerrar la puerta antes de adentrarse en el suyo. Suspiró, tenía que poner fin a su relación con Marcus, había empezado con mal pie y la cosa no había mejorado en esos meses. Era un chico divertido cuando los celos no le cegaban, que solía ser bastante a menudo por desgracia, a pesar de que ella no le daba nunca motivos, aunque de ser así tampoco justificaba su comportamiento de neandertal. A decir verdad, su vida en esos momentos era bastante aburrida, entre el trabajo y el curso de repostería no le quedaba demasiado tiempo para salir, mucho menos para coquetear con otros hombres, como insinuaba constantemente él. Definitivamente tenía que dar carpetazo a esa relación sin futuro, ¿dónde narices estaban los hombres de las novelas románticas?

Nathalie entró en la ducha y salió con rapidez. Soltó su pelo, se peinó, recogiendo su larga y rosada melena en una trenza, sin evitar sonreír al recordar las palabras de su madre la primera vez que apareció con el pelo de colores, dijo que parecía uno de esos ponis mágicos. Se enfundó el uniforme de la cafetería donde trabajaba, metió las llaves y el móvil en la mochila, y salió a toda prisa. Antes de cerrar del todo la puerta recordó la tarta de tres chocolates para sus vecinos.

Llamó y aguardó un instante. Leo le imponía, casi sería más correcto decir que le daba un poco de miedo. Era alto y fuerte, Nathalie tenía la idea de que era luchador de algo, pues bajo la camisa se adivinaba un cuerpo muy bien definido además, tenía una pequeña cicatriz al lado del ojo derecho y cara de pocos amigos. Siempre parecía molesto y en esas semanas no le había escuchar pronunciar más de tres palabras juntas. Pidió mentalmente que no fuese él quien abriera la puerta, y rebufó cuando, cual broma del destino al abrirse, Leo clavó sus profundos ojos azules en ella, cosa que la hizo estremecer. Sin duda, a pesar de su atractivo, no era un tipo amigable.

—Silas —gruñó el hombre girándose hacia el interior del apartamento y dejándola fuera.

Nathalie dudó un instante, pero al ver que Silas no aparecía decidió adentrarse un poco. Era la primera vez desde que se habían mudado, unas

pocas semanas atrás, que entraba en el apartamento, y la verdad fue que se sorprendió. Miró alrededor intentando ser lo más discreta posible, sin embargo la discreción no era una de sus virtudes.

—Vaya —soltó ella, cuando Silas apareció por una de las puertas del pasillo—, vosotros sí que practicáis eso del minimalismo.

—¡Ja! Bueno... —dijo él observando a su alrededor y rascándose la nariz con los nudillos, sin saber muy bien que debía decir—. Es funcional ¿no?

—Si tú lo dices... más parece que os hayan entrado a robar —meditó Nathalie—. ¿Os han entrado a robar?

—¿Qué? ¡No! —bufó Silas.

—Uffff... —resopló aliviada—. Te traigo la tarta —sonrió alzando el plato, aunque aún no muy convencida, ya que seguía pensando que esos hermanos tenían algo extraño—. Está de vicio.

—Gracias —murmuró él, alargando la mano y cogiendo el plato, para dejarlo después sobre la encimera.

—Tengo que irme a trabajar —anunció ella, Silas parecía incómodo, o eso entendió la chica por su actitud, la verdad era que los dos hermanos siempre parecían muy tensos—. Bueno pues nada... ya me devolverás el plato.

—¡Claro! —acertó a decir él, antes de que ella desapareciera hacia fuera—. ¡Nathalie! —llamó su atención desde la puerta.

—Puedes llamarme Nat —apuntó ella.

—Deberías dejar a ese cretino —le espetó de pronto.

Nathalie lo miró enarcando una ceja, aunque no dijo nada, solo dio media vuelta y descendió corriendo los escalones de dos en dos.

—¡Joder! —Leo estaba sentado en la mesa de la cocina y comía una cucharada tras otra—. Tienes que probar esto...

—Ese tío es un imbécil —gruñó Silas, aún enfrascado en sus pensamientos.

—Imbéciles hay muchos en este mundo —le recordó Leo—. No puedes matarlos a todos.

—¿No? —inquirió Silas taciturno.

—Me temo que no... solo a algunos —comentó Leo con media sonrisa, pero sin dejar de comer.

—¿Vas a dejarme algo?

—Puede... no, casi mejor no... está buenísima. Además, tú tienes trabajo —dijo señalando el ordenador.

2

Silas se rascó los ojos con ambas manos, estaban enrojecidos y le picaban desde hacía un buen rato. Los cerró unos segundos volviéndolos a abrir poco después. Necesitaba con urgencia unas gotas de esas para refrescarlos o se los arrancaría directamente, pues esa era la otra opción que se le ocurría. Ahí estaba la parte del trabajo que más odiaba: vigilancia y monitorización de movimientos del sospechoso. Y quien decía sospechoso decía víctima. Era un auténtico aburrimiento, a él le gustaba más cuando tenía el rifle entre las manos y solo existían él, su punto de mira, y el culo de su hermano al que salvar. Pero fuera como fuese, el trabajo previo a la noche «D» era un verdadero coñazo, que implicaba largas sesiones en el sofá sentado, con la mirada clavada en la pantalla del ordenador y sin apenas moverse. Se rascó la nariz con los nudillos en un repetido gesto semi inconsciente. Bufó un par de veces, y el tercer soplido lo soltó con demasiada teatralidad para que sonara sincero del todo.

—¿Qué? —inquirió Leo desde la habitación.

—Me duele el culo de estar sentado.

—Levanta, para eso los llaman portátiles, porque los puedes portar de un lado a otro, por ejemplo, del sofá a la isleta de la cocina —comentó con ironía.

—Idiota —murmuró Silas.

—Lo digo en serio —dijo Leo sacando la cabeza por el quicio de la puerta para mirarlo—, y ya que vas a la cocina hazme un café.

—Háztelo tú con los cojones —replicó Silas.

—Podría y lo sabes, sin embargo prefiero que me lo hagas tú, que pareces muy aburrido, solo pretendo darte algo de diversión.

—¡Este tío es un obsesivo! —exclamó Silas cogiendo el portátil, y llevándoselo hasta la encimera para empezar a preparar el café—. ¿Quieres putearlo bien? ¡Tócale con las manos sucias! Qué pesadez de hombre, siempre lo mismo, siempre lo mismo... Me duerno, ¡en serio! Voy a dormirme...

—Pues para eso sirve también el café. Hazte uno —replicó Leo esbozando una sonrisa sardónica.

Leo salió de la habitación totalmente trajeado. Vestido así imponía

bastante. A su casi metro noventa de altura se sumaba un cuerpo fuerte, el pelo rapado y la cara de pocos amigos. Silas lo observó un segundo, cada vez se parecía más a su padre, y ese pensamiento hizo que le embargara una profunda melancolía. Echaba de menos a su progenitor, siempre tan rudo, tan formidable, aunque a la vez tan divertido con ellos. Leo se asemejaba a él, a excepción de la parte divertida. ¿Se parecería él cada vez más a su madre? Silas suspiró. Era más bajo que su hermano, más ágil y rápido, lo que implicaba que tenía menos presencia corporal. El pelo sí era como el de su madre, del color de la arena, un tono a medio camino entre el dorado y el castaño con ciertos reflejos cobrizos. Inconscientemente pasó los dedos por su ensortijado matojo de pelo y sonrió. Echaba mucho de menos a sus padres.

—El café —advirtió su hermano.

Quiso decirle que estaba pensando en sus padres, pero no lo hizo. Leo jamás pensaba en ellos, o si lo hacía, nunca lo había compartido con él. A decir verdad, desde su muerte Leo se había creado tal coraza alrededor, que a veces, a Silas le daba miedo que terminara de cerrarse del todo y ya ni él pudiese entrar.

—Café solo, con dos cucharadas de azúcar, sin removerlo del todo —susurró mientras lo preparaba—. ¿Cómo te puede gustar masticar el azúcar? —preguntó Silas con una mueca de asco.

—Porque es dulce.

—Yo también soy dulce, ¿vas a masticarme? —inquirió Silas, alzando una ceja.

Leo soltó una carcajada antes de llevar la taza a sus labios. Su hermano era único en su especie. Cada vez se parecía más a su madre, y no solo por el físico, que eso era innegable, sino en su forma de hablar, pensar, actuar, incluso algunos gestos le recordaban ella. Y eso le alegraba y entristecía a la vez. Era tenerla presente sabiendo que jamás volvería. Así era la muerte. Irreversible.

Masticó con tranquilidad y parsimonia ese azúcar impregnando con los últimos restos del café, lo hizo con la boca abierta y exagerando el movimiento, mientras Silas hacía un gesto de desagrado. Leo contó mentalmente hasta tres, antes de que su hermano le mandara a lavarse los dientes. Esa obsesión por las caries también la había heredado de su madre.

—Ve a cepillarte los dientes, anda —dijo Silas, señalando la puerta del baño.

Leo volvió a sonreír complacido, y obedeció.

—Voy a salir un momento —le anunció, aún con el cepillo dentro de la boca.

—Ya me imaginaba que no te habías trajeado para mí —bromeó Silas.

—¿Necesitas algo? —preguntó Leo aún desde el baño.

—Aire fresco —replicó con una mueca Silas.

—Abre la ventana —le recomendó su hermano.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó de pronto Silas—. ¿Puedo ir yo?

—No. —Leo negó de manera rotunda.

—¡Joder! —gruñó enfadado Silas.

—¿Es que tenemos que tener siempre la misma discusión? —inquirió Leo con gesto de cansancio.

—Solo una vez más —suplicó Silas haciendo un mohín—. De verdad que estoy muy aburrido.

Leo suspiró, clavó los ojos en su hermano, que ya se preparaba para la batalla dialectal que, sin duda, no le llevaría a nada. No iba a dejarle salir. Él era el que trataba con los clientes, el que se dejaba ver, el que hacía el trabajo sucio. Era la única manera que tenía de protegerle. Él era el hermano mayor, y Silas era su responsabilidad. Y para ser fieles a la verdad, no soportaría que le ocurriera nada, prefería mil veces morir él a que nada pudiera hacerle daño a su hermano.

Por eso siempre era él el que salía, y Silas el que se quedaba vigilando, aún así tenían que discutirlo. Estaba claro. No podía ser de otro modo. Suspiró de nuevo, aunque no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

—No vas a salir —dijo, sin poder evitar que se evidenciara demasiada poca convicción en el tono.

—Joder, ponle más ganas —se quejó Silas.

—¡He dicho que no vas a salir y punto! —Leo inquirió con la mirada, si el tono era ya de su agrado a lo que Silas asintió conforme.

—¡Tú no eres el jefe! —rebatía Silas—. Saldré si me da la gana.

—He dicho que no, y no es no, ¿está claro? —argumentó tajante Leo.

—¡Te odio! —exclamó el pequeño apretando los puños.

—No vas a salir —siseó Leo, agravando mucho más el tono de la voz hasta convertirla en un ronco gruñido.

—Claro que no voy a salir —afirmó Silas susurrando también—, pero solo porque yo no quiero.

Ambos soltaron una carcajada. Leo cogió la chaqueta, la pistola y el móvil. Tres elementos imprescindibles para ellos. Silas se sentó en uno de los

taburetes de la cocina con su café con leche en la mano.

—Lo digo en serio, no salgas —advirtió de nuevo el mayor, Silas asintió, sin embargo algo llamó la atención de Leo, que detuvo el paso casi cuando alcanzaba la puerta—, y que no entre nadie —añadió mirándole a los ojos.

—¿Pido que me enseñen la patita por debajo de la puerta?

—Y si es rosa ni abrirla, ¡no! Mejor, no quiero ni que te acerques a la puerta, ¿me oyes? En esta casa no vive nadie.

—Tráete unos donuts o algo —soltó Silas ignorando sus últimos comentarios, y centrando su visión de nuevo en la pantalla del ordenador.

—¿Para la cena? —preguntó Leo extrañado.

—¿Por qué no? —inquirió Silas alzando la mirada.

—Pues porque eso no es una cena. Traeré algo de verduras o... no sé.

—Prefiero unos donuts— respondió Silas con una sonrisa, provocando a Leo. No lo veía, pero intuía la cara larga que se le había puesto a su hermano, y esperaba su contestación para poder rebatirle.

—Y yo prefiero un hermano mudo, y me has tocado tú.

—Yo preferiría una hermana que estuviese buena y practicar eso del baloncesto.

—Incesto —le corrigió Leo.

—Mira el pillín como controla —rio Silas, consciente de que estaba llevando ya al límite al soso de su hermano.

Leo fue a replicar, pero finalmente calló. Era imposible. Silas estaba demasiado aburrido, y un Silas aburrido era uno que le sacaba de quicio, que le provocaba un instinto psicópata difícil de controlar, y a veces terminaban pagándolo otros. Leo salió del apartamento mirando el reloj, solo tenía que hacer un par de gestiones, una hora a lo sumo, aunque decidió que, por su salud mental, tardaría más. Y compraría unos jodidos donuts, así a lo mejor le dejaba tranquilo un rato, o le daba un coma diabético, en cualquier caso, estaría callado durante un tiempo.

Encendió un cigarrillo antes de alcanzar la calle.

3

Mientras que con un ojo controlaba la pantalla del ordenador, con el otro vigilaba la ventana que daba a la calle. La única que daba al exterior de ese cuchitril al que algunos consideraban su hogar. Hacía un rato que Nathalie, la vecina del C había llegado de trabajar, sin embargo seguía allí abajo, como si no quisiera subir. Llevaba aún enfundado el horrible uniforme de alguna cafetería de la zona, aunque no sabía de cual, pues desde hacía una semana su máximo garbeo por el exterior había sido bajar a tirar la basura.

Silas siguió con la mirada a la chica, y se olvidó por completo de su objetivo principal, el hombre al que se suponía que debía vigilar. Parecía enfadada o triste, Silas se acercó un poco más a la ventana retirando la cortina para poder observarla mejor. Estaba claro que estaba enfadada, pues movía las manos de manea exagerada mientras hablaba por el teléfono con alguien que la estaba poniendo de peor humor. «Marcus, maldito bastardo» pensó, pero se hizo un auto llamamiento a la calma, si dejaba salir su animal interior la cosa podría terminar muy mal, no para él, aunque sí para ese chico, y ellos estaban ahí por trabajo.

—¡Mierda! —exclamó en voz alta, cerrando la cortina de golpe y volviendo al ordenador. Se había olvidado por completo del «sujeto».

Miró de nuevo la pantalla, no parecía haber cambiado mucho la situación, al menos no durante las últimas dos horas... «¿Le habría visto Nathalie espiándola?» se cuestionó Silas, y sacudió la cabeza. Miró el reloj, Leo hacía casi una hora que había salido, y él seguía ahí plantado como un triste vegetal. Dejó caer pesadamente la cabeza sobre la encimera hasta que su frente reposó contra el frío granito, pensó en golpearse un poco más fuerte, así a lo mejor se animaba la tarde.

A los pocos segundos unos pasos se escucharon por el pasillo exterior, pasos que detuvieron su avance justo frente a su puerta.

—Tú, abre —escuchó. La voz de Nathalie se alzó por encima de la madera—. Te he visto mirándome ¿qué eres un *voyeur*?

Silas permaneció callado en la misma posición que estaba, con la frente pegada en la encimera. Por un segundo se le olvidó hasta respirar.

—Pues tú te lo pierdes, tengo *cupcakes* —soltó la muchacha sin un ápice

de enfado en la voz.

Silas alzó la cabeza y dirigió la mirada a la entrada del apartamento.

—¿De qué? —se atrevió a preguntar.

—Café.

—Ña... —gruñó—, no me convencen.

—*Red Velvet*.

—¡Joder! —Silas se levantó para ir a abrir a su vecina—. Esos son mis favoritos —dijo quedándose parado justo tras la puerta—. Enséñame la patita —comentó divertido.

—¿Qué es eso, un nuevo fetiche? —inquirió Nathalie curiosa—. Abre anda.

—Está bien, todo sea por unos *Red Velvet*.

—Pues se me da genial hacerlos. ¿Puedo pasar? —cuestionó Nathalie, ya que Silas no parecía dispuesto a apartarse de delante de la puerta—. ¿Tienes miedo de mí?

—Es que Leo no está.

—Mejor, no hay *cupcakes* para él —afirmó ella. Nathalie entró al apartamento dejando a Silas en la puerta aún—. Me debes un plato.

—Lo tengo limpio.

—Hombre, no esperaba que me lo devolvieras sucio, la verdad. Oye... —Nathalie enarcó una ceja mirando a su alrededor, y terminó eligiendo el sofá para sentarse—. Para ser decoradores de interiores tenéis muy mal gusto.

—¿Y los *cupcakes*?

—En la tienda.

—¡Oh! Me has mentido —exclamó Silas decepcionado, se había dejado engañar por unos simples y deliciosos pastelitos.

—¿Qué película es esa? —le interrogó Nathalie mirando hacia el ordenador—. ¿Una *Road movie* de esas raras?

Silas se acercó con tranquilidad al portátil para bajar la tapa y, volver hasta donde estaba la chica sentándose justo frente a ella. La miró un instante, solo le hizo falta esa milésima de segundo, era bueno buscando detalles, se dedicaba a eso.

—No merece la pena que llores por un gilipollas como ese —afirmó. Nathalie abrió mucho los ojos sorprendida—. Tienes restos de máscara de pestañas en el dorso de la mano, y los ojos ligeramente enrojecidos.

—Puede ser alergia —rebató ella.

—Sí, alergia a los capullos —respondió Silas, decorando su rostro con

una media sonrisa—. Además, tu sonrisa se ve forzada, cuando ríes de manera natural suelen salirte unas arruguitas en las comisuras...

—¡Arrugas yo! ¡¿Cómo te atreves?! —exclamó ella, pero no pudo evitar sonreír.

—¡Ves! —Silas se levantó de la butaca y se arrodilló frente a ella—. Ahí y ahí —dijo rozando con la yema de sus dedos, la piel de alrededor de sus labios.

Nathalie lo miró sorprendida, y algo turbada. Desde que habían llegado esos dos hermanos la tenían totalmente descolocada, Leo por el miedo que le causaba, sin embargo Silas por todo lo contrario. Cuando se cruzaba con él por el pasillo o en la calle, tirando la basura, no podía evitar que su corazón se acelerara, ¡hasta había empezado a sacarla con más asiduidad! Lo miró un segundo más. Tenía los ojos de un color claro, a medio camino entre el azul y el verde, la verdad era que jamás había visto unos ojos como los suyos. Parecía un poco mayor que ella, pero no demasiado, y debía tener algún tipo de trastorno mental que le impedía salir del piso, pues nunca lo había visto por la calle, solo le había observado llegar hasta la acera de enfrente, dónde estaban los contenedores. Silas seguía arrodillado frente a ella y de pronto la situación le pareció de lo más incómoda e inapropiada.

—No he llorado —atajó ella poniéndose en pie.

—Está bien —convino Silas que se levantó también y alzó las palmas de las manos en señal de rendición—. Tampoco es cosa mía.

—Tú lo has dicho, no es cosa tuya.

—Es una pena que una chica tan guapa como tú malgaste su vida con semejante imbécil...

—¡No es un imbécil! —respondió Nathalie molesta.

—¿Seguro? —Silas enarcó una ceja—. En fin... yo solo quería *cupcakes*.

—¡Pues te los compras! —gruñó enfadada encaminándose hacia la puerta.

—Dime una cosa —dijo Silas para detener su apresurada huida—, cuando estás con él, ¿qué te hace sentir? —preguntó aún desde dentro del salón.

Nathalie apretó con fuerza ambos ojos para evitar la mueca de enfado que estaba a punto de esbozar, cogió la puerta y salió del apartamento dando un portazo.

—Me he quedado sin cena —gruñó Silas molesto, volviendo a sentarse frente al portátil.

Levantó la tapa para seguir con la tediosa labor de observación del hombre más insulso del planeta, por fin alguien le había quitado el sitio a su

hermano Leo, había encontrado un tipo aún más insoportable que él. Se alegraría cuando muriera.

4

Estaba harta. Aunque lo que le terminó de dar el empujón final fue que, cuando lo miró a los ojos no sintió nada. ¿No debería notar mariposas en el estómago? ¿No tendría que tener acelerado el corazón? Eso era lo que decían sus amigas, pero ella no notaba nada. Marcus era un tipo guapo, divertido, y en cierto modo hasta ese puntillo celoso le gustaba, aunque solo al principio. Ahora se había vuelto totalmente obsesivo y eso la asfixiaba. Y además, no sentía nada cuando le miraba, cuando se besaban o hacían el amor. Nada. Una total y absoluta falta de sensaciones.

—Hemos terminado —soltó Nathalie sin más.

Ella era así, si algo cruzaba por su mente debía decirlo. Ambos estaban sentados en el sofá de su apartamento, habían discutido, las lágrimas aún surcaban sus mejillas, y a pesar de eso, él había encendido el televisor y pasaba los canales a toda velocidad, sin fijarse en ninguno en concreto; ajeno e impasible a la angustia de la chica que tenía al lado.

—¿Qué has dicho? —preguntó Marcus, apagando el televisor con rapidez.

—¿Qué te la pique un bicho! ¿Es que estás sordo? Que te largues de mi casa...

—Estás de broma, ¿no? —logró decir él, sobreponiéndose a la sorpresa inicial.

—Creo que no —replicó al tiempo que se levantaba de su lado, necesitaba poner distancia—. ¡No! No estoy de broma —exclamó con toda la convicción del mundo—, vete, lo nuestro se ha terminado.

—Y una mierda —bufó Marcus.

—¿Y una mierda? —repitió confundida, no era la respuesta que esperaba—. ¿Qué quiere decir «y una mierda»? ¡Lárgate!

—¡Estás loca!

«¿Loca? Claro, claro que estaba loca, estaba loca por aguantar a un energúmeno como ese, que estaba claro que no la quería, ni la valoraba y mucho menos la respetaba» pensó, y se sorprendió a sí misma, cuando de pronto las lágrimas dejaron de brotar de sus ojos, como si se hubieran secado de pronto. Ya no sentía pena, la congoja desapareció, siendo sustituida por un inusual valor que no sabía de donde salía, pero que allí estaba, seguramente

había formado parte de ella siempre, aunque lo habían machacado todos los tipos como Marcus con los que se había cruzado.

Ese era el final, a la mierda todos los Marcus del mundo, ella merecía algo mejor.

—No, no estoy loca, ahora lo veo, ¡joder! qué ciega he estado... Silas tiene razón. Eres un gilipollas —le espetó.

—¿Silas? ¿El soplapollas de enfrente? Esa sí es buena... —se mofó Marcus.

—No es un soplapollas, ¡tú sí lo eres!

Nunca la habían golpeado. Jamás. Sus padres, liberales y abiertos de mente, no creían en la violencia a la hora de educar a sus hijos. En su vida le habían puesto límites y siempre había sido libre para hacer cuanto se le antojara, y nunca había recibido un azote, ni tan siquiera un grito o una palabra fuera de tono. Así que el gesto de Marcus la cogió totalmente por sorpresa, ese bofetón que le giró la cara, sin embargo el dolor, en vez de paralizarla, le dio una nueva fuerza, le proporcionó chispa, esa que había perdido, o podía ser que jamás la hubiera tenido porque no le había hecho falta. Esa punzada en el labio y, el sabor de la sangre en su boca la despertó de ese letargo en el que se había convertido su vida los últimos años. Monotonía disfrazada de cotidianidad.

Fue como verlo todo a cámara lenta, desde el momento en que él había alzado la mano para dejarla caer con fuerza contra su rostro, a todo lo que vino después, todo se había ralentizado. Nathalie cerró el puño con fuerza y sin saber muy bien cómo lo estampó en el rostro de él, y al hacerlo se sintió mejor que nunca, estaba eufórica. Con dolor en los nudillos, pero francamente liberada. Sintió ganas de gritar de júbilo y emoción.

—Maldita hija de... —gruñó él llevándose la mano al lugar en el que le había golpeado.

—¿Qué? —gritó. Nathalie se hizo con el bate de baseball que tenía siempre al lado de la puerta y volvió a mirarle amenazante, sin miedo, blandiéndolo en el aire—. Vete de mi casa o te abro la cabeza.

—No serías capaz...

—¿Perdona? —replicó Nathalie enarcando una ceja.

Las palabras de Marcus quedaron flotando en el aire, cuando el sonido del bate estrellándose contra la lámpara de pie que había al lado del sofá le hizo enmudecer. Los cristales saltaron por todos lados haciendo una extraña lluvia de color arcoíris. El chico abrió mucho los ojos y ella se sintió viva, alzó de

nuevo el bate para dejarlo caer con violencia contra la mesilla de café, haciendo que la madera crujiera, Nathalie no pudo evitar soltar una carcajada de gozo. Estaba desatada. El corazón le latía a más velocidad que en toda su vida, sentía cómo la sangre corría por sus venas y el sudor empezó a perlar su frente. Respiraba con largas y profundas bocanadas, como si en vez de inspirar, estuviese tragándose el aire. Era una sensación nueva y extrañamente placentera.

—Putá —escupió Marcus, antes de desaparecer atropelladamente por la puerta que daba al pasillo—. Te arrepentirás de esto —amenazó a voz en grito.

—Lárgate y no vuelvas —chilló Nathalie con todas sus fuerzas desde la puerta, antes de entrar de nuevo en el apartamento y cerrar de un sonoro portazo—. ¡Joder! —exclamó entonces tirándose en el sofá—. Joder, qué subidón...

Al otro lado del pasillo Silas no había perdido detalle de la discusión. Casi había intervenido cuando había escuchado el ruido de algo estallar en pedazos, sin embargo había logrado controlarse, aunque no sin esfuerzo.

—Y fin —susurró, volviendo al lado de su hermano que lo miraba de manera inquisitiva.

—¿Qué más te da a ti? —suspiró Leo.

—Me cae bien la chica, me da pena, está muy sola.

—Cómprale un gato —se burló Leo.

—Eres un insensible de mierda.

Leo fue a decir algo, pero se lo repensó ya que era absurdo discutir con Silas, siempre que lo intentaba llegaba a la conclusión de que vivían en realidades diferentes, solo coincidían a la hora de trabajar, ahí, por suerte eran solo uno. Y más les valía, pues su vida estaba siempre en juego. Así que se concentró de nuevo en lo que tenía entre manos, sin prestar atención a su hermano, que esbozaba una sonrisa triunfal en el rostro. Sacó de nuevo el cepillo de dientes y siguió limpiando una de las armas que reposaba desmontada sobre la mesilla del café, se demoró un rato en ese trabajo, que más hacía por diversión que por necesidad.

—Voy a salir a tomar el aire —anunció Silas, cogiendo la chaqueta.

—Joder, se supone que no nos tenemos que dejar ver, y no paras de entrar y salir.

—De entrar y salir de este puto pasillo, ¡joder! Es que me aburro.

—Toma —dijo alzando un trapo—, limpia.

—¿En serio? Cuanta diversión —ironizó Silas tirando la chaqueta sobre el respaldo de la silla.

—Solo quedan unos días —comentó Leo.

—Lo sé —dijo Silas sentándose, y empezando a frotar—. ¿Y después?

—Tengo un par de nuevos clientes, pero... ya veremos ¿vale? Podemos tomarnos un descanso si lo necesitas.

—Vale.

—¿Te gusta? —preguntó de pronto Leo sin atreverse a mirarle.

—¿La vecina? —Silas lo pensó detenidamente ¿le gustaba? Era guapa, parecía divertida, y desde hacía unos días solo podía pensar en ella—. No.

—Mejor —declaro serio Leo.

El teléfono empezó a sonar, momento que Silas aprovechó para escabullirse hacia una de las habitaciones, mientras Leo hablaba. En unos días se irían de esa ciudad, le gustaba pensar que tras su visita al menos una vida mejoraría. Nathalie le había gustado desde el primer bocado, sí, desde el primer bocado de sus succulentas tortitas y Marcus era un verdadero energúmeno. Aún no tenía del todo decidido si antes de irse de la ciudad, le haría una visita, solo para evitar que volviera a molestar a Nathalie.

«Un imbécil menos en el mundo», pensó. Solo estaba haciéndole un favor a la humanidad, o al menos así lo quería ver él.

—Lo haremos el viernes, el sábado desapareceremos —anunció su hermano.

—Bien.

Leo salió de la habitación tan deprisa como había entrado en ella. Silas se dejó caer en la cama. Ese colchón le estaba destrozando la espalda, se preguntó cómo sería eso de tener una cama propia y dormir siempre en el mismo colchón.

5

Esa ciudad era muy grande, ¿cuántos miles de habitantes tendría? Silas miró de reojo hacía la otra acera, donde Nathalie mantenía una acalorada discusión con el idiota de su ex pareja. Dudó unos instantes en si intervenir o no, pero sabía cuál era la respuesta adecuada a esa muda pregunta: no debía hacer nada. No estaba allí para ayudar a Nathalie, aunque sin duda, ella parecía que necesitaba ayuda.

No es que él fuese un cotilla, pero sus discusiones traspasaban cualquier construcción humana, hacía un par de días que ella le había dejado, que habían roto. Silas miraba inquieto hacia la pareja, luchando mentalmente consigo mismo para mantenerse al margen de todo, cuando de pronto observó un cambio de actitud en ella. Nathalie cruzó la calle con decisión, a su espalda Marcus la observaba con una mirada furibunda, Silas intentó apartar la atención de ellos, aunque no podía dejar de mirar de reojo. Para una vez que Leo le dejaba salir del piso iba a liarla, estaba claro que algo iba a pasar. Silas se colapsó cuando vio caminar a Nathalie directamente hacia él, a paso decidido y con un brillo inidentificable en la mirada.

—Sígueme el rollo, ¿vale? —le soltó la chica al plantarse frente a él.

—¿Qué? —logró decir.

No tuvo tiempo de reaccionar o preguntar nada más, porque Nathalie le agarró por el cuello y buscó sus labios. La mente de Silas se nubló un instante con el tacto cálido de sus besos. Sabía a vainilla. Tuvo aún unos instantes más de desconcierto, hasta que, por encima del hombro de ella, vio a Marcus caminar hacia dónde se encontraban. Entonces lo entendió todo, sin embargo el beso seguía su curso y eso no le desagradaba, al contrario.

—¡Maldita zorra! —gritó Marcus enfurecido, cuando llegó a su altura.

Silas se separó un poco a desgana de ella, la apartó con delicadeza a un lado, anticipando el movimiento del despechado ex novio, que tenía clara intención de agarrarla del brazo para, seguramente tirar de la chica en su dirección.

—¿A quién llamas tú zorra? —escupió Silas empujándolo.

—Hijo de puta. ¿Quieres quitarme a mi chica?

—¿Tú chica? —Silas no pudo evitar reírse.

Marcus estaba ciego de ira, alzó el puño con toda la intención de golpear a Silas, que con mucha agilidad se movió esquivando el impacto. Eso hizo que Marcus aún se enfureciera más, pues Silas era muy rápido y le miraba esbozando una sonrisa.

—Será mejor que te tranquilices —le advirtió Silas.

—Eso Marcus, acéptalo —chilló Nathalie—. Ahora estoy con él.

No era exactamente eso lo que Silas entendía por ayudar a tranquilizar a un hombre, más bien las palabras de Nathalie habían logrado el efecto contrario, embravecido, volvió a intentar cargar contra él, no obstante estaba totalmente fuera de control, no medía ni la fuerza ni los movimientos, y era fácil detenerlos o simplemente esquivarlos sin demasiada dificultad. Pronto Marcus se dio cuenta de ello, y quedó en evidencia que estaba haciendo el ridículo. Silas lo empujó hacia atrás una última vez. Marcus se irguió, se pasó las manos por el pelo y, se colocó bien la cazadora clavando de manera desafiante la mirada en él.

—¡Quédatela! —soltó con desdén mirándola—. Esta solo trae problemas —añadió dándose la vuelta para irse.

—Será gilipollas... —gruñó Nathalie molesta.

—Ssshhhh —chistó Silas en dirección a la chica, para que se mantuviera callada, no tenía ganas de armar más alboroto. Miró en dirección por donde había desaparecido Marcus y después observó a su alrededor, un par de personas les observaban sin perder detalle, le habían visto demasiado, miró una vez más alrededor, había metido la pata hasta el fondo—. Venga vamos— instó a Nathalie tirando de ella, para alejarse un poco de todo el bullicio de gente.

—¿Pero tú le has oído? —exclamó Nathalie indignada—. ¡Que yo traigo problemas! El muy imbécil...

—¿Y qué quieres que diga? Está cabreado —dijo Silas deteniéndose al girar la esquina, ya fuera del alcance de miradas indiscretas.

—Pues que le jodan —añadió ella aún con cierto tono de enfado, aunque pronto se relajó—. Muchas gracias Silas... de verdad, has sido... ¡Wow! —exclamó—. ¿Dónde has aprendido a pelear así?

—¿Pelear? —rio él—. Solo me he apartado de sus golpes —comentó con modestia.

—Ha sido impresionante, todo... —añadió guiñándole un ojo.

—Pues me has pillado por sorpresa, con preaviso beso aún mejor.

—No me cabe la menor duda —afirmó Nathalie que miró el reloj—.

¡Mierda! Llego tarde.

—¿Quieres que te acompañe? Por si Marcus... —empezó a decir.

—Oh no, gracias, no quiero molestarte más.

—No es ninguna molestia —confirmó Silas, la verdad es que no lo era, notaba algo extraño y le gustaba estar con ella.

—Está bien, vamos. ¿Sabes? Pensaba que no podías salir de casa, como siempre estás ahí metido...

Silas rebufó, y para una vez que salía se peleaba, como se enterara Leo iba a caerle una buena bronca. Caminó junto a Nathalie en silencio, hasta que ella se paró frente a una puerta acristalada con llamativas letras rojas y verdes, que anunciaban el mejor café de la ciudad.

De pronto Silas cayó en la cuenta: La cafetería. Esa cafetería... ¡No podía creerlo! Despidió a Nathalie en la puerta y la observó un instante, mientras desaparecía tras el mostrador. Salió disparado en dirección al apartamento corriendo como un loco.

—Mierda, mierda, mierda —repetía entrando en tromba.

—Mierda, mierda, mierda ¿qué? —preguntó Leo al verle cruzar la puerta tan alterado—. ¿Se puede saber qué cojones te pasa? ¡Eh Silas! —Se levantó del sofá para agarrarlo del brazo y lograr que se detuviera.

—Tenemos que cambiar de sitio —soltó el hermano pequeño sin más.

—¿Qué? ¿De qué demonios hablas? —Leo no entendía nada y Silas parecía no ser capaz de explicarse.

—Leo, la cafetería que hemos elegido, es donde trabaja Nat.

—¿Quién?

—¡Joder! —exclamó molesto por que Leo no le entendiera—. La vecina de enfrente.

—Ah bueno...

—¿Bueno? ¡¿Como que bueno?! —exclamó Silas exasperado.

—No voy a cambiar el sitio solo por eso.

—¿Y si algo sale mal? —inquirió Silas alterado.

—¿Cuándo nos ha salido algo mal? —adujo Leo con seguridad en la voz.

—Nunca, pero...

—¡Pero nada! —atajó Leo, que empezaba a estar ya harto de la situación, él solo quería terminar el trabajo y largarse de esa ciudad—. Todo sigue tal cual lo habíamos planeado —zanjó el mayor.

—No estoy de acuerdo —protestó Silas cruzando los brazos a la altura del pecho.

—Pues desafortunadamente para ti, me importa una mierda.

—Dictador —gruñó Silas dándole la espalda.

—Tú lo has dicho —sentenció Leo siguiéndole en dirección a la habitación—. Aquí se hace lo que yo digo y...

—Como yo digo —repitió Silas, que ya se sabía la frase de memoria.

—Ves, si ya lo sabes, ¿para qué me contradices?

—Me gusta desafiar a la autoridad —replicó mordaz el pequeño.

Silas se dejó caer sobre la cama y cerró los ojos, Leo estuvo tentado de entrar y hablar con él, sin embargo no lo hizo, así era como funcionaban, por lo que era mejor no cambiar nada. Él tomaba las decisiones y Silas obedecía, hasta ahora todo había salido siempre bien. No entendía qué era lo que le estaba pasando a su hermano, aunque estaba claro que tenían que dejar ya esa ciudad e irse lejos, antes de que Silas terminara metiendo la pata de alguna manera.

—Solo mantente alerta, ¿vale? —instó Leo antes de salir de la habitación.

—Yo siempre estoy alerta —le gritó Silas desde la cama enfadado.

—¡Pues eso he dicho! —gruñó el mayor exasperado, no entendía a su hermano, tenían que irse ya de esa ciudad.

6

Adoraba los días en los que no tenía que trabajar, sentarse en el sofá, ver la televisión y no hacer nada. En ocasiones leía un libro o se comía unas palomitas. Sopló sobre su mano izquierda para ayudar a que el esmalte de uñas terminara de secarse, no obstante aún estaba fresco cuando unos golpes en la puerta la sorprendieron. Dudó un poco, pero la intensidad con la que estaban aporreándola hizo que corriera hacia allí.

—Se puede saber quién... —empezó, sin embargo sus palabras murieron a media frase.

Leo y Silas la apartaron, no de manera muy educada, para entrar en su apartamento y cerraron la puerta tras de sí. Hacía relativamente poco que los conocía, aunque no parecía en absoluto un comportamiento muy típico en ellos. Todo lo contrario.

—No nos conoces —le dijo Silas cogiéndola de la mano destrozando así su manicura—, y en el piso de enfrente no vive nadie, ¿ok?

—Pe-pero... —tartamudeó Nathalie.

No tuvo tiempo de añadir nada más porque unos nuevos golpes resonaron de pronto sobre la madera. Miró a los hermanos un segundo antes de girarse hacia la puerta para abrir.

—¿Sí? —susurró con un hilo de voz, sin terminar de abrir del todo la puerta.

—Buenos días señorita, FBI.

Nathalie se giró de nuevo al interior de su hogar, pero no había ya rastro de sus vecinos. Cuando alargó la mano para alcanzar la puerta, notó un ligero temblor, se obligó a respirar hondo para intentar tranquilizarse, y abrió topándose con dos hombres trajeados, uno de ellos mantenía una placa alzada, justo a la altura de sus ojos.

—Buenos días —saludó el agente, guardando la placa en el bolsillo interior de su americana—, señorita...

—Nathalie... Puedo... qué... es que yo... —balbuceó nerviosa.

—Tranquila —sonrió el hombre que había hablado, el otro parecía mantenerse totalmente al margen, y solo mirada a un lado y otro del pasillo—. Somos el agente James y el agente Steve, estamos buscando a estos dos

hombres —le explicó mostrándole una imagen.

Nathalie tomó entre las manos lo que parecía ser una fotografía sacada de una cámara de seguridad, puede que de un banco, o alguna de esas de tráfico que había en algunos cruces. Observó con detenimiento, en ella podía verse claramente a Leo, junto a otro hombre un poco más bajo en estatura y corpulencia, pero que sin duda era Silas, a pesar de que no se le veía la cara. Nathalie observó aún unos instantes más esa fotografía, y miles de posibles dudas se agolparon en su mente. ¿Quiénes eran sus vecinos? ¿Realmente eran diseñadores de interiores? ¿Estaba en peligro? ¿Eran delincuentes? Alzó la mirada hacia los agentes que parecían nerviosos o más bien ansiosos, intentando detectar si ella reconocía a esos dos hombres que le estaban mostrando.

—No —respondió Nathalie al fin—. Lo lamento, no me suenan de nada —dijo devolviéndole la instantánea.

—¿Está segura? —Alzó de nuevo la fotografía—. Mírela bien, tómese su tiempo.

—Le aseguro que si me hubiese cruzado con un tío así me acordaría de él —sonrió con picardía, pues era evidente que Leo no pasaba inadvertido, ya fuese por su altura, su cuerpo, o en definitiva, todo su atractivo.

—El piso de aquí en frente... —apuntó el agente.

—Está vacío —se adelantó ella.

—¿Segura? —quiso confirmar el hombre, cosa que molestó a Nathalie.

—Bueno, antes vivía ahí una pareja encantadora, Leslie y Mathew, acababan de casarse, ¡me invitaron a la boda! Ella se quedó embarazada durante la luna de miel, fueron a París, ¿se imagina? ¡París! —dijo con teatralidad, consciente que la clave de una buena mentira siempre estaba en los detalles—. Ya sabe lo que dicen, sobre todo cuando es el primer bebé, todos les decíamos que era muy pronto para empezar a preparar la habitación, aunque Leslie estaba tan emocionada... Entonces lo perdió. Fue una auténtica pena, qué triste... Uuuff, yo no sé si podría reponerme de algo así —siguió hablando—. La verdad es que se mudaron poco después, yo tampoco podría vivir en una casa donde...

—Está bien —cortó el agente—. No vive nadie —resumió.

—No, sin embargo el casero ha enseñado el piso ya a unas cuantas personas, entre ellas una chica muy maja que creo que dijo que se llamaba...

—Señorita —volvieron a cortarla, esta vez el agente que se había mantenido callado todo el rato, y que parecía cada vez más nervioso—.

¿Puede darnos los datos del casero?

—Puedo. Pero sería en vano, no vive aquí, solo viene muy de vez en cuando, creo que no pone muchas ganas en alquilarlo... ¿Les interesa? La habitación del fondo se tendría que volver a pintar...

—Gracias por su ayuda, si ve a alguno de esos dos hombres no dude en llamarnos —dijo dándole una tarjeta—, son peligrosos —añadió justo antes de darse la vuelta para marcharse.

—¿Peligrosos? —se apresuró a preguntar ella saliendo al pasillo—. ¿Cómo de peligrosos? Peligrosos tipo «he desfalcado unos cuantos millones» o peligrosos en plan...

—Peligrosos de que si los ve, debe llamarnos enseguida —le informó el hombre señalando la tarjeta.

—Entiendo... —susurró más para sí.

—Que pase un buen día.

—Igualmente agentes.

Se quedó aún unos instantes más fuera en el pasillo, sin atreverse a volver a entrar, preguntándose si había cometido un error al no delatarles. Cuando se giró, lo primero que vio fue el rostro de Leo parado al lado de su sofá, siempre con ese rictus tan serio, daba auténtico pavor. Todavía dudó un instante más, incluso en su mente barajó la posibilidad de salir corriendo escaleras abajo y alcanzar a los agentes. Iba a hacerlo. Tenía que hacerlo, sin embargo su cuerpo no se movió de ese pasillo, y su mirada no se apartaba de la de Leo, que había clavado los ojos en ella. ¿Desde cuándo los tenía tan azules? Tragó saliva con dificultad totalmente intimidada.

—Nat —Silas, que había salido al pasillo y estaba a su lado, llamó su atención—, ¿estás bien? —inquirió, y con mucha delicadeza cogió su mano para tirar de ella hacia el interior del apartamento—. Eo... Nat, reacciona...

—¿Quién sois y por qué os busca el FBI? —preguntó ella de pronto.

—Esos no eran del FBI —escupió Leo, y esa era la frase más larga que Nathalie había escuchado de ese hombre en todo ese tiempo.

—¿Qué? ¡Sí! Tenían una placa... —empezó a decir ella.

Silas soltó una carcajada, aunque enseguida enmudeció cuando Nathalie le miró, estaba entre enfadada, molesta y asustada, sin duda ese no era un buen momento para reírse.

—¿Crees que un federal viste así? —preguntó Silas.

—¡Y yo que sé! —gritó ella—. ¿Crees que he visto a muchos? Tenían una placa —volvió a decir Nathalie.

—Bueno, una placa del FBI no es difícil de conseguir, ni de confundir...
—le explicó Silas.

—¿Quién sois? —preguntó ella entonces con voz firme.

Leo se movió inquieto. Sabía que era un error, lo había sabido desde el primer momento. Jamás debían dejarse ver tanto en el sitio donde trabajaban, pero Silas se había encariñado con esa chica, su hermano pequeño y esa pasión insana de ser el patrón de las causas perdidas, resopló visiblemente molesto. La culpa era suya. Él era el mayor y el que ponía las reglas, no debería haber permitido que Silas intimara tanto con esa mujer. Los había visto, sabía sus nombres... gruñó. No estaba todo perdido, solo tenían que mantenerse allí un par de días más, finiquitar el trabajo e irse a otro lugar para volver a empezar, y esa vez se aseguraría de que en el piso de enfrente viviera una pareja de ancianitos felizmente casados, sin problemas evidentes, todo muy normal y que no despertara la faceta de «salvador del mundo» de su hermano. Nathalie les había puesto en jaque desde el primer momento.

La respuesta se había alargado más de lo normal. Leo observó a su hermano, estaba a punto de confesarlo todo, lo podía ver en su cara, así que Leo decidió atajarlo.

—Somos lo que te hemos dicho que éramos —sentenció con voz grave.

—Y una mierda —le espetó ella apretando los puños molesta porque la tomaran por una tonta.

«¿Y una mierda?» Casi sin pretenderlo, ante esa respuesta los puños de Leo se cerraron, nadie le respondía de ese modo, nadie jamás le había hablado así y había vivido para contarlo.

—¡Eh! —dijo Silas, poniendo una mano en el hombro de su hermano—. Acaba de salvarnos el culo —le recordó.

—Arregla esto —exigió Leo saliendo del apartamento.

—Imbécil —gruñó Nathalie y se giró hacia Silas, esperando que él le diera alguna respuesta. Una que la convenciera del todo, o se vería obligada a llamar a esos hombres, pensó apretando un poco más la tarjeta que aún tenía en la mano—. ¿Y bien?

—No somos decoradores —reconoció el chico pasándose las manos por el pelo.

—No me digas...

—Pero no somos mala gente, y esos no eran federales —dijo Silas señalando la tarjeta—. En un par de días desapareceremos y no te molestaremos más.

—¿Estoy en peligro? —quiso saber Nathalie entonces.

—Si no llamas a esos hombres, no. Nosotros nunca te haríamos nada, ellos sí, son los malos.

—Malos, buenos... ¿Qué es esto, una película?

Silas sonrió sin saber muy bien qué decir, le gustaba Nathalie, era una buena chica, lo había visto desde el primer día, tenía un sexto sentido para esas cosas.

—Gracias por lo que has hecho —comentó Silas para calmar la situación un poco.

—¿Te vas? —inquirió ella, mirándole confundida.

—¿Quieres que me quede? —se sorprendió él.

—Quiero que me respondas y me digas quiénes sois.

—No puedo —se lamentó él—, si te lo dijera, después tendría que matarte.

—¡Ja! Muy gracioso —rio nerviosa.

—Nathalie, solo un par de días, y podrás olvidarte de nosotros.

—Eso lo dudo, es lo más emocionantemente acojonante que me ha pasado nunca. Creo que necesito sentarme —dijo dejándose caer en el sofá—. Silas...

—¿Si? —replicó él, sentándose a su lado.

—No sois mala gente, ¿verdad?

—Creo que no —respondió pensativo—. ¿Sabes qué? Voy a prepararte un té.

7

Ese día Nathalie había salido pronto de trabajar, pero en vez de volver directa a su piso, se había dedicado a pasear un rato por el centro de la ciudad, entreteniéndose en los escaparates de las tiendas, deseando cosas que seguramente jamás compraría. Cuando regresó al apartamento el sol empezaba a caer, ya no abrasaba tanto, y estaba casi fundido en el horizonte haciendo del cielo un espectáculo de colores impresionante.

Subió la escalera con la vista fija en esas nubes rosadas, púrpuras en algunos puntos y, no vio a Silas, hasta que casi lo tuvo encima. El chico estaba parado frente a su puerta, con la espalda apoyada en la pared y los brazos cruzados a la altura del pecho. La miraba con una sonrisa en los labios, aunque era una sonrisa trampa, o eso pensó Nathalie, pues tras esa fachada de chico bueno se escondía alguien desconocido, posiblemente peligroso, ¿un delincuente? Nathalie pasó por su lado sin saludarle siquiera, sacó las llaves del bolsillo y notó cómo le temblaban las manos al intentar abrir la puerta. Silas se situó justo a su derecha y con una pasmosa habilidad, le quitó la llave de las manos para ayudarla a abrir. Ella ni lo miró ni tan siquiera un instante, recuperó las llaves y se encerró en su piso.

Una vez dentro suspiró aliviada dejándose caer contra la madera. Le llevó unos minutos recuperar el aplomo suficiente para girarse y observar por la mirilla, Silas seguía frente a la puerta de su piso, de nuevo apoyado contra la pared, esta vez con ambas manos en los bolsillos, y la mirada perdida por el hueco de la escalera, seguramente observando la puesta de sol. Nathalie suspiró antes de envalentonarse y abrir su puerta.

—¿Qué haces? —preguntó sacando la cabeza por el hueco, aún no muy convencida.

—Me he dejado las llaves —respondió él, haciendo una mueca divertida—. Y Leo tardará en volver —añadió.

—Ah —murmuró ella.

Estuvo tentada de cerrar la puerta y dejarlo ahí, no quería saber nada de ellos, solo deseaba que se marcharan y no volverlos a ver. Y esa idea hizo que se le pinzara el estómago. Terminó por apartarse y cederle el paso al interior de su apartamento.

—¿Estás segura? —inquirió él antes de entrar, no quería incomodarla—. Puedo seguir esperando fuera, no importa, de verdad.

—Pasa antes de que me arrepienta.

Nathalie lo observó, tenía un aire desenfadado, incluso algo desaliñado, en absoluto aparentaba ser un tipo peligroso. No podía decir lo mismo de su hermano, pero realmente Silas no tenía pinta de intimidar a nadie, sin embargo, ese día había despachado a Marcus como si fuese una mota de polvo, sin esfuerzo alguno, lo que le indicaba que, a pesar de su aspecto, sí era un tipo al que temer.

—¿Tienes miedo? —preguntó Silas, plantado en medio del comedor sin saber muy bien si sentarse o no en el sofá.

—Creo... creo que... no —dijo Nathalie, sorprendiéndose a sí misma.

—No quiero que te sientas incómoda —comentó él.

—¿Quieres un café? —ofreció ella, cortando lo que fuese que fuera a decir el chico.

—Claro.

Silas la siguió hasta la isleta que separaba la cocina del comedor. Era un piso parecido al que ellos ocupaban, aunque en su versión reducida, pues el de ella solo contaba con un dormitorio y todo era igual, aunque más pequeño. Silas se sentó y la observó moverse por la cocina. Le gustaba su pelo, era lo primero que le había llamado la atención, siempre lo llevaba recogido en una larga trenza y era del mismo tono, que las nubes de algodón que comía cuando era pequeño en la feria, puede que ese toque nostálgico fuese lo que le había hecho fijarse en ella. Era menuda en estatura y corpulencia, con una sonrisa permanente en su rostro. Eso también le gustaba, su sonrisa, verla sonreír le ponía contento, aunque no sabía muy bien el por qué.

—¿Quieres comer algo? —ofreció Nathalie, sacándolo así de su ensoñación.

—Bueno —sonrió Silas, otra de sus virtudes era que cocinaba muy bien.

Nathalie se acercó a la nevera y partió un trozo de algo que Silas no alcanzó a ver, dejándolo frente a él después. Silas observó el plato, ni idea de qué era eso, pero olía francamente bien.

—Es un *Petit Gateau*, típico francés —explicó ella, dejándose caer en el taburete que había justo frente a él—. Lo hice el otro día en el curso de repostería.

—¡Vaya! —exclamó Silas sorprendido—. ¡Joder! —añadió al dar el primer bocado—. Esto está de muerte.

—¿Sí? Creo que un poco dulce y...

—¡Qué dices! Esto es puro vicio —dijo él sonriendo, clavando de nuevo la cuchara—. Joder, tienes que darme un trozo para Leo, va a flipar.

—Claro —atinó a decir ella emocionada, la verdad era que Marcus nunca le había dicho nada así de sus postres.

—Así que curso de repostería ¿no? Ya decía yo... ¿Quieres ser una *chef*? —Ella solo alzó los hombros sin llegar a responder nada concreto—. Creo que tienes talento —prosiguió él. Sin embargo, Nathalie se hallaba con la mirada perdida, como si estuviera atrapada en algún pensamiento, por lo que Silas solo la observó, a la espera de que ella hablara.

—¿Vais a marcharos? —preguntó entonces la chica, regresando la atención hacía él.

—Sí —respondió Silas sin añadir nada más. ¿Qué podía decirle? Nada.

—¿Por qué?

Silas alzó la mirada para clavarla en la de ella. Así era como funcionaban: llegaban, estudiaban el terreno, realizaban su trabajo y desaparecían sin dejar rastro. Nunca le había parecido un mal plan, hasta ahora. Y se quedó mirándola sin saber qué responder, así que, al igual que ella, solo alzó los hombros como respuesta y siguió comiendo.

Fuera del piso se escucharon pasos y, el abrir y cerrar de la puerta del piso de enfrente. Estaba claro que Leo había regresado. Silas dejó la cuchara sobre el plato vacío, se levantó con lentitud, alargando el momento de irse, pues en realidad no deseaba hacerlo.

—Estaba delicioso —dijo.

—Gracias —respondió Nathalie, queriendo añadir algo más, aunque sin terminar de poder hacerlo.

—Voy a ir para allá, antes de que a Leo le dé algo al no verme —informó el chico—. Vas a ser una gran *chef* —le dijo a modo de despedida—. Gracias por la merienda.

—De nada —susurró ella viéndolo ir hacia la puerta—. Es una mierda que tengas que irte —añadió aún con menos voz.

Silas se giró para mirarla un segundo más, pero no pudo añadir nada, no sabía qué decir, era la primera vez que se despedía de alguien y, no sabía muy bien cómo debía actuar. Abrió la puerta y la dejó sola dentro de su apartamento, cruzó el pasillo, sacó la llave del bolsillo y abrió la puerta del piso. Leo estaba en el comedor esperándolo con los brazos cruzados a la altura del pecho y cara de cabreo.

—¿Dónde estabas? —gruñó Leo al verle entrar—. Te había dicho que no salieras.

—He ido a tirar la basura —mintió Silas dejando la chaqueta sobre el sofá.

—¿Otra vez? —inquirió Leo alzando una ceja, casi convencido de que Silas le estaba mintiendo.

—Manchas mucho —espetó él encerrándose en su habitación, dejándose caer sobre su cama después—. ¡Vaya mierda! —soltó enterrando la cara sobre la almohada.

No quería irse, quería quedarse allí un poco más.

8

Había llegado el día. Hora de hacer el trabajo y marcharse: ese era el plan. Silas seguía agazapado en la misma posición desde hacía horas, pero su mente a veces se evadía, solo un poco, y pensaba en que le gustaría poder quedarse un poco más, solo unos días, era reconfortante tener a alguien más con quien hablar, a parte de su hermano.

De pronto se escuchó un disparo amortiguado, Silas se puso en alerta, miró hacía todos lados, pero no consiguió ver de dónde provenía.

—¡Maldita sea! —gruñó con los dientes tan apretados que hasta sintió dolor en las mandíbulas.

Volvió a clavar el ojo en el hueco de la mirilla, y en esa posición fue repasando ventana por ventana del edificio que, según su perspectiva, era desde el cual habían disparado. A lo lejos, en el callejón todo seguía su curso, algo más apresurado y mucho menos limpio de lo que cabría esperar, pero el objetivo ya estaba si no muerto, a punto de morir.

Un nuevo disparo lo sorprendió antes de poder encontrar al francotirador, aunque un destello captó de pronto su atención, fue cuestión de segundos e intuición y, sin tiempo a pensar, disparó. Siempre había tenido muy buena puntería. Aguardó todavía un instante más, para cerciorarse de que el hombre al que acababa de abatir trabajaba solo. Contó mentalmente hasta diez, repasando las ventanas de ese edificio, sin embargo nada llamó su atención y no se produjo ningún otro disparo.

—¡Leo! —gritó a la nada, y con la mira del rifle buscó a su hermano entre la oscuridad del callejón—. ¡Mierda! Joder...

Se apresuró a guardar el arma dentro de la bolsa de deporte, ya que después de haber disparado había descubierto su posición, y era cuestión de segundos que alguien fuera a por él. Bajó a toda prisa por la escalera de incendios de ese edificio en el que había estado parapetado durante las últimas dos horas. Corrió a toda velocidad, sentía que las piernas le ardían y que sus pulmones no eran capaces de proporcionarle todo el oxígeno que necesitaba para esa carrera. Cuando llegó al callejón había un muerto en el suelo. Era su objetivo, lo reconoció enseguida. Un par de pasos atrás estaba Leo, con la cara descompuesta y mirando hacia la derecha, con la vista fija en

algo que se encontraba tras los contenedores, pero que Silas no podía ver. Cuando se acercó, Leo se giró furibundo y gruñó entre dientes una maldición, propinándole un fuerte empujón.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —exigió saber Leo.

—Había un aprendiz de francotirador, alguien nos ha delatado.

—Me cago en la puta Silas... —lo miró aún cabreado—, deberías haberlo previsto.

—¿Yo? —se quejó el pequeño—. He hecho lo que he podido —se defendió.

—Me ha disparado dos veces —adujo Leo empujándolo de nuevo.

—Y no te ha dado ninguna —se defendió Silas—. Me lo he cargado, de nada.

—Venga vámonos antes de que alguien nos vea.

Justo cuando alcanzaban la oscura calle por donde pretendían huir, un quejido llamó la atención de Silas, se detuvo un momento para escuchar mejor, pero Leo tiró de él en dirección al final del callejón.

—¿Has oído eso? —preguntó Silas, sacudiéndose la mano que lo agarraba.

—No he oído nada —sentenció Leo.

Un nuevo lamento algo más fuerte se alzó sobre el silencio de la noche. Silas miró cabreado a su hermano volviendo sobre sus pasos para descubrir tras los contenedores, justo en el punto en el que había encontrado a Leo, un bulto. Silas se agachó para descubrir ahí a Nathalie inconsciente.

—Apareció de la nada —se defendió su hermano—, justo entre el primer y el segundo disparo.

—¿Le han dado? —se estremeció Silas.

—Creo que no, se ha asustado y al girarse se ha golpeado en la cabeza. Solo es el golpe, estará bien, vamos.

—¿Cómo vamos a irnos? —gritó Silas.

—Me ha visto, y también al muerto —adujo Leo exasperado ante la obviedad—. Déjala, tenemos que largarnos de aquí.

—No, no voy a dejarla —afirmó rotundo Silas.

—¡Silas! —gritó Leo enfadado.

—Leo, no voy a dejarla herida en medio de un callejón y con la policía a punto de llegar —le explicó Silas, al tiempo que pasaba un brazo por la espalda de la chica y el otro lo bajaba hasta la corva de sus rodillas para cargar con ella—. Además, dices que te ha visto, ¿no? No me parece una

decisión muy inteligente dejarla aquí.

—Suéltala —gruñó el hermano mayor—. Es una orden.

—Que no somos militares ¡joder! Y, tampoco eres mi jefe.

—Soy tu hermano mayor y yo...

—Se hace lo que tú dices, cuándo tú lo dices y cómo tú lo dices —atajó Silas—. Pero esta vez, no.

—Déjala en el suelo —exigió de nuevo.

—No —repuso simplemente Silas sosteniendo la mirada a su hermano.

—Te he dicho que...

—Habla lo que quieras —lo cortó Silas empezando a caminar—. Muévete o te van a pillar con las manos en el muerto.

Leo no podía creerlo, eso era insubordinación, si es que esa palabra podía aplicarse a ellos. No, no eran un estamento militar, no tenían una jerarquía como tal, pero sí un acuerdo tácito, y él era quien tomaba las decisiones ¿no?

Caminaron de manera apresurada, parapetándose en las sombras, tal y como habían planeado, hasta una calle cercana bastante solitaria a esas horas. Llevaban tiempo estudiando el terreno, siempre lo hacían, aunque esta vez algo había salido mal. Por norma general, Silas le cubría su retirada desde la distancia, el pequeño era un tirador excelente, por el contrario, él prefería hacer el trabajo sucio, y después cuando llegaba al coche, Silas ya lo esperaba con el motor en marcha para una rápida huida. ¿Por qué no mataban en la distancia? No era su estilo.

Pero en esta ocasión, todo había salido mal, lo supo cuando Silas le alargó el juego de llaves y fue él el que se sentó en el asiento del piloto tras el volante y, su hermano se acomodó detrás con la chica en el regazo. Hicieron el camino en silencio, se cruzaron con un par de coches de policía que seguramente acudían, un poco tarde, al lugar de los hechos.

Y a la preocupación de que alguien les había traicionado, se juntaba el desconcierto de qué harían con la chica.

Leo aparcó frente al apartamento, abrió la puerta y después se la abrió a Silas, que descendió con ella aún en brazos. Subieron los escalones de dos en dos. Ellos no confiaban en nadie, así que solo podía haberse ido de la lengua el cliente, aquel que los había contratado, él o alguien de su entorno, lo que abría un sinfín de interrogantes. ¿Era un trabajo real o solo pretendían tenderles una trampa? De ser así, ¿alguien se la tenía jurada? Y con esa pregunta la respuesta se sucedía de inmediato, muchos eran los que, por desgracia, podían tener cuentas pendientes con ellos. Aunque le extrañaba que

alguien pudiera dar con su paradero tan fácilmente. Leo abrió la puerta sin esperar a Silas, sacó la maleta del armario y empezó a arrojar las pocas pertenencias que tenían en su interior.

—Nos largamos —dijo sin más.

—¿Y ella? —quiso saber Silas.

—¿Ella? —Leo lo miró con creciente incredulidad—. No sé... mácala.

—Estás de broma... —Silas dejó a Nathalie en la cama, y salió al comedor para enfrentarse al estúpido de su hermano.

—No —aclaró Leo—. Tú mismo lo has dicho, me ha visto, no quiero cabos sueltos —sentenció, terminando de echarlo todo de cualquier manera en la maleta y cerrándola.

—Yo no voy a matarla, si quieres que muera, hazlo tú —le desafió Silas cruzándose de brazos.

—No me toques los cojones... —le advirtió Leo.

—Es una lástima... —Silas chasqueó la lengua contra el paladar—. Hace unas tortitas de muerte.

—¡Genial! Vamos a ir a la silla eléctrica por unas putas tortitas.

—Pero cojonudas, tortitas cojonudas —quiso aclarar Silas.

—Silas, por favor, por lo que más quieras... deshazte de ella.

—Lo dices como si fuera una bolsa de basura, si quieres matarla hazlo tú, yo paso —replicó el pequeño ofuscado.

9

Nathalie se sentía desorientada, aturdida, pero sobre todo muy dolorida. Tenía un fuerte malestar en el centro de la cabeza, que se propagaba por casi toda la parte alta de su cuerpo. Se había dado un buen golpe. Lo último que recordaba era... Intentó entonces hacer memoria, y de golpe se acordó, estaba sacando la basura a los contenedores del callejón cuando había visto a Leo, su nuevo vecino, degollando a un hombre, después de eso solo recordaba el dolor y la oscuridad.

De pronto abrió los ojos asustada, cuando la profunda y rasgada voz de Leo, el mismo Leo que degollaba hombres en los callejones, anunciaba, como si fuese algo de lo más normal y habitual del mundo, que debían deshacerse de ella, y a pesar de no ser muy lista, no le costó adivinar que esa «ella» era: ella. Intentó situarse, sin embargo no reconoció la habitación dónde se encontraba, aunque sí identificó las voces.

Alzó como pudo la cabeza, a pesar del dolor que sentía, y que en cualquier momento iba a estallarle, entonces fue cuando vio a los dos hermanos discutir en el comedor. Silas abogaba por dejarla con vida, mientras Leo anunciaba que, si no lo hacía ya, lo haría él mismo y sería mucho peor.

«¿Quién demonios eran esos hombres?» Nathalie se levantó como pudo, sigilosa cual gacela, con una sola idea en la cabeza: tenía que escapar. El corazón había empezado a latirle con tanta fuerza que no comprendía como no podían escucharlo ellos. Dio un par de pasos en dirección a la puerta de la habitación, pero enseguida se dio cuenta que era imposible salir, ambos hermanos discutían frente al paso hacía la puerta exterior. Estaba encerrada, a no ser que intentara escapar por la ventana, cosa que, estando en un tercero, no veía muy seguro. ¿Qué hacer? Notó la humedad empapando sus mejillas, estaba asustada y eso la hacía llorar, aunque si tenía que morir, cosa que parecía que iba a suceder hiciera lo que hiciera, tomó la determinación de que al menos se llevaría a uno de esos dos por delante. Eso lo tenía claro. Se habían metido con la chica equivocada.

—Bueno —dijo Silas, sentándose en una silla—, pues hazlo tú. Me importa una mierda.

—Grrrrrgggggg —gruñó Leo visiblemente cabreado, ya totalmente fuera

de sí.

Fue a girarse para ir a por la chica cuando...

—¡Joder! La hostia... ¡Qué bruta! —exclamó Silas, viendo a su hermano en el suelo y a Nathalie con una lámpara en las manos.

—¡Iba a matarme! —se justificó ella a voz en grito.

De la cabeza de Leo empezó a brotar un hilillo de sangre que iba esparciéndose por el suelo creando un pequeño charco rojizo.

—Ya verás que cabreo tendrá cuando se despierte —lamentó Silas—. Anda, ayúdame.

—¿Qué? ¡No! —chilló Nathalie alzando de nuevo su improvisada arma.

Silas no perdió la calma, se arrodilló al lado de su hermano y examinó la brecha. No era profunda, a decir verdad ya apenas sangraba. Le dio la vuelta a Leo como pudo, a parte de la herida de la lámpara se había dado también un fuerte golpe en la frente al caer de bruces contra el suelo.

—Ayúdame a tumbarlo en el sofá —volvió a pedirle Silas.

—¡No! —respondió tajante ella.

—Venga Nat... No hablaba en serio —justificó Silas—. No iba a matarte, ladra mucho pero no muerde.

—Le he visto en el callejón, le ha cortado la garganta a un hombre.

—Oh, bueno, eso... —dijo Silas tirando de su hermano en dirección al sofá—, eso solo lo hacemos si nos pagan.

—¿Si os pagan? —exclamó horrorizada—. ¿Sois sicarios?

—Dicho así suena un poco... fuerte —se lamentó Silas.

—¡Es que es muy fuerte! Cómo... ¡Joder! Sois unos putos psicópatas.

Silas soltó un soplido, era normal que ella pensara eso, sin embargo esas palabras le dolieron, a pesar de no dar muestra de ello.

—Ayúdame a recostarlo, por favor.

—Dios mío he hecho pasteles para dos asesinos —susurró con la mirada perdida Nathalie.

—Venga Nat —volvió a pedir Silas—, que pesa mucho.

—No habrás matado a Marcus, ¿no? —se alarmó de golpe Nathalie, recordando que hacía unos días que no sabía nada de él.

—No, pero ganas no me han faltado —confesó Silas con sinceridad—. Venga joder, cógele de las piernas.

—Voy —respondió ella, dejando la lámpara y agachándose al lado de Leo cargando con sus piernas para poder alzarlo y, dejarlo acostado en el sofá—. ¡Mierda! —exclamó cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo y

buscando de nuevo la lámpara para poder defenderse—. Tengo que irme de aquí —dijo dirigiendo la mirada a la puerta.

—¡Nat! —Silas se interpuso en su camino—. Oye, lo siento, de verdad que lo lamento, sin embargo no puedo dejar que te vayas.

—¡Vas a matarme! —gritó horrorizada.

—¿Qué? ¡No! No voy a matarte, me gustas... —dijo Silas de pronto.

—Pues menos mal que te gusto... —respondió ella, llevándose una de sus manos a la cabeza que seguía doliéndole—. Silas, por favor, tienes que dejar que me vaya —suplicó Nathalie dejando de nuevo la lámpara—, si él despierta... me da miedo.

—¿Leo te da miedo? —Silas soltó una carcajada—. Leo es inofensivo.

—¿Entonces el peligroso eres tú? —preguntó ella apartándose de golpe.

—Mira Nathalie, no vamos a hacerte daño —le prometió Silas—, pero tampoco podemos dejar que te marches y, nos delates o nos denuncies a la policía, lo entiendes ¿verdad? Vamos a esperar a que Leo despierte y después, entre los tres, decidiremos qué hacer.

—No —se apresuró a decir ella, sabía que Leo, a pesar de lo que dijera Silas, preferiría verla muerta a llegar a cualquier tipo de acuerdo, estaba claro que no se fiaba de nada ni de nadie. Era frío, había matado un hombre sin pestañear, y hablaba de matarla a ella sin que su voz delatara pesar alguno. Estaba claro que si Leo despertaba, su vida corría peligro. Tenía que pensar, su cabeza, a pesar del miedo o pude que debido al mismo, estaba trabajando a mil por hora en ese momento. Así que solo tenía una baza, una carta que jugar, apostararlo todo a una mano, y esa mano era... Silas—. Lo decidiremos tú y yo —propuso a media voz.

Silas enarcó una ceja como toda reacción, ¿decidirlo entre ellos, dejando a Leo fuera de toda discusión? Sintió curiosidad. Miró a Nathalie, parecía más calmada que instantes antes, de hecho, no parecía haber perdido los nervios en ningún momento, o al menos no de forma exagerada. Es más, había visto el peligro y se había enfrentado a él, ¡y de qué manera! Había dejado KO a Leo de un solo golpe. Algo digno de admirar. Silas tomó asiento en una silla y siguió observándola con curiosidad.

—Está bien —dijo al fin—. ¿Qué propones?

—Supongo que dejarme marchar así, sin más, no es una opción —probó suerte ella, ya que no tenía nada que perder.

—En efecto, no lo es.

—Yo no quiero morir —dijo Nathalie con un hilo de voz.

—Ya te he dicho, que no vamos a matarte —volvió a decir Silas.

—Pues las opciones se reducen un poco ¿no crees?

—La verdad es que... sí —adujo Silas rascándose la cabeza con aire pensativo.

—Llebadme con vosotros —exclamó de pronto ella, como si su mente se hubiese iluminado en ese mismo instante, además era la mejor solución para todos. Desaparecer. Esa idea arraigó con fuerza dentro de Nathalie.

—¿Qué? —exclamó él—. ¡Noooo! —afirmó tajante.

—Sí —le rebatió Nathalie.

—Oooohhh no, Leo jamás lo permitiría.

—Bueno, pero para eso lo estamos hablando nosotros —le recordó ella—. A Leo que le den por culo.

—¿A Leo que le den? —Silas movió la cabeza negativamente, estaba claro que eso jamás iba a funcionar, Nathalie y su hermano Leo eran como la noche y el día, el fuego y la pólvora, el agua y el aceite... Eso no podía terminar bien de ninguna de las maneras.

Silas se levantó de la silla visiblemente nervioso, no sabía qué pensar. Se dirigió a la nevera de dónde sacó un par de latas de refresco, y le lanzó una a Nathalie que tomó al vuelo. La abrió y dio un largo trago. No podía matarla, eso estaba más que claro, ¿llevarla con ellos? Era un problema, un gran conflicto, algo que se salía de lo normal y habitual, y por descontado seguro que Leo jamás accedería... Y estaba el hecho de ese francotirador de pacotilla... O puede que no fuese tan malo, ¿y si solo se trataba de una advertencia? Resopló. Demasiadas incógnitas. Decidieran lo que decidieran Leo tenía razón en algo, tenían que irse cuanto antes, estaban total y absolutamente al descubierto.

—No —respondió al fin, aunque ya no recordaba si Nathalie le había formulado alguna pregunta.

—¿No quieres, o lo haces por qué sabes que él no va a dejarte? —le pinchó Nathalie.

—Lo hago porque sé que no saldría bien —repuso él.

—Silas, no tengo familia, apenas tengo amigos, he roto con mi novio, tengo un trabajo de mierda en una cafetería, debo tres meses de alquiler y pronto van a cortarme la luz... créeme si te digo que a peor no puedo ir —soltó Nathalie sincerándose.

—Ya, pero no tenemos una vida muy... normal. No... no sabes lo que dices, no nos conoces de nada, ¡joder! Has visto a Leo matando a un hombre

—soltó Silas, que inmediatamente después se calló unos instantes pensativo
—. Sabía que eras rara, pero tía ¡estás completamente loca!

—¡Casémonos! —propuso ella de pronto.

—¿Perdona? —Silas casi se atragantó con el refresco.

—Tú y yo —le aclaró ella.

—Vale, eso es por el golpe en la cabeza —comentó. Tenía que ser eso, sino no entendía que extrañas conexiones mentales llevaban a esa chica, a hacerle esa proposición tan... No era capaz ni de encontrar un calificativo.

—¡No! ¡Piénsalo! Lo vi en una película, la mujer no puede declarar nunca en contra de su marido, además así Leo no podría dejarme atrás.

—Bueno... —Silas puso los ojos en blanco, eso no lo tenía él tan claro.

—Es la solución perfecta —sentenció ella con convicción.

—Nathalie es una solución horrible, uno se casa por amor no para que dos desconocidos no la dejen atrás, es una locura... Y si conoces a alguien, entonces ¿qué...?

—El amor es una mierda. Eres el mejor tío que he conocido nunca, y eres un asesino a sueldo, definitivamente el mercado está muy mal.

—No sé si sentirme halagado o insultado —repuso Silas.

—Eres un buen tío, y sé que yo te gusto.

—Bueno, sí, pero...

—¿Ves? —exclamó contenta—. Pues cástate conmigo y llevadme con vosotros.

—Es una locura.

—Aparte de matar, ¿nunca has cometido una locura?

—Nunca —respondió Silas con convicción—. Siempre lo llevamos todo atado, estudiado y guionizado, y cuando algo se sale de ese patrón pasan cosas como las de hoy...

—Que una chica te pide matrimonio —dijo ella con media sonrisa.

—Además, esa es otra, me has robado mi momento.

—Oh vaya, lo lamento, así todo queda fuera de la ley, tú matas, yo robo momentos... Seremos la familia perfecta.

—Eres consciente de que tu reacción es cuanto menos preocupante, ¿no?

—Le dijo la sartén al cazo...

Silas caminó un par de pasos en dirección a la salida del balcón, pronto amanecería y debían salir ya. Tenía que tomar una decisión y debía hacerlo cuanto antes, en cualquier momento esa calle solitaria podría llenarse de luces parpadeantes que rompieran el cielo de colores rojo y azul, o peor aún.

Suspiró. Iba a arrepentirse de eso, pero no le quedaba otra.

—Prepara tus cosas, lo que te quepa en una bolsa de esas de deporte.

—¡Bien! —exclamó Nathalie, quien acompañó esa exclamación de un elocuente gesto de victoria.

—Nathalie, cuando salgas por esa puerta... —dijo Silas muy serio.

—Prepararé mis cosas y volveré —prometió ella.

—No me obligues a tener que matarte.

Y Nathalie supo que no era una manera de hablar.

10

Había conducido un par de horas, el sol empezaba a despuntar por el horizonte, Leo seguía tumbado en el asiento de atrás en un estado de semiinconsciencia, y casi que lo prefería de ese modo, pues cuando despertara empezaría una discusión que no tenía ganas de afrontar. Porque sabía que Leo tendría razón en todas y cada una de las pegas que pusiera a que Nathalie estuviese en ese coche, sin embargo se había visto atado de pies y manos, sin muchas alternativas y con poco tiempo para pensar.

—¿De dónde sois? —preguntó de pronto ella con curiosidad.

—Un poco de todos lados —respondió él saliéndose por la tangente.

—¿Y vuestros padres? —insistió Nathalie.

—Murieron.

—Y ellos sabían...

—Digamos que es el negocio familiar —dijo él.

—Mi madre me enseñó a hacer galletas —recordó Nathalie con cierta añoranza.

—¿De chocolate? —quiso saber él.

—Y de mantequilla de cacahuete.

—¿Dónde están ahora? —preguntó entonces Silas.

—Mi padre murió cuando yo era pequeña, mi madre rehízo su vida con un francés, ahora viven en París y tienen dos hijos, solemos vernos por navidad. Y vosotros, ¿tenéis más familia?

—Mmmm... No.

—Leo no va a querer que vaya con vosotros —dijo ella con cierta tristeza —. No se fía de nadie.

—Le tienes calado, ¿eh? —bromeó Silas sin apartar los ojos de la carretera.

—No te veo matando a nadie —expuso ella mirándolo con los ojos entornados.

—No suelo hacerlo —aseguró él.

—Entonces, ¿Leo es quien hace el trabajo sucio?

—Eso no significa, que no me manche las manos si es necesario.

—Es... raro... —se atrevió a decir Nathalie.

—Para mí no —repuso él.
—¿Cómo es? —curioseó ella.
—¿Cómo es qué? —inquirió Silas.
—Matar —le aclaró Nathalie.
—No sé... Igual que hacer galletas.
—¿De chocolate o de mantequilla de cacahuete?
—¿De ambas? —dudó Silas.
—Las galletas te las comes y están ricas —apuntó Nathalie.
—Bueno, entonces no es como hacer galletas —concedió él.
—¿Crees que Leo va a dejar que me quede? —inquirió ella preocupada.
—Creo que no va a tener más opción —aseguró Silas—. Cuando se le pase el cabreo, lo verá. Si no, siempre puedes pedírselo a él.
—¿El qué? —demandó ella confundida.
—Lo de casarse —aclaró el chico.
—¿Tú crees que diría que sí? —inquirió Nathalie con cierto temor.
—Espero que diga que no —confesó Silas.
—¿Te gusto? —cuestionó Nathalie clavando la mirada en él.
—Puede —respondió Silas de manera vaga.
—¿Nos casamos entonces? —Nathalie puso una sonrisa divertida.
—Has vuelto a robarme el momento —se quejó apesadumbrado Silas.
—Los momentos no se roban, se crean...
—¿Tienes hambre? —preguntó el chico de pronto, cambiando de tema radicalmente.
—Me comería una galleta —contestó ella, guiñándole un ojo.

Silas no pudo evitar soltar una carcajada. En el asiento trasero Leo se revolvió, empezaba a estar preocupado por él, y no tenía tiempo ni ganas de ir a un hospital. A lo lejos divisó un cartel que anunciaba una cafetería próxima. Decidió que podía ser un buen momento para detenerse, seguramente Leo recuperaría la consciencia si olía el café. A su lado, en el asiento del copiloto, Nathalie jugueteaba con el botón que sintonizaba la radio, la observó de soslayo un segundo, y volvió a sentir en su interior que era una locura, aunque una locura que le gustaba. Siempre habían estado solos, desde que sus padres murieron Leo se había vuelto todavía más hermético, sin permitir que nada ni nadie se acercara a ellos, y a pesar de que esa soledad tenía sus ventajas, también contaba con algún inconveniente. Por ejemplo, a sus veintiséis años nunca había tenido una cita. Una de verdad, pues lo que ahora hacía con Nathalie más se asemejaba a un secuestro consentido que a una cita sin

embargo, era agradable tenerla ahí. Puede que a Leo también le hiciera bien algo de compañía femenina.

Condujo en silencio los siguientes minutos hasta llegar a ese pueblo perdido de un kilómetro cualquiera de esa carretera. Detuvo el coche y puso el freno de mano, descendió con pesadez, se sentía cansado de tanto conducir. Abrió la puerta de atrás y se introdujo en el interior. Leo parecía estar volviendo en sí, al menos desde hacía un buen rato soltaba alguna que otra incoherencia.

—Tssss Leo —dijo palmeándole con delicadeza en la cara—. Venga hermano, ya está bien de siesta... Vamos, *Bella Durmiente*...

Pero Leo no parecía reaccionar a esa voz que le instaba a abandonar ese sueño en el que estaba inmerso.

—Esto se hace así —dijo Nathalie, arrojando sin ningún miramiento un botellín de agua sobre el rostro de Leo.

—¡No! —Silas hizo un infructuoso intento por detenerla, no obstante ya era demasiado tarde.

—¡Joder! —exclamó Leo recién recobrando la consciencia—. Me cago en todo... ¡Silas! —gritó enfurecido, por la costumbre de que fuese su hermano el único que se atreviera a tal cosa.

Se incorporó y le costó unos segundos procesar que no estaban en el piso, sino que se encontraban en algún punto inconcreto de la geografía del país, que Silas estaba frente a él con la mirada descompuesta y que el agua que empapaba su rostro y su camiseta provenía de alguien a su espalda... Se giró sobre sí mismo como un resorte para descubrirla allí, de pie, con cara de inocente y con una botella aún en las manos.

—¡No! —volvió a gritar—. No, no, no, no, no...

—Déjame que te cuente —intentó calmarlo su hermano.

—No —interrumpió Leo de nuevo, saliendo del coche dándole un empujón a Silas.

—Pero es qué... —intentó defenderse Silas.

—Ooohh no —contraatacó de nuevo Leo, que no podía más que negar de manera enérgica.

—Leo si me dejas...

—No, no y no.

¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? ¿Una hora? ¿Dos? Lo suficiente para que esa arpía con cara angelical hubiese manipulado a su hermano. ¿Qué hacía esa chica allí? No sabía si era debido al golpe o a qué, pero no entendía

nada...

—Leo, a ver, cálmate —intentó de nuevo Silas.

—Estoy muuuy calmado —respondió Leo con ambos puños apretados.

—Sí, ya se nota —dijo una cantarina voz a su espalda.

—Ssshhh —chistó Silas hacía Nathalie para que se quedara al margen.

—¿Te has vuelto loco? —susurró Leo, cogiendo del brazo a su hermano para apartarlo del coche y de ella.

—¿Tenéis que discutir aquí fuera? La gente empieza a mirarnos —dijo Nathalie dando un paso en la dirección por donde se habían ido.

—¡Oh, por Dios! —gruñó Leo fuera de sí, encima se atrevía a ¿qué? ¿Dar órdenes? Eso era inaudito—. Deshazte de ella.

—Hermano espera —repuso Silas siguiéndole en su confuso caminar—. Nos ha visto, sabe nuestros nombres, quiénes somos...

—¿Me estás dando los argumentos para matarla o para dejarla viva? Me estás confundiendo.

—No dirá nada a nadie —le aseguró Silas.

—Si está muerta seguro que no —repuso él.

—¡Joder! —exclamó Silas poniéndose frente a su hermano y parando su avance con un empujón—. Y si está viva tampoco.

—No lo entiendo Silas —dijo Leo acompañando la frase con un gesto negativo de su cabeza—, de verdad que no te comprendo, desde que llegamos a ese piso... ¿Es que te gusta la chica o algo?

—No. Bueno sí... pero no... es simplemente que...

—¿Sí o no? —preguntó Leo bajando el tono de voz para hacerle más fácil la confidencia. Sin embargo no hizo falta que su hermano respondiera, al menos no con palabras, estaba claro lo que pasaba. Silas sentía algo por ella y contra eso no podía luchar, ¿o sí? Leo sacudió los hombros, se sentía demasiado aturdido, dolorido y cansado como para pensar con claridad—. Está bien —rebufó—, pero...

—Las condiciones que tú quieras —atajó Silas.

—¿Por qué me duele tanto la cabeza? —inquirió de pronto Leo.

—Te has dado un pequeño golpe... —mintió Silas.

Ambos hermanos se giraron para mirar a Nathalie, que aguardaba al lado del coche, visiblemente nerviosa, frotando una mano contra la otra y sin perder detalle de ellos. Silas sabía que hacían lo correcto. Leo estaba convencido de que solo les traería problemas.

—Tengo que curarte eso —comentó Silas alargando la mano, para tocar el

punto exacto donde hacía unas horas Nathalie había echo estampar la lámpara.

—Auch... —gruñó Leo—. ¿Con qué dices que me he golpeado?

—Venga vamos —respondió Silas tirando de su mano.

Caminaron de vuelta al coche, Nathalie intentó forzar una sonrisa afable, pero en su rostro solo se pintó una mueca desconcertante. Todos se miraron sin saber muy bien qué decir en ese momento. Siempre habían sido dos, ellos dos, y no estaban seguros de poder funcionar igual con un tercero, y menos siendo ese tercero ella. Leo rebufó.

—Tienes que cortarte el pelo —dijo Leo sin más, antes de girarse para encaminarse hacia la cafetería que había a escasos doscientos metros de ellos.

—¿Ha dicho que me corte el pelo? —preguntó confusa Nathalie a Silas.

11

Había vivido silencios incómodos en su vida sin embargo, ese era de lejos, el peor. Nathalie había seguido confusa a Leo dentro de la cafetería, dónde ya estaba sentado, ella lo había hecho frente a él. Silas había dudado un poco para finalmente tomar asiento al lado de su hermano. Y así estaban los tres en ese momento. Nathalie observó a los dos hombres sentados frente a ella, el parecido era evidente, aunque de primeras parecieran tan diferentes, y pese a lo extraño de la situación, a pesar de haber visto a Leo pasar a cuchillo a un hombre, y que Silas le había confesado que mataban por dinero, se sentía tranquila, menos por ese denso y pastoso silencio que pronto se vería en la obligación de llenar.

Leo era mucho más corpulento y de rasgos más cuadrados que Silas, tenía unos profundísimos ojos azul cielo, y una cicatriz que le daba ese aspecto tan siniestro. Pero era, sin duda, de un atractivo sin parangón. Silas sin embargo, era de esos chicos que pasaban inadvertidos, desaliñado, con el pelo color arena y los ojos de un tono indescriptiblemente confuso, como si los cromosomas no hubiesen terminado de ponerse de acuerdo y hubieran volcado diferentes tonalidades en ellos.

Por suerte la camarera llegó para ofrecerles la carta y eso le dio la posibilidad de centrarse en algo que no fuese los inquisitivos ojos de Leo encima de ella.

—Bacon y huevos revueltos —dijo Leo sin mirar la carta.

—Yo tomaré un *sándwich* vegetal y un batido de fresa con nata —decidió con rapidez Silas

Todos la miraron a ella, incluida la camarera y de pronto, eso la incomodó, las manos empezaron a temblarle y los ojos iban de un plato a otro de la carta sin saber qué elegir, qué decir, o sin poder estar segura de que la voz le fuese a salir cuando intentara hablar. Pánico. Un inoportuno pero contundente ataque de pánico. ¿Qué hacía allí?

—¿Gofre con chocolate y un café? —propuso Silas, alargando la mano por encima la mesa para coger la suya e intentar tranquilizarla, antes de que llamara demasiado la atención.

—Sssí... —susurró con un hilo de voz.

—Está bien —respondió la camarera, volviéndoles a observar por última vez antes de irse con el pedido bien anotado.

Nathalie descendió la mirada hacía esa mano que ahora estaba arropada por la de Silas, que se levanto sin soltarla para dar la vuelta a la mesa, y sentarse a su lado en ese pequeño sofá desconchado.

—¿Todo bien? —le preguntó él con voz dulce.

Ella asintió con la cabeza. Leo paso ambas manos por el rostro, aún estaba algo mareado y dolorido, pero sobre todo abrumado por la situación a la que no sabía muy bien cómo enfrentarse.

—No voy a cortarme el pelo —soltó ella sin más, alzando la mirada para enfrentarse a Leo.

Silas dejó escapar el aire en un soplido, Leo simplemente dejó caer ambas manos en la mesa, y alzó la mirada para mirar a los oscuros ojos de esa chica.

—Llamas demasiado la atención —argumentó él sin más.

—¿En serio? —se burló Nathalie de pronto—. ¿Qué yo llamo la atención? —Pasó ambas manos por su melena rosa nube de algodón—. Porque tú no ¿verdad? —Leo abrió mucho los ojos, como si no entendiera qué quería decir la chica con ese comentario—. ¿En serio? —Nathalie miró a Silas, esperando ver por su reacción si era posible, que Leo no se diera cuenta de algo tan evidente para el resto de los mortales—. A ver, eres un armario empotrado trajeado de metro noventa y cien kilos, con una cara de mala hostia que tira para atrás, ¿y soy yo la que llamo la atención? No puedes estar hablando en serio.

—Sí —respondió Leo sin más.

Nathalie hizo un barrido visual por el local, no estaba muy concurrido, supuso que por tratarse de una carretera secundaria, desde su posición podía ver tres mesas ocupadas, no sabía si al fondo de la barra habría algún cliente más. Se levantó como un resorte, haciendo que Silas le soltara la mano.

—Cuenta la cantidad de gente que me mira —le instó al chico antes de caminar en dirección al baño.

Nathalie caminó entre las mesas hasta llegar a la puerta del servicio, aprovechó para entrar y pasarse un poco de agua por la cara. A pesar de que intentaba mantenerse serena y fuerte, Leo le seguía dando mucho miedo. Aún no entendía de que manera había logrado Silas convencerle de aquello. Se miró al espejo, y pasó de nuevo las manos por su cabello, le gustaba, no tenía intención de cortarlo. Salió de nuevo al local, miró en rededor para comprobar, tal y como había imaginado, que nadie reparaba en su presencia.

Volvió a la mesa con los chicos, el desayuno ya la esperaba.

—¿Y bien? —le preguntó a Silas al sentarse de nuevo a su lado.

—Solo el chico de la barra te ha comido con los ojos, voy a tener que darle una hostia —aseveró con media sonrisa el pequeño de los hermanos.

Nathalie lo miró confundida, pero sacudió la cabeza y desvió la atención hacia el hermano mayor, las batallas mejor de una en una.

—Ahora hazlo tú —le retó ella a Leo, dando un primer trago al café.

Leo solo alzó una ceja y rebufó como toda respuesta. Después hincó el tenedor en los huevos para empezar a desayunar. Sin embargo, la insistente mirada de la chica no le dejaba comer con tranquilidad, odiaba que le miraran, y ella lo hacía de una manera que le estaba empezando a poner muy nervioso. Dejó el tenedor al lado del plato y, miró a su hermano que luchaba por no soltar una carcajada.

—Y te cortas el pelo —sentenció Leo.

—O lo cambio de color ya veremos.

—Lila te sentaría genial —apuntó Silas.

—¿Verdad? —Nathalie le miró con ojos iluminados—. Aunque el azul también me llama la atención...

—O el turquesa...

—¡Basta! —gruñó Leo con evidente enfado—. Me levanto, camino, vengo, me siento, y tú te cortas el pelo.

Nathalie alargó la mano por encima de la mesa, él dudó un instante, aunque finalmente la encajó cerrando así el trato. Rebufó de nuevo, limpió su rostro con la servilleta que tiró después al lado del plato y se levantó con pesar. Notó que aún le dolía un poco la cabeza, volvió a mirar a la chica y después a su hermano, el cual le hizo un gesto animándole a moverse. Lo hizo, dio un par de pasos en dirección al baño, y se dio cuenta como la camarera, que estaba en ese momento tras la barra, dejaba de limpiar las tazas para observarle, gruñó, caminó un poco más, y entonces fueron los dos hombres sentados al lado de la nevera de las bebidas los que fijaron la vista en él. Antes de llegar al baño otra mujer le clavó la mirada. Leo estaba cabreado. Entró al baño y cerró de un portazo. Se miró al espejo un segundo, jamás había pensado que su aspecto llamara tanto la atención. No obstante, lo que más le molestaba era tener que darle la razón a esa arpía con el pelo rosa.

—¡Bruja! —gruñó.

—Va a ser divertido —señaló Silas, que estaba de pie apoyado en el quicio de la puerta.

—Divertidísimo —dijo irónicamente Leo—. Una puta fiesta.

—Venga Leo, me vas a negar que no te estás riendo.

—¡Claro! No me ves —señaló este su cara—, me descojono, solo que por dentro.

—No podía hacer otra cosa —comentó Silas entrando, y situándose a su lado, abrió el grifo para humedecerse el rostro—, me vi entre la espada y la pared.

—Tendrías que haberla matado, era lo más fácil.

—¿En serio? Si era tan sumamente sencillo, ¿por qué no lo hiciste tú? —Aguardó a que su hermano le replicara, pero Leo no dijo nada—. Nosotros no somos así Leo, puedes ir de duro todo lo que quieras, aunque sabes que tengo razón.

—Si se supone que es un secuestro, no deberías dejarla sola.

Silas soltó una carcajada y golpeó el hombro de su hermano para infundirle valor, estaba claro que para Leo no sería una situación fácil, pero al final, entendería que habían hecho lo que debían hacer.

—No tengo realmente claro quién ha secuestrado a quién —bromeó Silas.

—¿De verdad llamo tanto la atención? —inquirió avergonzado Leo.

—Creo que eso es un halago hermano, intimidas a los hombres y enamoras a las mujeres, o a veces puede que incluso al revés —respondió Silas con una carcajada.

—Vete a la mierda Silas —exclamó Leo saliendo del baño, seguido de su hermano.

Al volver a la mesa todo el mundo en el local le observó, todos menos Nathalie, que seguía enfrascada en su desayuno sin levantar la vista del plato, aunque con una sonrisa triunfal dibujada en su rostro.

—Está bien —siseó Leo al volver a sentarse—. ¿Puedo ahora desayunar tranquilo?

—Todo tuyo —respondió Nathalie y, con un gesto le invitó a seguir comiendo.

Silas les miró un segundo y no pudo evitar que un escalofrío recorriera su cuerpo, eso iba a ser difícil, muy difícil, y él estaba en medio.

—Mi pelo se queda como está —sentenció la chica.

—De momento —advirtió Leo sin mirarla.

12

—¿Dónde vamos? —preguntó Nathalie después de diez intensos minutos de escrupuloso silencio.

—Haz que se calle —instó Leo a su hermano.

Silas se giró sobre su asiento para enfrentarse a los negros ojos que desde allí atrás le observaban, fue a decir algo, pero la mueca en el rostro de ella le hizo desistir. Volvió a girarse para clavar la mirada en la carretera. Leo conducía a una velocidad anormalmente rápida.

Nathalie cruzó los brazos a la altura del pecho y frunció el entrecejo, Leo era un verdadero maleducado, por no usar una palabra peor, rebufó y perdió la mirada por la ventana.

—¿Estás cansada? —se interesó Silas, que se había girado de nuevo para observarla—. ¿Quieres que paremos?

—Lo que diga el gran jefe —gruñó ella.

—Lo va pillando —sonrió satisfecho Leo mirando a Silas de reojo—. Saca el mapa, busca algún lugar para hacer una parada, necesito una ducha y dormir un poco.

Silas remugó un poco, pero obedeció. Abrió la guantera y sacó el mapa de carreteras que siempre usaban cuando viajaban, que era muy a menudo. Eran de la vieja escuela, y no les gustaban mucho las tecnologías, demasiado rastreables. No le llevó mucho tiempo situarse, a pesar de que, cuando habían salido con Leo inconsciente, el miedo y la paranoia acechándole, no había tomado en demasiada consideración el camino a seguir, había conducido por inercia y había cambiado el rumbo diversas veces. Sin embargo, conocía la geografía del país como la palma de su mano.

Señaló un punto del mapa y Leo asintió para dirigirse después a ese lugar. Silas dejó de nuevo el mapa en su sitio, echó para atrás el asiento y se recostó un poco. Llevaba más de veinticuatro horas sin dormir y ahora que todo parecía haberse calmado un poco, el sueño y el agotamiento estaban ganándole la partida. Sintió como todo él se relajaba, siempre había tenido facilidad para dejar la mente en blanco, algo que desde muy pequeño había aprendido de su madre. «Para ser bueno en lo tuyo, tienes que ser capaz de no pensar en nada, solo tú, tu objetivo, y la bala. Nada más».

—¡¡Eres un capullo egocéntrico!!

El grito de Nathalie le despertó de pronto. Abrió los ojos sobresaltado y allí estaban los dos frente al coche, ¿cuándo habían llegado al motel? Se incorporó de pronto cuando advirtió ese sutil gesto en Leo, ese imperceptible apretar de dientes y la manera que tenía de entornar los ojos justo antes de estallar. Silas saltó del coche con rapidez dando un traspié, pues estaba aún medio dormido y cayó de bruces al suelo, justo delante de los pies de Leo que lo miró enarcando una ceja, pero relajando el gesto iniciado solo instantes antes.

—¿Qué haces? —inquirió Leo.

—Caer con estilo —se quejó Silas levantándose y sacudiéndose los pantalones.

—Vaya guarrazo te has pegado —rio Nathalie.

—¿Sí? Gracias por la aclaración, no me había dado cuenta.

—Joder, qué mal despertar tienes —se quejó la chica.

—¿Se puede saber por qué gritáis? —preguntó entonces Silas, recordando lo que le había despertado.

—Solo queda una habitación —remugó Leo.

—Anda —rio Silas—, podría ser un inicio perfecto para una película porno.

Nathalie lo miró con el rostro desenchajado, enarcó una ceja y rebufó. Leo miraba a su hermano con gesto casi idéntico al de la chica. Nathalie vio la oportunidad y aprovechando el despiste de Leo se hizo con las llaves de la habitación.

—¡Joder! —rezongó Leo con cabreo.

—He sido más rápida —adujo ella sonriente, y caminó a su habitación.

—Espera, espera, espera... ¿Eso significa que nos toca dormir en el coche? —Silas miró a su hermano con cara de terror, estaba demasiado cansado, necesitaba una ducha y un colchón.

—Gracias a ti —reprendió Leo, clavando su furibunda mirada en él.

—¿En serio? —volvió a preguntar el chico mirando con cara desenchajada.

—Anda vamos —les dijo Nathalie, haciendo un gesto con la cabeza para que fueran—. ¿En serio pensabas que te iba a dejar durmiendo en el coche? —le preguntó a Silas cuando estuvo a su lado—. Al gilipollas de tu hermano aún, pero tú me caes bien.

—¿Solo bien? —inquirió él alzando una ceja.

—Acabo de salir de una relación muy complicada, y no me apetece ahora

nada serio, y menos con alguien queeee... Hace galletas por encargo.

—¿Galletas? —preguntó extrañado Leo, entrando en la habitación siguiendo a su hermano y a la chica.

—De chocolate.

—Y de mantequilla de cacahuete —añadió ella.

Leo los miró extrañado, no entendía nada.

—Prefiero las de jengibre —intentó decir Leo, para meterse en la conversación.

Silas y Nathalie rompieron a reír cual locos bajo la mirada inquisidora de Leo, intentó repasar el diálogo mentalmente para ver qué era lo que les hacía tanta gracia, pero desistió. Si eso iba a ser siempre así, estaba claro que no iba a funcionar. Dejó los zapatos al lado de la entrada y se dirigió al baño.

—Voy a darme una ducha —anunció, por si su intención no había quedado clara.

—Genial —respondió Silas, sentándose en un sofá situado bajo la ventana.

Nathalie miró como Leo desaparecía tras la puerta, se sentó en la cama recogiendo las piernas sobre el colchón, para abrazarlas después. Silas había vuelto a cerrar los ojos y parecía que pronto se dormiría de nuevo. Eran diferentes, la noche y el día, no entendía qué había hecho que Leo se volviera ese ser arisco y malhumorado que era, un ser capaz de hablar de ella como si fuese un trozo de papel del que se pudiera deshacer sin miramientos, mientras que Silas era divertido, atento... recordó como se había preocupado por ella con toda la historia de Marcus. No era feo, tampoco es que llamara la atención por ser una belleza exuberante, pero tenía cierto atractivo y carisma, así como Leo parecía cuidar al detalle su aspecto físico, la ropa, el pelo... Silas más bien era como si cada mañana cayera dentro de la ropa, sin preocuparse mucho de si combinaba o no.

—Me estás poniendo nervioso —se quejó el chico abriendo los ojos—. Te escucho pensar.

—Ah sí, listillo, ¿y qué pienso?

—Que soy un tipo atractivo —aventuró Silas.

—¡Ja! —soltó ella en una carcajada.

—Bueno, puede que no pensaras eso, pero estoy seguro que te lo parezco —soltó con esperanza.

—Un poco engreído sí eres.

—También —confirmó. Se incorporó hacia adelante hasta apoyar los codos en las rodillas—. Aunque no me lo puedes negar... los tipos como yo

arrasamos allí donde vamos.

—Y las chicas caemos a vuestros pies, ¿no?

—No sé, dímelo tú, que eres la que se quiere casar conmigo —soltó él guiñándole un ojo.

—Un error lo comete cualquiera —se defendió Nathalie molesta.

—Me habían llamado muchas cosas —comentó Silas, que se dejó caer de nuevo hacía atrás—, pero nunca error.

—Lo dudo, estoy segura que todas las chicas con las que has salido lo han pensado en algún momento u otro.

Silas abrió un ojo y la observó con una mueca.

—Nunca he salido con ninguna chica, esto de hoy es lo más parecido a una cita que he tenido nunca —afirmó, y volvió a cerrar los ojos—, he estado muy ocupado... jummm... haciendo galletas.

—¿Otra vez hablando de galletas? —dijo Leo, saliendo del baño con una toalla enrollada en la cintura—. ¡Qué obsesión!

Silas abrió los ojos para observarle, sin embargo lo que más le llamó la atención fue la mirada de Nathalie hacia su hermano. Estaba claro, Leo sí era un tipo atractivo, de los que las enamoraban a todas. Silas resopló cerrando un instante de nuevo los ojos sin poder evitar sentirse algo molesto. Se levantó apesadumbrado, si tenía que competir por Nathalie con su hermano no tenía absolutamente nada que hacer.

—Voy a darme una ducha —gruñó sin poder esconder su enfado.

—¿Y ahora que te pasa? —inquirió su hermano sorprendido.

—¿A mí? Nada. Vístete anda.

13

Nathalie se despertó antes de que despuntara el sol. No había logrado conciliar bien el sueño en toda la noche, se sentía inquieta y cada vez que cerraba los ojos a su mente acudía la mirada de ese hombre justo antes de que Leo le seccionara la garganta. Miles de dudas acudían a su mente, y ahora era consciente de dónde se había metido, o no, la verdad era, que había llegado a un punto en que todo le parecía real y a la vez surrealista. Ni ella misma se podía llegar a entender. De madrugada había instado a Silas para que se metiera en la cama con ella, pues estaba durmiendo en el suelo después de perder a piedra papel o tijera con su hermano. El chico se había levantado y se había tirado sobre el colchón, pero Nathalie dudaba que fuese consciente de lo que había pasado, pues no había coordinado una sola palabra, solo murmurado incoherencias.

Y ahora, justo antes que saliera el sol, ella estaba totalmente desvelada. Se giró hacia la derecha y quedó apoyada sobre ese lado. Silas dormía plácidamente boca abajo con ambos brazos metidos por debajo de la almohada. Llevaba un tatuaje en toda la espalda de una rosa y un dragón, era bonito, aunque parecía que tenía ya algunos años... Se levantó con cuidado para no despertarle, rebuscó en su bolsa de viaje hasta encontrar el paquete de cigarrillos y salió fuera para fumar.

—Hacía mucho que no veía salir el sol —susurró ella, cuando intuyó que la puerta se abría y alguien salía, pero al girarse le sorprendió ver a Leo.

—¿Puedo? —preguntó él, y señaló el tabaco.

—Claro, eres el jefe —respondió ella, guiñándole el ojo.

Leo remugó algo que ella no entendió, pero como supuso que era una maldición, ni le preguntó, y apartando la mirada de él, volvió a clavarla en el lugar exacto por donde salía el sol. Era bonito ver como poco a poco, el cielo iba tornándose azul mientras la luz ganaba a batalla a la oscuridad.

—Voy a ir a por café —dijo de pronto Nathalie, levantándose de un salto.

Leo no dijo nada, solo asintió y dando una última calada al cigarrillo lo lanzó al suelo para volverse a meter en la habitación, dónde Silas ya se había despertado y estaba tumbado boca arriba en la cama.

—¿He dormido con ella? —preguntó, pues no recordaba cómo había

llegado allí. Leo simplemente se encogió de hombros sin decir nada. Silas se levantó, entró en el baño y salió con el cepillo de dientes en la boca—. ¿Dónde está?

—Ha ido a por café —le dijo su hermano.

—Ah, vale...

Volvió a meterse en el baño para enjuagarse y lavarse la cara. Salió con la toalla al hombro y buscó visualmente donde había quedado la noche anterior su camiseta.

—¿Y qué pasara cuando quiera irse? —preguntó de pronto Leo mirando a su hermano.

—¿Y por qué va a querer irse? —cuestionó él, poniéndose los pantalones.

—No sé Silas, ¿por qué llevamos una vida de mierda? No tenemos un hogar fijo, viajamos de un lado a otro del país matando a gente como quien vende productos dietéticos, no es la clase de vida con la que sueñan las chicas.

—¿Y tú qué sabes de lo que sueñan las chicas? —intentó burlarse Silas, pero las palabras de su hermano le confundieron.

—Yo qué sé, ¿porque veo la MTV? —Los dos hermanos se quedaron parados el uno frente al otro en medio de la habitación—. ¿Te das cuenta que es una situación de lo más extraña? —inquirió Leo preocupado, porque él fuese el único en percatarse de ese detalle.

—Puede que no le importe —susurró Silas, sin poder esconder su preocupación—, a lo mejor le termina gustando esto, puede que le guste vivir así... No sé, ¿tan raro sería que quisiera quedarse con nosotros?

—¿Con nosotros o contigo? —rectificó Leo, mirándolo fijamente.

Silas enmudeció ante esa pregunta, no sabía qué responder a eso, no quería pensarlo. No estaba preparado.

—No sé a qué mierda viene esto ahora —gruñó.

—Silas... —Leo rebufó, no sabía cómo buscar las palabras exactas, nunca había sido muy comunicativo y no quería molestarlo—, lo siento hermano, eso no va a pasar, cuando se de cuenta del error que ha cometido querrá marcharse, y entonces, ya sí será un secuestro.

—Pero ¿tan raro sería que quisiera seguir con nosotros? —volvió a preguntar el pequeño perdiendo la mirada más allá de la ventana.

—Sí —simplemente respondió este.

Entonces fue Silas el que buscó la mirada de su hermano, y el valor en su interior para hacer la siguiente pregunta que rondaba su mente.

—¿Cres que no podría enamorarse de mí? —soltó notando como al hacerlo una losa caía sobre sus espaldas.

—¡Joder Silas! —se lamentó Leo porque le pusiera en esa situación—. No, no sé... No creo que eso suceda.

Silas se giró dolido por esas palabras tan radicalmente sinceras, apretó los puños e intentó tomar aire con forzosa tranquilidad.

—¿Y de ti? —inquirió entonces con un hilo de voz.

—¿Por qué debería enamorarse de mí? —exclamó Leo con incredulidad.

Nathalie se quedó parada tras la puerta, algo descolocada con esa conversación que acababa de escuchar. Se apartó con sigilo de la entrada de la habitación para poder volver a subir los tres escalones con exagerado ruido para advertirles de su presencia, entrando después en la habitación con fingida normalidad.

—¡Traigo café! —exclamó con tono jovial, aunque algo exagerado.

Aún llevaba el pijama y no se había ni peinado, dejó la bandeja de cartón sobre la cama para encerrarse en el baño, huyendo así de esa extraña situación que se había creado entre ellos. Se demoró un rato en la ducha, dejando que el agua arrastrara todas esas dudas e ideas que tenía en la cabeza. Para cuando volvió a salir a la habitación enrollada en una toalla, pues no había pensado ni en coger ropa limpia, su café ya se había enfriado. Los miró un instante antes de recuperar su ropa y, volverse a encerrar en el baño saliendo instantes después.

Silas y Leo discutían algo, habían extendido un mapa sobre la mesilla de café, y mientras Leo, sentado en el sofá argumentaba algo, Silas le rebatía desde el suelo. Ninguno de los dos la había visto. Nathalie cogió su vaso y se sentó en el borde de la cama, justo detrás de Silas, que ahora hablaba de ir al Norte mientras Leo decía que no debían alejarse de la zona.

¿Qué clase de tipos eran esos? Pensó ella. Silas, por ejemplo, ¿cómo podía ser tan tierno y después matar a sangre fría? ¿Qué clase de gente los contrataba? ¿Cómo lo hacían? ¿Quién les pagaba? Todas esas eran incógnitas que no sabía ni si quería resolver. ¿Qué pasaría con ella si algún día decidía que quería irse cómo bien había apuntado Leo? ¿La matarían? Sacudió la cabeza, no, si quisieran matarla ya lo habrían hecho.

—Creo que es lo mejor, al menos de momento —sentenció Leo—. Cuando lleguemos tiras de tus contactos a ver qué puedes averiguar —le dijo a Silas.

—No me parece bien que vayas solo —replicó este.

—No tendría que ir solo si no fuese por... —Y ambos clavaron la mirada

en ella.

—¿Lo siento? —adujo Nathalie, sin ser muy consciente de qué la acusaban.

—Está bien —atajó Silas, redirigiendo la conversación—. Pero vas y vuelves, nosotros te esperaremos aquí.

—¿Se va? —Nathalie miró a Leo—. ¿Te vas? ¿Dónde?

Leo se levantó sin hacerle el menor caso y empezó a recoger las dos o tres cosas que había en la habitación. No le gustaba, no le gustaba en absoluto tener que separarse de Silas, nunca lo había hecho, desde que sus padres habían muerto jamás se habían separado. Pero tenía que regresar al «lugar del crimen», algo que tampoco había hecho nunca, sin embargo necesitaba recabar información sobre quién le había disparado, para intentar averiguar qué era lo que había pasado. Solo serían unas horas, un día a lo sumo, aunque ya temblaba, pues Nathalie había convencido a su hermano de ir con ellos en solo unos minutos, no quería ni imaginar qué sería capaz de hacer esa bruja en todo ese tiempo. Miró a la chica que aguardaba su respuesta, volvió la vista a Silas, que seguía sentado en el suelo y una sonrisa pugnaba por abandonar sus labios.

Al menos parecía más calmado. La conversación antes de que Nathalie regresara con los cafés había sido demasiado intensa y personal.

—Tiene que volver para buscar información de qué fue lo que salió mal ayer —se adelantó Silas, antes de que Leo dijera algo fuera de lugar.

—Pensaba que vosotros no cometíais errores —atacó la chica.

—Me cago en...

—No lo hacemos —atajó Silas levantándose, y cogiendo a su hermano por el brazo—. Alguien nos tendió una trampa, y necesitamos saber quién y por qué.

—¿Sabes cómo nos ahorraríamos el tener que dar tantas explicaciones? —dijo Leo cogiendo su bolsa—. ¡Matándola! —gruñó antes de salir de la habitación.

—¡Yo también te quiero! —exclamó Nathalie desde el interior—. Cuidado con el coche, es la primera causa de muerte accidental... ¿Qué? —inquirió, ante la mirada reprobatoria de Silas—. Es un gilipollas —sentenció.

Silas solo pudo responder con una carcajada.

14

Habían salido a comer algo, Silas no dejaba de consultar su teléfono a cada momento, y aunque no lo había dicho en voz alta, se le notaba preocupado. Todo había sido muy extraño, desde que llegaron al piso, todo, la reunión con el cliente, la manera en la que se alargó la vigilancia, Nathalie, y la fatídica noche. Seguía pensando que nadie que se prestase a ese juego tendría tan mala puntería pero, si el francotirador disparó solo como advertencia, ¿por qué lo hizo dos veces? Si quería mandarles un mensaje, este era que los conocía, y si los conocía sabría que si bien Leo estaría en el callejón, él lo estaría cubriendo. Siempre trabajaban del mismo modo. No tenía sentido, algo no encajaba en todo eso, y no podía quitarse de encima esa extraña sensación, como cuando sabes que te has olvidado algo, aunque no atinas en saber el qué es hasta que vas a pagar y no encuentras la cartera.

Volvieron a la habitación dando un paseo por el borde de la carretera, en las últimas horas solo habían pasado cinco vehículos, y solo uno se había detenido en el motel. Silas alzó la vista hacia esa edificación de tan solo dos plantas, cinco habitaciones por cada una, lo que hacían un total aproximado de unos 20 inquilinos.

Nathalie entró en la habitación sin embargo, él se demoró un poco sentado en esos tres escalones que separaban el sendero empedrado de la puerta. Los coches aparcados eran los mismos que la noche anterior salvo dos. También había una moto que en el momento de llegar no estaba. Resopló angustiado, algo no estaba bien, y hasta que no diera con el qué no podría parar de darle vueltas a la cabeza. Se levantó y se metió en el interior, Nathalie se había descalzado y estaba sentada sobre la cama con la espalda apoyada en el cabezal. Sonrió al verla. Era agradable, diferente, sospechoso, pero interesante. Era como si todos los infortunios y cambios en su vida, se hubiesen sucedido en el mismo instante, ella incluida. Y esa parte le gustaba.

Se sentó delante suyo sin decir nada y ella le sonrió.

—¿No es un secuestro verdad? —le preguntó Silas, sin atreverse a mirarla.

—Creo que es la pregunta más extraña que me han hecho nunca —respondió Nathalie esbozando una sonrisa.

—Soy un asesino, no un secuestrador, no manejo muy bien los términos y condiciones de ese delito en particular... No tenías más opción que venir con nosotros, pero... —comenzó a explicarle él.

—No es un secuestro Silas, no me desagrada estar aquí —le confirmó ella a media voz.

—¿Por qué? —inquirió Silas, aún más confundido.

—Ahhhh... no lo sé —reconoció ella—. Cuéntame algo de ti, explícame algo de tus padres...

Silas se incorporó sobre el colchón, y la miró un segundo más antes de desviar la mirada hacia el techo. Sus padres, suspiró, los echaba tanto de menos... No sabía muy bien por dónde comenzar, así que se decidió por algo cercano a él y a su modo de vida actual, de quién era y cómo había llegado a ser así.

—Vaya... —fue lo único que pudo decir Nathalie, después de que Silas le relatarla la historia de la primera vez que disparó a una persona.

—Me altera un poco que no estés gritando muerta de miedo, juzgando mi baja moralidad y esas cosas...

—La moralidad es muy aburrida —aseguró la chica.

Silas sacudió la cabeza. Acababa de explicarle de qué manera mató por primera vez. Tenía entonces doce años y lo hizo junto a su madre, ella le enseñó todo acerca de cómo matar. Pero la reacción de Nathalie era igual que si le hubiese explicado una excursión al campo, dónde su madre le había preparado un *sándwich* de mermelada.

Nathalie se levantó de la cama en la que llevaban sentados la última hora, y dio un par de pasos hasta la ventana. No podía juzgarles, ellos eran así, eran lo que habían aprendido, era raro, sí, ilegal por supuesto, sin embargo... ni ella mismo lo entendía, pero los comprendía.

Había mujeres que vendían su cuerpo, hombres que pagaban por él, había quien fabricaba drogas, otros que las vendían y los que las consumían. El mundo se movía siempre pisando una delgada línea moral que alguien había trazado, a un lado lo correcto al otro lo incorrecto. Cada fin de semana muchos jóvenes conducían bajo los efectos del alcohol u otras sustancias, a sabiendas que podían tener un accidente y matar a un inocente. Los gobernantes de los países hacían y deshacían a su antojo en su propio beneficio, mientras que con esas decisiones, que solo les favorecían a ellos, morían cientos de miles de personas en condiciones inhumanas. No hacía falta irse muy lejos para poder ver esas injusticias.

Ellos mataban por dinero. Ella servía cafés por dinero. Volvió a sentarse en la cama junto a Silas, que no había dejado de mirarla en ningún momento.

—No nos juzgas, y eso es extraño —volvió a decir él.

—Puede que la rara sea yo —respondió Nathalie guiñándole un ojo.

—¿Tengo que preocuparme? —preguntó Silas divertido.

—No creo que mucho más que yo —sentenció ella.

Ambos quedaron tumbados de espaldas sobre el colchón con la mirada perdida en el techo.

—¿Por qué me hablaste la primera vez? —le interrogó ella de pronto.

—Te escuché llorar —confesó Silas—. Llevábamos solo un par de días en el piso y te escuché llorar. Eso no me gustó.

—Así que me hablaste por pena.

—Bueno, también te vi en el rellano y me pareciste muy guapa.

—¿En serio? —inquirió Nathalie alzándose, y enarcando una ceja.

—Aja... —soltó Silas incorporándose también.

Aunque no añadió nada más, solo se quedó mirándola con una pícara sonrisa pintada en el rostro. Se hizo el silencio, aunque no uno de esos incómodos. Nathalie tenía la mirada fija en él, tenía unos ojos totalmente hipnóticos, claros y profundos, de un color indefinido. Nathalie se dio cuenta que respiraba con pesadez, el corazón se le había acelerado y sin querer, su subconsciente la traicionó descendiendo la mirada hacia los labios de él, y por un segundo deseó que la besara, solo por curiosidad.

—He visto suficientes películas como para saber que este es el momento ideal para un beso —susurró él.

—¿Y por qué no me besas? —quiso saber Nathalie.

—Porque no me gustan los momentos ideales, todos se parecen entre ellos, cuando le cuentas a nuestros hijos como nos besamos por primera vez...

—Les diré que fue en un callejón para sacarme a un ex novio de encima.

—*Touché* —rio Silas apartándose un poco de ella, pues tenerla tan cerca le dificultaba lo de no besarla—. Pues cuando le cuentas a nuestros hijos como fue nuestro segundo beso —puntualizó—, no quiero la típica historia aburrida tan parecida a todas las demás, quiero que sea realmente especial.

—Eres un engreído —se carcajeó ella, dejándose caer de espalda sobre el colchón—. ¿Qué te hace pensar que terminaré siendo la madre de tus hijos?

—Bueno, puede que termines siendo la madre de mis sobrinos, sea como sea, la historia será cojonuda, créeme.

Nathalie se levantó de golpe y clavó su mirada en él ¿hablaba en serio?

Dudó, aún no le tenía calado del todo, parecía tan despreocupado por fuera como por dentro, sin embargo sabía que eso era solo en apariencia. Silas se pasó la mano por el pelo, que siempre caía desordenado por su frente, sonrió divertido y le guiñó un ojo. Era simple y sin dobleces en apariencia, pero escondía mucho en su interior, y Nathalie supo que se moría de ganas de ir desgranándolo poco a poco. Disfrutando del placer de ir sorprendiéndose a cada capa que lograra arrancar, y con la certeza de que llegar al interior, iba a ser una ardua tarea. Le encantaban los desafíos, y ante ella se presentaba uno enorme.

—¿Y ahora qué? —soltó Silas entre risas, viendo como la chica le observaba igual que si fuese un espécimen bajo la luz de un microscopio.

—Nada —respondió ella sacudiendo la cabeza—, es solo que...

Silas giró sobre sí mismo alzando la mano para que ella callara, había escuchado un «clic» miró hacia la ventana y un destello se lo confirmó. Saltó sobre Nathalie para hacerla caer al otro lado del colchón y agarrándolo por el borde lo ladeó para poder cubrirse ambos con él, justo en el momento que la primera bala atravesaba de manera silenciosa el cristal. Nathalie lo miró presa del terror, aunque Silas no se detuvo en nada, con un ágil movimiento rodó sobre la moqueta y en menos de dos segundos ya empuñaba un arma.

Miró, respiró, apuntó y disparó.

Lo siguiente que escucharon fue el motor de un coche alejándose a toda prisa por la carretera. Silas se levantó y salió al exterior de la habitación, miró alrededor, sin embargo no había ya rastro del vehículo, se detuvo entonces en observar a los que estaban aparcados a derecha e izquierda del sendero empedrado.

—Un Ford rojo —susurró entrando de nuevo a la habitación, Nathalie seguía tras el colchón—. Rápido, tenemos que irnos.

Silas empezó a recoger todo a gran velocidad, pero ella no era capaz de moverse de donde se había quedado paralizada, agazapada tras el colchón con el corazón latiendo a mil por hora y el terror recorriéndole las venas. En un instante había pasado de casi besarse con Silas a que unos desconocidos intentaran matarla.

—¡Nat! Necesito que reacciones, por favor —gritó Silas.

Sin embargo eso era imposible, quería hacerlo, pero estaba paralizada por el miedo. Silas tiró las dos bolsas fuera de la habitación, volvió a entrar para cargar con Nathalie a la que casi tiró también por los escalones. Hizo un barrido visual hasta localizar la alarma de incendios que accionó antes de

volver a la habitación y prender las cortinas con un mechero de unicornios que supuso era de ella.

—Vamos —dijo Silas, tirando de su mano y cargando con las dos bolsas.

La gente del motel empezó a salir en estampida por la alarma y el humo que salía de una de las habitaciones, en pocos segundos todo fue un caos, la gente corría de un lado a otro sin saber qué hacer, Silas rompió el cristal de un coche para abrirlo, dejó las bolsas en el asiento trasero donde también empujó a Nathalie. En menos de un minuto el motor rugió, y salió dando gas a la carretera.

—Tengo que calmarme, tengo que calmarme, tengo que... ¡Joder! ¡Me cago en la puta!

Silas tiró del freno de mano haciendo que el coche ladeara y casi rodara sobre sí mismo. Abrió la puerta y se dejó caer del asiento al suelo, se arrodilló e intentó respirar, cogía aire y lo soltaba de manera pausada, contando mentalmente hasta diez y volvía a empezar.

—¡Joder! —vociferó de nuevo, estampando sendos puños en el suelo. Todo su cuerpo temblaba.

—¿Silas? —Nathalie, al verlo tan alterado había reunido el valor suficiente para acercarse hasta él.

La voz de ella lo sorprendió por la espalda, estaba alterado, y cuando Silas se alteraba era fácil que perdiera el control, giró sobre sí mismo con violencia y al hacerlo arrojó a la chica al suelo.

—¡Nat! —exclamó al verla tumbada sobre el asfalto—. Joder Nat, lo siento —dijo. Se acercó a ella para ayudarla a levantarse, pero vio el miedo pintado en su rostro, así que en el último momento se detuvo—. Perdona —comentó de pie frente a ella.

—Está bien —susurró Nathalie sobreponiéndose, inspiró con fuerza y alargó la mano hacía la que él le ofrecía para ayudarla a levantarse.

Ambos quedaron de pie, el uno frente al otro, sin embargo pronto él se separó, caminando un par de pasos en dirección al coche, para detenerse de golpe y volver a donde estaba. Silas cerró los ojos y tomó una última bocanada de aire, llenando sus pulmones para volverlo a soltar despacio.

—Lo siento, he perdido el control. No estoy acostumbrado a que nada me pille por sorpresa, estaba distraído, Nathalie eres una distracción, una preciosa pero peligrosa distracción —declaró. Silas pasó ambas manos por su rostro, echando el pelo para atrás y volviendo a tomar una bocanada de aire—. ¿Estas bien? —preguntó acercándose para poder verla mejor—. Joder, por mi culpa casi te matan, debería haber estado más atento, lo siento.

Habían sido tres disparos, realizados por un arma de corto alcance, seguramente una semiautomática con silenciador, desde un Ford rojo. Seguía invadido por la rabia, aunque se obligó a calmarse.

—Estoy bien, tranquilo —le dijo ella, pero en sus ojos aún se veía el miedo.

—Vale. Tengo que pensar. ¿Nos han seguido, localizado...? Solo era uno, ¿por qué? ¿Dosifican o es que...? Vale. Vale, vale, vale... —murmuró caminando un par de pasos—. Leo... Tengo que encontrar a Leo —susurró—. «Si te pierdes por ahí, el arcoíris debes seguir, a la granja llegarás y a tu familia hallarás...» —canturreó nervioso, pues aún le temblaba la voz.

—¿Qué haces? —preguntó Nathalie sin salir de su asombro.

—«Si te pierdes por ahí, el arcoíris debes seguir, a la granja llegarás y a tu familia hallarás...» —volvió a cantar un poco más fuerte—. Vamos —instó tirando de ella de nuevo hacia el coche.

—Pe-pero... ¿Y Leo?

—Él nos encontrará. Vamos.

Condujo a gran velocidad por carreteras secundarias, era como si conociera a la perfección toda la red de comunicaciones del país. Se le veía suelto tras el volante. Hizo un par de giros bruscos y cambió de dirección un par de veces antes de aminorar la marcha un poco, y empezar a conducir como una persona normal. Sin llamar la atención. Nathalie le observaba de reojo, asida con fuerza al agarradero de la puerta, como si en caso de accidente eso la fuera a salvar, absurdo, sin embargo así era el cerebro humano.

—¿Tienes carnet? —preguntó Silas, sin apartar la mirada del asfalto.

—Sí, pero no me gusta mucho conducir.

—No pasa nada, necesito que alquiles un coche —replicó él. Nathalie le miró contrariada y él sonrió—. Este es robado, pronto estarán buscándolo, si no lo hacen ya, y yo ahora mismo no tengo mis «otras identidades»

—Oh claro... —respondió, como si eso tuviera sentido para ella.

Silas paró el coche en la cuneta de una carretera, miró a su alrededor antes de bajarse del vehículo e instar a Nathalie a hacer lo mismo que él.

—El freno de mano —advirtió ella, pero Silas solo sonrió. Abrió la puerta trasera y sacó las dos bolsas que dejó en el suelo justo a su lado—. Qué es lo que... ¡Oooohhh! —exclamó la chica, viendo como Silas empujaba el coche para hacerlo caer por el pequeño terraplén—. ¡Joder!

—Venga —la instó Silas, que cargó con ambas bolsas—, vamos, quedan unos cuantos kilómetros para el siguiente pueblo.

Todo a su alrededor se había vuelto caótico. Ella era una chica normal, con una vida normal, vida que se reducía a un piso pequeño, un mal empleo con una nómina ridícula, un novio estúpido y nada de emoción. Y de pronto

aparecían esos dos hermanos para darle un vuelco a su mundo. Pensaba que todo se reducía a intentar subsistir hasta el día siguiente, un desfile temporal sin gracia ni alteración alguna, un día igual a otro. Pero ahora se daba cuenta de que no. La vida era lo que uno quisiera hacer con ella, y ella ahora que despertaba de su letargo quería vivir. Necesitaba vivir, hacer algo, sentir que estaba viva, como lo había sentido hacía apenas unas horas atrás, cuando habían estado a punto de matarla, paradójico ¿no? Suspiró y aceleró el paso para ponerse a la altura de Silas, que caminaba veloz.

Era extraño. Parecía totalmente inofensivo, un chico de no más de veinticinco o veintiséis años, más bien de complexión menuda y de apariencia tranquila. Y de pronto se volvía como Rambo, protegiéndola de las balas, provocando incendios, robando coches... parecía controlar totalmente la situación, mientras a ella la situación la estaba controlando. Le observó un poco más descaradamente y, a su vez, él la miraba con esos extraños ojos, de un color tan perturbador... De pronto le sonrió, y ella no pudo más que devolverle la sonrisa. Sin duda era extrañamente atractivo. Magnético.

Silas aminoró un poco la marcha para facilitarle el ponerse a su lado. La miró y no pudo evitar sorprenderse, después de todo, ella seguía con su encantadora sonrisa aflorando en los labios, y no pudo evitar pensar que era muy guapa.

—¿Estás cansada? —le preguntó Silas y ella negó con la cabeza—. Bien, pues seguiremos un poco más, a este ritmo creo que podremos llegar antes de que cierren la oficina de alquiler de coches.

—¿Lo haces muy a menudo? —inquirió Nathalie.

—¿El qué?

—Vivir al límite.

—No conozco otra manera de vivir —le confesó Silas.

—Tiene que ser alucinante... —dijo admirada.

—Bueno... —Silas se encogió de hombros—, a veces es peligroso.

—¿Te han disparado alguna vez? —le interrogó emocionada.

—¿Además de hace un rato? —Ella asintió—. Alguna que otra, sí. No siempre sale todo como tienes previsto, aunque solemos ser bastante eficientes en nuestro trabajo. Y yo acostumbro a estar alejado del «peligro».

—Me tienes fascinada —reconoció Nathalie a media voz, como si dudara entre hacerlo o no.

—Pues desnudo pierdo puntos, en esa parte Leo me lleva ventaja.

Nathalie no pudo evitar soltar una carcajada. Sin embargo, sin querer en su

mente se redibujó el cuerpo de Leo, y tenía que reconocer que era un cuerpo de infarto. Fuerte, definido... Sacudió la cabeza para emborronar esa imagen. Silas la miró con media sonrisa, como si fuese capaz de saber que estaba pensando en su hermano desnudo, y Nathalie hizo una mueca, sintiéndose mal por lo que acababa de hacer, sintió como si al pensar en Leo hubiese traicionado a Silas, aunque eso no tuviera mucho sentido. Entonces fue Silas quien la sorprendió soltando una carcajada que rompió la soledad de esa carretera en dos.

—Eres extraño —reconoció la chica.

—¿Eso es bueno o malo? —preguntó él.

—Nunca había conocido a un tío como tú —admitió Nathalie.

—Que mata gente —aseveró Silas.

Nathalie volvió a reír.

—No es solo eso, eres... no sabría ni cómo definirte.

—Inténtalo —le ofreció él con curiosidad.

—Pareces inmune a todo lo que piensen de ti a tu alrededor, como si nada te importara, o como si no pudieras verlo, pero de pronto cambias, y te haces con el control de la situación y sacas una parte de ti que parece querer mantener escondida y bajo llave, igual que si temieras dejarla salir del todo por las posibles consecuencias, para poco después volver a ser el mismo, un tipo encantador, desaliñado y con pintas de buenazo, que se ríe de todo, hasta de sí mismo.

—¿Desaliñado? —dijo Silas parándose en seco.

—Te digo un montón de cosas y ¿solo te quedas con eso?

—Me has herido mujer, ¡desaliñado! ¿Yo? Tengo un *look casual*.

—Bueno... —intentó justificarse ella, aunque sin encontrar las palabras adecuadas.

—Me encanta cuando te pones nerviosa —aseguró Silas sonriendo de manera embaucadora.

Nathalie se paró en seco sin poder evitar sonreír viéndole alejarse a paso decidido. Sacudió la cabeza y corrió de nuevo tras él.

—¡Quiero que me enseñes! —casi gritó ella.

—¿A qué? —respondió Silas sin seguir sus pensamientos.

—A ser como tú.

—¡Oh! Bueno, es fácil, basta con vestirse con lo primero que saques de la bolsa, sin más.

—No tonto, a matar.

Ahora fue Silas el que detuvo el paso y la miró con gesto interrogante.
—Estás de broma —dijo con creciente incredulidad.
—No —negó rotunda ella.
—Sí —aseguró Silas, solo podía tratarse de una broma.
—Que no jolines —gruñó enfadada.
—¿Jolines? —se burló Silas.
—Que no «joder» —dijo remarcando bien el taco.
—¿Has visto alguna vez a un muerto?
—Bueno mi perro... —empezó a decir ella.
—No, no hablo de una mascota, hablo de un ser humano —dijo Silas, y su voz se había vuelto más grave.
—No —respondió Nathalie, acompañando la negación con un gesto de su cabeza.
—Nathalie, no es algo... fácil, no es como hacer galletas.
—Imagino.
Silas la observó un instante más antes de reanudar la marcha.
—¿Quién crees que nos ha disparado? —inquirió ella cambiando de tema, ya retomarían el otro en cualquier momento, no iba a darse por vencida.
—Alguien que tenía un arma.
—¡Ja! —soltó ella en una risotada.
—No lo sé. Tengo que pensar en ello, sin embargo ahora me preocupa Leo, por lo que tenemos que llegar y alquilar un coche cuanto antes.
—¿Y sobre lo mío? —volvió a insistir Nathalie.
—¿El qué? —preguntó Silas.
—Que si me enseñarás a... hacer galletas.
—Puede, no, no sé —dudó Silas—. Mujer eres muy complicada —se quejó.
—Soy una mala primera cita —soltó ella con media sonrisa.
—¡Horrible! —exclamó Silas—. Pensaba que todo se reducía a flores y bombones.
—No tienes ni idea de mujeres —se lamentó ella.
—Nada —reconoció Silas divertido—. Solo sé una cosa.
—¿Qué? —preguntó Nathalie con curiosidad.
—Que hay una que me gusta mucho.
Silas sonrió divertido echando a andar un poco más deprisa para dejarla atrás. Era divertido, en el fondo, tener a Nathalie allí era divertido, aunque habían intentado matarlos, y eso no era algo que debía obviar. Necesitaba

encontrar a Leo, más bien dejar que Leo lo encontrara.

16

Nathalie se quedó parada frente a esa destartalada granja perdida de la mano de Dios. La verdad era que, si le pusieran frente a un mapa, sería incapaz de localizarla. Ni tan siquiera podría señalar su ubicación aproximada. Silas había ido dando tumbos por diferentes carreteras, ese chico era como un GPS sin necesidad de tener señal. Había usado casi siempre carreteras secundarias, hasta finalmente empezar a seguir una vía arenosa y llena de socavones, de poco más de un metro de ancho, por la que en algunos tramos dudó que pasara el coche, y eso que era un utilitario pequeño. Nathalie no supo en que momento exacto algo había llamado su atención, y es que a los bordes de la carretera, en algunos puntos, había piedras de colores. A lo largo del sendero, unos tres o cuatro kilómetros, esas piedras formaron lo que a Nathalie le pareció un arcoíris. Y allí estaban. Frente a esa granja, que antaño habría contado con una planta superior, pero que ahora estaba medio derruida. Posiblemente no fuera seguro ni adentrarse en la plana baja. Nathalie suspiró y miró de reojo a Silas, que parecía observarlo todo con emoción contenida.

—Me lo vas a tener que explicar —le dijo ella—, así con más detalles y tal.

Silas la miró divertido, era refrescante, irreverente, estaba loca y después de vivir tanto tiempo con el cuadriculado de su hermano, eso le encantaba.

—En esta granja nació mi madre —comentó sin más, pues ya le había dado algún detalle durante el trayecto—, y aquí se mudaron mis padres antes de nacer Leo... Cuando era pequeño, mi madre me contaba historias sobre su vida en la granja, mis abuelos, los animales... y el arcoíris... Siempre decía que, si alguna vez me perdía, solo tenía que seguir el arcoíris.

Nathalie alzó de nuevo la mirada a la casa, desconchada, roída, vieja... parecía que un vendaval la había arrasado, pues eso no parecía obra del paso del tiempo. Estaba totalmente destartalada, lo único que se mantenía en pie era la puerta principal.

—¿Por qué crees que Leo te buscará aquí? —preguntó ella, volviendo a mirarlo.

—Cuando vaya al motel y vea lo que ha pasado, sabrá que tiene que venir aquí, es lo que yo haría.

—Está bien, pero... —empezó Nathalie y Silas enarcó una ceja aguardando a que prosiguiera con ese «pero...»—. No pienso entrar ahí sin un casco.

—¡Si no está tan mal! —exclamó él, sin evitar echarse a reír.

—No, está a un paso de ser declarada zona catastrófica —soltó ella, apartándose un paso de la granja.

—Qué exageradas sois las mujeres.

—¡Tú qué vas a saber! —exclamó divertida.

Silas gruñó como toda respuesta, y se encaminó al interior de esa casa que le traía tantos buenos recuerdos. Él no había vivido mucho tiempo allí, aunque sí Leo. Sus padres alguna que otra vez habían pasado temporadas en la granja, cuando necesitaban darse un respiro de todo y de todos. Él adoraba esos respiros, pues estaban los cuatro juntos, sin nada ni nadie alrededor, le gustaba esas épocas en que podían ser una familia casi normal. Recordaba esas semanas como las más felices de su infancia. Después ellos murieron, y el siguiente recorrido por el arcoíris fue duro y doloroso hasta llegar allí. Pasaron dos días hasta que Leo lo encontró, para ese entonces la casa ya tenía un estado bastante lamentable, y la angustia de Silas junto a su falta de autocontrol hicieron el resto.

En esa época tenía mucha ira acumulada.

—¡Mira! —exclamó Nathalie, señalando los cristales rotos—. ¡Si las ventanas parecen apedreadas! Parece que alguien la tomó con ellas.

Silas empujó la puerta que graznó sobre sus goznes, parte de la madera se astilló al contacto y se desprendió pegándosele en sus manos y ropa. Olía a humedad y polvo, dudaba que eso fuese a cambiar, aunque la ventilara durante días. Miró a su alrededor, no quedaba ni uno solo de esos objetos familiares que tantos recuerdos le traían. Leo los había recogido y guardado todos bajo llave, era su manera de sobrellevar el sufrimiento. Sin embargo, la casa ofrecía a Silas la oportunidad de rememorar y revivir un sinfín de vivencias felices, de esas que ahora atacaban directamente a su nostalgia, aunque con el paso del tiempo, había dejado de doler.

Todo dejaba de doler si se sabía esperar el tiempo suficiente.

—¿Estás bien? —preguntó Nathalie desde el quicio de la puerta, sin atreverse a entrar. Silas se giró y asintió con la cabeza, aunque su sonrisa había desaparecido—. Te veo tocado.

—Recuerdos —dijo él simplemente.

—Estaré aquí fuera cuando termines.

Nathalie se sentó en los escalones que daban al pequeño porche o lo que quedaba de él, y se dispuso a esperar que ese ataque de melancolía abandonara a Silas, después verían qué hacer, porque estaba claro que no podían estar allí mucho tiempo, en una casa que se caía a pedazos, sin comida, ni agua... En definitiva, sin nada. A lo mejor él estaba acostumbrado a subsistir cazando o cosas de esas como el tipo ese de la tele, pero en ese sentido ella era algo más «fina». Necesitaba comida y agua, y a poder ser un sitio cómodo y blando donde dormir, la ducha podía llegar a ser opcional por un par de días, después se volvería imprescindible. El sitio era bonito, debía reconocerlo, todo rodeado de campos que antaño debieron ser de cultivo, y a lo lejos se divisaba una arboleda.

—Vale. —Silas salió de la casa y se sentó a su lado—. Ya.

—¿Seguro? —inquirió Nathalie sin poder evitar la sorpresa—. Has tardado muy poco.

—Proceso rápido.

—¿Entonces? —interrogó ella al tiempo que rebuscaba en los bolsillos en pos de los cigarrillos, aunque sin dar con ellos.

—Tenemos que esperar a Leo —sentenció Silas—. Tenemos que estar los dos juntos... Los tres juntos —rectificó—. Si hay alguien que quiere matarnos es mejor permanecer unidos, ya sabes... como en las películas. Con la poca información de la que dispongo no puedo aún hacer conjeturas.

—Pero os quieren muertos —afirmó ella.

—Eso parece, sí —confirmó Silas, pero sin que su voz denotara preocupación.

—Y lo dices tan tranquilamente —acotó Nathalie.

—Hace unas horas me has pedido que te enseñara a matar, lo has dicho con una naturalidad pasmosa... —señaló Silas a modo de respuesta.

—A matar —repitió ella—. No a que me maten.

—Nat, una cosa va con la otra... Cuando haces una tarta corres el riesgo de quemarte, seguramente haces cien tartas sin peligro, pero un día vas y te quemas. Solo hace falta una vez... y adiós repostería —comentó Silas.

—Tenemos que dejar de hacer analogías con postres, ¡ahora tengo hambre! —se quejó Nathalie con una sonrisa.

—Y yo —admitió Silas suspirando. Se dejó caer hacia atrás tumbándose sobre la madera—. Oye Nat —dijo sin mirarla—, creo que esto va a ponerse peligroso, puede que debas volver a tu piso, a tus tortitas y a tu estúpido novio.

—¿Y Leo? —cuestionó Nathalie.

—Si quieres irte —murmuró Silas—, es el momento, yo me encargaré de él.

—Vale —afirmó ella con seguridad.

Silas se incorporó para mirarla, esperando verla levantarse y caminar hacia el coche, no pasaba nada, cuando Leo llegara lo haría con el suyo, así que Nathalie podía irse con el que habían alquilado. Sin embargo, la chica no se movió de su lado, seguía con la mirada fija en algún punto inconcreto de la arboleda, y por su lenguaje corporal, no parecía tener intención de moverse. Silas no supo si alegrarse o no por ello.

—Me debes un beso —le dijo Nathalie, cansada de la insistente mirada del chico.

—Ah —balbuceó—. Cierto.

—Me quedo hasta entonces —le aseguró ella.

Silas sonrió y volvió a tumbarse sobre la madera corroída y tiró de ella para que hiciera lo mismo, Nathalie se dejó abrazar por él y se acomodó sobre su pecho. Así dejaron que cayera la noche, hasta que a lo lejos unas luces les advirtieron de la presencia de un vehículo. Silas fue el primero en alzarse tirando de ella, y cuando estuvo de pie la empujó con delicadeza hacia el interior de la casa, y aunque se resistió un poco al final entró. Silas abrió la bolsa de deporte negra sacando de ahí una de sus armas, la de mayor alcance, que montó en menos de diez segundos, la apoyó contra el suelo, tumbándose después para poder observar. Respiró aliviado.

—Es Leo —anunció casi con un grito de júbilo.

Leo conducía a toda prisa, sin importarle mucho las normas de circulación o los límites de velocidad. Cuando había llegado al motel, este aún humeaba. Era raro, esa fijación de Silas por arreglarlo todo de manera tan drástica y teatral, algún día les pondría en un serio aprieto, pero debía reconocer que en esa ocasión en concreto, había entendido el mensaje, alto y claro. Se planteó entonces qué era lo que había podido pasar, y diversas conjeturas vinieron a su mente, desde que la chica hubiese intentado escapar, a que hubiese matado a su hermano, o que Silas la hubiera matado a ella, eso no le importaba tanto. Otra opción era que les hubiesen seguido hasta el motel, lo que abría un amplio abanico de posibilidades, como por qué no habían ido a por él y sí a por Silas, o si Nathalie tenía algo que ver. Y esa era la idea que en los últimos kilómetros iba ganando fuerza, arraigando y cogiendo forma dentro de su mente, nublando su humor y su ánimo, ya de por sí oscuros.

Cuando divisó a lo lejos la granja sintió un fuerte nudo en el estómago, si por él fuera ya habría hecho derruir esa maldita casa y con ella todos los aciagos recuerdos que le traían. No lo había hecho por su hermano, que parecía ridículamente unido a esos trozos de madera, que ya no tenían vida ni formaban un hogar. Sabía que iba a encontrarlo allí, en ningún momento lo había dudado. Como cuando sus padres murieron. Lo halló totalmente fuera de sí, deshidratado, encolerizado y con diversas heridas y fracturas, aunque la casa había quedado mucho peor que él. Había arrancado listones de madera, apedreado las ventanas, golpeado las puertas... Durante días Silas la había emprendido contra todo lo que se le había puesto enfrente. Su hermano siempre había sido muy... temperamental. Su madre solía decir que era un niño «especial», un eufemismo para decir que a veces enloquecía. Por suerte con los años había aprendido a controlarse mejor, y también estaba el que Leo hacía todo lo posible para mantenerle fuera del peligro, para protegerle, obviamente ya que era su hermano pequeño, aunque también para proteger a la humanidad. Cuando Silas perdía el control, podía llegar a ser una bomba nuclear.

Sin embargo, en esa ocasión todo parecía estar en orden, Silas lo esperaba plantado en medio de los escalones que conducían a la entrada de ese viejo

caserón. Suspiró aliviado de que estuviese bien, calmado y tranquilo, con las manos en los bolsillos en actitud pasiva. Eso era buena señal. De dentro de la casa apareció Nathalie y su estúpido pelo rosa, eso ya no era tan buena señal. Leo intentó desechar las teorías conspiratorias que se habían ido formando en su mente durante las últimas horas, pero era imposible, demasiadas casualidades y todas a la vez, no creía en ellas, solo en hechos, y el hecho era, que esa mujer era la culpable de todo, según su punto de vista.

—¡Sabía que vendrías! —exclamó Silas al verle bajar del coche.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Leo, acercándose apresuradamente a él.

—Tres disparos, con silenciador, un Ford rojo, debieron seguirnos desde la ciudad, pero... —Silas no tuvo tiempo de terminar su explicación, porque Leo se abalanzó contra la chica cogiéndola del cuello y empujándola al interior de la casa, donde hizo que su espalda chocara con una de las paredes.

—Pero ¡¿qué haces?! —gritó Silas entrando detrás de él e intentando agarrarle del brazo, para que soltara a Nathalie.

—¿Bromeas? —gruñó Leo, cabreado con el zoquete de su hermano—. Justo ella aparece en nuestras vidas y todo se tuerce. Me disparan, te disparan...

Leo apretó con más fuerza el cuello de Nathalie que luchaba por soltarse y no desfallecer, aunque pronto solo tendría fuerzas para centrarse en una de las dos cosas.

—¡Suéltala Leo! —vociferó Silas—. ¡Joder, que la sueltes! —repitió, viéndose venir que pronto perdería el control.

—¿Para quién trabajas? —preguntó Leo acercándose mucho al rostro de ella, tanto que pudo notar las bocanadas de aire que intentaba realizar la chica, aunque sin demasiado éxito, pronto se asfixiaría—. ¡Habla, joder! ¡Habla si no quieres que te parta el cuello!

Lo siguiente que le habría gustado escuchar a Leo era una confesión por parte de ella, sin embargo lo que escuchó fue el «clic» del seguro del arma de Silas, y como este le encañonaba a la altura de la sien. Gruñó cabreado, apretó un segundo más los dedos alrededor de esa frágil garganta y después, a desgana soltó a la chica que cayó de rodillas al suelo tosiendo y luchando por poder volver a respirar. Unos segundos más y habría terminado con ella.

—Mierda Silas, ¿en serio? ¿Vas a disparar a tu propio hermano? —inquirió Leo, en un tono muy calmado.

—Sabes que no, pero tampoco me has dejado otra alternativa —replicó Silas, que tendió la mano hacia Nathalie sin bajar el arma, que aún apuntaba a

la cabeza de su hermano—. Joder Leo, lo siento —se lamentó.

—Ya —gruñó Leo, que se giró y clavó los ojos en él.

Cuando Silas tuvo a Nathalie entre sus brazos fue cuando decidió descender la pistola y, volver a ponerle el seguro. Ella se abrazó a su cintura sin poder evitar sollozar, Silas acarició con delicadeza su espalda y volvió a mirar a su hermano. Nunca habían discutido por nada, al menos no hasta ese punto. Silas suspiró y Leo relajó el gesto, ¿qué más podía hacer? Sabía que Silas no iba a dispararle, sin embargo tampoco quería llegar al punto de tener que comprobarlo.

—¿Ahora qué? —preguntó Silas, aún con el arma en la mano y la chica abrazada a su cuerpo.

—No lo sé, dímelo tú que parece que lo tienes todo tan claro —renegó el mayor, sin poder esconder su abatimiento, todo habría sido más fácil con ella muerta.

—Y no has pensado que pudiera ser... —empezó a decir Silas.

—¡No! —atajó Leo, antes de que el pequeño pudiese añadir nada más—. Hemos sido siempre muy cuidadosos, al menos hasta ahora —soltó mirando a Nathalie, que se apretó más contra el cuerpo de Silas, Leo le daba pavor, era la segunda vez en poco más de tres días que intentaba matarla.

—Desparezcamos un tiempo del radar de cualquiera, y en el siguiente trabajo, veremos qué pasa. Creo que sería lo más inteligente —propuso Silas.

—Me parece bien —aceptó Leo, que aún no las tenía todas consigo—. ¿Y ella?

Silas miró a Nathalie con tristeza, seguramente lo mejor fuese que ella se marchara, estaba claro que todo eso se le estaba empezando a escapar de las manos. Y a pesar de que sabía que Leo no le haría nada a Nathalie, no quería tentar a la suerte, o que las cosas entre ellos dos pudieran estropearse como sabía que podía llegar a pasar. Ellos lo habían vivido. Notó como Nathalie se movía inquieta, sin embargo parecía que estaba mejor, él la miró un segundo más, y buscó las palabras exactas para decirle que tenía que marcharse.

—No quiero tener que estar siempre preocupándome por si confías o no confías en mí —susurró de pronto ella mirando a Leo, pero sin terminar de soltarse de la cintura Silas—. Leo, te juro que no tengo nada que ver con lo que sea que pasa, que a decir verdad, tampoco sé que es. No tengo ni la más remota idea de quien va a por vosotros, por no saber, no sé muy bien ni qué diablos hago yo aquí. Era eso o la muerte. No obstante, si tengo que estar pendiente de que no quieras arrancarme la cabeza cada vez que desconfíes de

algo, casi mejor que me pegues un tiro ya y terminemos con todo esto.

Leo la miró con el ceño fruncido, estaba cabreado, claro que lo estaba, pero en el fondo, muy en el fondo, sabía que la chica tenía razón, ella no tenía nada que ver en todo aquello, y no le habían dejado mucha alternativa, por eso estaba allí, aunque viendo la forma como se aferraba a Silas o la manera en la que su hermano le había apuntado con una pistola por ella, todo empezaba a encajar de un modo que, a pesar de que no le gustaba, tenía más sentido. Él no entendía de temas del corazón, jamás había sentido inclinaciones románticas por ninguna mujer, tampoco por ningún hombre, sin embargo entendía que Silas era totalmente diferente a él, siempre lo había sido. Caótico, divertido, imprevisible... todo lo contrario a como era él, por eso se necesitaban y complementaban, y no quería perder eso, no quería perder a su hermano, y si para lograrlo tenía que soportar a la chica, no veía otra opción, solo esperaba que Silas no se equivocara con ella.

—Lo siento —dijo Leo entre dientes.

—¡Joder! —exclamó Silas, abriendo mucho los ojos—. ¿Se ha disculpado? —Miró a Nathalie con expresión de extrema sorpresa, y ella solo pudo que asentir ligeramente con la cabeza—. ¿Te has disculpado? ¡Nunca te has disculpado conmigo! —gritó entre sorprendido y celoso.

—Silas, no me toques mucho los cojones, te lo advierto —rebufó Leo.

—Leo, te prometo que... jamás, jamás, jamás... haré nada que pueda ponerlos en peligro —soltó Nathalie hablando atropelladamente—. Me cortaré el pelo si eso es lo que quieres o...

—Está bien —la cortó—, te voy a dar un voto de confianza.

—¿Sí? —preguntó aún incrédula.

—Qué remedio —gruñó Leo mirándolos a ambos.

Silas sonrió satisfecho, no le había gustado tener que encañonar a su propio hermano, pero al menos había servido para que el cabezota de Leo entrara en razón.

—Bienvenida a la familia —dijo Leo alargando la mano.

Silas sonrió divertido y suspiró cuando ambos encajaron sus manos, al menos era una tregua, hasta la siguiente, pues estaba claro que entre ellos saltarían chispas cada dos por tres, aunque no importaba. Nathalie le miró de reojo y, como si entendiera que los hermanos necesitaban un momento para ellos a solas, salió al exterior, donde ya pronto se vería amanecer.

—¿En paz? —preguntó Leo.

—Sí —asintió Silas, y no pudo evitar coger a su hermano y acercarlo a él

para darle un abrazo—. Gracias, joder gracias, gracias.... Oye... —dijo de pronto, aún abrazado a su hermano mayor—. Esto no es como cuando éramos pequeños eh, esto no se comparte —le advirtió con seriedad.

—¡Serás imbécil! —lo empujó Leo, y meneó la cabeza con condescendencia—. Está bien, vamos a centrarnos en lo que de verdad importa.

—¡Claro! —admitió Silas, pero no pudo evitar desviar un segundo la mirada hacía el porche, donde Nathalie se había sentado—. ¿Has descubierto algo?

—Que no disparó a dar, y que no tenía ni puta idea de que tú estabas vigilando. Sin embargo, después de saber lo que pasó en el motel...

—Pues o bien no nos conoce de nada o era un peón prescindible. Lo que nos deja en la misma posición de antes, sin tener ni puta idea. Solo, que nos quieren muertos —terminó Silas por su hermano.

—Me inclino por la teoría del peón.

—Leo sigo pensando que puede ser... —empezó Silas a decir, pero su hermano negó con la cabeza de manera tajante—. Está bien —respondió alzando las manos—. Vamos a desaparecer un tiempo, es lo más sensato.

—¿Dónde? —inquirió Leo mirándolo, Silas era como una enciclopedia geográfica, conocía todos los rincones del país, sus carreteras, sus conexiones...

—Mi propuesta es el Caribe y lo sabes, aunque supongo que como siempre me vas a decir que no.

—Tú lo has dicho —respondió Leo, y por primera vez en todo ese rato sonrió.

—Joder, con lo bien que nos sentarían ahora unos mojitos y la playa.

Llevaban ya dos días en ese apartamento y la situación empezaba a ser insostenible. Silas salió del baño enrollado en una toalla, lo hizo con el pelo aún lleno de jabón que se le iba escurriendo hasta los ojos, que tenía que mantener entrecerrados para evitar que empezaran a escocerle.

—¿Es que no me puedo ni duchar tranquilo? —gritó enfurecido.

—¡Quiere volver a salir! —se quejó Leo, a punto de estallar fuera de control.

—¡Tenemos que comer! ¡Coooooomeeeeer! —le dijo Nathalie a voz en grito a Leo alzando las manos totalmente exasperada—. ¡Joder! Si tú eres el que más lo hace —atacó.

Silas pasó las manos por el pelo echándolo para atrás y con eso el jabón empezó a escurrírsele por la espalda. Estaba claro que entre esos dos saltaban chipas, a veces hasta demasiadas. Resopló.

—Déjala salir Leo... —dijo tirando de sus casi nulas reservas de paciencia y comprensión—. Tiene razón, tenemos que comer.

—¿Sola? —Leo la miró con desconfianza.

—¿Ya empezamos? —exclamó Nathalie dejándose caer en el sofá—. ¡Pues acompáñame si no te fías!

—Haced lo que os de la gana, pero dejad de chillar —comentó Silas, sin poder esconder más su enfado—. Al final vamos a llamar más la atención por las discusiones conyugales que por todo lo otro... ¡Me tenéis cabreado eh!

—Pero si...

Se encerró de nuevo en el baño dejándolos con la palabra en la boca, conseguían ponerlo de mal humor, entró en la ducha y terminó lo que habían logrado interrumpir. Se demoró un poco, entreteniéndose en nada y en todo. Cuando salió, Leo estaba sentado en el sofá, había sacado todas sus armas y estaba limpiándolas, no había rastro de Nathalie. Silas se sentó con evidente desgana al lado de su hermano, que no alzó ni la mirada, totalmente enfrascado en esa tediosa labor que le encantaba. Silas rebufó exageradamente.

—¿Qué? —inquirió Leo.

—Pues ahora que sacas el tema... —empezó Silas, y Leo lo miró enarcando una ceja dejando el trapo sobre la mesa—. No podrías ser un poco

más...

—Silas, ¿quieres morir? —preguntó Leo a bocajarro.

—No.

—Es lo que ella va a conseguir, esto no es vida para una mujer.

—¿Y mamá? —soltó Silas, la verdad era que llevaba tiempo pensando en eso, y en la petición que Nathalie le había hecho en esa carretera.

—Mamá era diferente.

Silas se levantó, dejó por imposible la discusión y observó como su hermano retomaba lo que había estado haciendo, enfrascándose de nuevo en sus cosas. Silas cogió un refresco de la nevera, el último que quedaba, junto con dos yogures y unas manzanas, nada más. Miró el reloj y dio un trago, dos acciones que repitió al poco tiempo. Se acercó a la ventana. Era un primer piso de un edificio pequeño en el centro de la ciudad, en una calle peatonal que siempre estaba repleta de gente, habían pensado que eso les daba algo de seguridad, aunque si alguien quería matarlos, una calle llena de gente no iba a detenerle.

¿Y si no volvía? Fue una idea que cruzó de pronto su mente, Nathalie se había marchado, ¿qué le impedía no regresar? De pronto se sintió inquieto, algo turbado y porque no decirlo, un tanto asustado, si ella no volvía la reacción de Leo sería cuanto menos complicada. Volvió a dar un trago a la lata y miró por la ventana, esperando divisar su pelo rosa entre la multitud de cabezas que se movían desacompanadas por esa calle. Leo lo miraba, sin embargo no dijo nada. Silas miró el reloj de nuevo. Leo se levantó dejando las armas desmontadas sobre la mesilla del café y se acercó a la misma ventana por la que Silas escrutaba la calle y los viandantes. Silas entonces se alejó en dirección a la puerta de entrada del piso, pero cuando iba a alcanzarla se lo repensó y volvió a la cocina, mirando de reojo a Leo, que después de ojear la calle, había vuelto frente al sofá, aunque no se había sentado. Se miraron, y así fue como entre los dos agotaron el silencio de la habitación.

—No te fías, ¿eh? —se burló Leo.

Ese comentario cayó como un jarro de agua fría sobre Silas, pues en parte Leo tenía algo de razón. Sin embargo jamás lo reconocería en voz alta.

—Eres un estúpido con ella... —contraatacó él.

—¿Ahora la culpa es mía? —inquirió Leo enarcando una ceja.

—Rrgggg nooo —reconoció Silas en un bufido.

—Volverá —lo tranquilizó Leo, sentándose en el sofá de nuevo.

—¿Cómo estás tan seguro? —quiso saber el pequeño.

—Porque le he dicho que si no lo hacía la buscaría y la mataría.

—¡Joder! —Silas se dejó caer al lado de su hermano pesadamente con los ojos en blanco—. En serio, esto es insoportable.

—Pues habértela cargado.

—Paso de ti —respondió Silas enfadado, enseñándole el dedo corazón—. Tengo hambre.

—Y yo...

Ambos hermanos se miraron y entonces, sí empezaron a impacientarse. Si realmente no volvía estaban en un serio problema, problema que no habrían tenido si la hubiesen matado en un primer momento, pero era tarde para eso, pensó Leo. Ahora solo quedaba esperar a que Silas fuese lo suficientemente atractivo e interesante como para que ella se enamorara de él, como estaba claro que su hermano se había enamorado de ella... Solo así habría una posibilidad tangible de que ella siguiera con ellos y les fuera «fiel».

—¿Por qué no te peinas? —instó Leo escrutándolo.

—¿A qué viene eso ahora? —preguntó extrañado Silas.

—No sé, siempre tienes pinta de andrajoso.

—¿Bromeas no? ¡Lo que me faltaba! —exclamó el pequeño sin poder evitar mostrar su enfado.

El sonido de las llaves entrechocando con la cerradura les hizo enmudecer, aunque Silas soltó un soplido de alivio cuando la vio aparecer cargada con unas cuantas bolsas.

—Podrías ayudarme —se quejó Nathalie.

—Claro —atinó a decir Silas corriendo a su lado para cogérselas—. ¡Vaya! —exclamo al comprobar el peso.

—Si te vas a volver monosilábico como tu hermano desisto eh, casi mejor me pegáis un tiro.

—Encantado —respondió Leo, que ya tenía una de sus armas limpia y montada.

Nathalie miró a Silas con desconfianza, aún no las tenía todas con respecto a Leo, cada noche, al acostarse, seguía temiendo que esa fuera la última, seguramente por eso llevaba ya desde que se marchara con ellos, sin dormir.

—Lo dice en broma —le confirmó Silas, con media sonrisa.

Leo debía reconocer una cosa, habían ganado en calidad de vida. Nathalie había resultado una excelente cocinera. Desde que sus padres habían muerto, no era que hubiesen seguido un régimen alimentario ni variado ni saludable. Pero no solo era eso, se negaba a reconocerlo, aunque la verdad era que, en el

fondo, muy en el fondo, le gustaba tener a otra persona con ellos, sobre todo por Silas. Era evidente que a su hermano pequeño le había cambiado el carácter y el humor en esos cuatro días, como si tenerla cerca despertara la felicidad en él. No lo entendía, ni comprendía, ni compartía, sin embargo le gustaba ver eso en Silas, era reconfortante saber que, a pesar de todo, Silas podía llegar a ser una persona normal y feliz. Ya era muy tarde para él mismo, no obstante había esperanza en su hermano, y eso le alegraba.

Como cada noche, Leo fue el primero en acostarse, le gustaba madrugar y aprovechar bien el día y eso, requería un profundo descanso nocturno cuando se lo podía permitir. Silas lo siguió un rato después.

Nathalie se quedó sola en ese minúsculo salón cuando los dos hermanos se fueron a dormir. Ambos compartían habitación y le habían cedido la de matrimonio a ella. A pesar de que estaba usándola más bien poco. Cada vez que cerraba los ojos volvía a revivir una y otra vez todo lo acontecido los últimos días, desde el hombre muerto en el callejón, hasta que la hubieran disparado. Y si bien en ese momento, la adrenalina y el instinto de supervivencia habían tomado el control, ahora le quitaban el sueño. Cada vez que se tumbaba sobre la cama era para dar vueltas y más vueltas a todo lo acontecido, desvelada sobre el colchón, con todo dentro de su cabeza, hasta que veía despuntar un nuevo día sin ser consciente de haber logrado dormir. Estaba agotada, se sentía en las últimas, pero a pesar de ello se negaba a ir a la habitación, ya sola en ese salón le asaltaban los miedos y temores.

—¿Estás bien? —Silas reapareció en el comedor con cara de dormido, solo vestido con una camiseta deportiva y el bóxer.

—¿Cómo puedes dormir? —le preguntó ella de pronto.

—Porque tengo sueño —respondió él inocente.

—Ya sabes lo que quiero decir, ¿cómo puedes conciliar el sueño después de lo que haces?

La pregunta le sorprendió, nunca había tenido problemas para quedarse dormido, no obstante era capaz de ponerse en su lugar y entendía, que aquello que para él era tan normal, no lo fuese para Nathalie. En algún momento tanta entereza se tenía que desplomar, había tardado cuatro días.

—¿Te preparo una bebida caliente? —propuso Silas, sin embargo ella negó con la cabeza. Entonces él se acercó sentándose a su lado—. ¿Puedo hacer algo por ayudarte?

—¿Puedes acostarte conmigo? —preguntó ella.

—¿Q-qué? —tartamudeó Silas abriendo mucho los ojos.

—¡No! —se apresuró a corregir Nathalie—. No es eso... Quería decir... —enrojeció de pronto—, quería decir a mi lado... hacerme compañía hasta que me duerma.

—¡Joder! —Silas forzó una sonrisa e intentó disimular lo nervioso que se había puesto.

Despertó con los primeros rayos de sol, era extraño, no el despertarse al alba, sino hacerlo con alguien entre sus brazos, eso sí era totalmente nuevo para él. Y no sabía cómo, pero Nathalie estaba acurrucada sobre su pecho plácidamente dormida. Le había costado bastante conciliar el sueño, aunque una vez le venció el cansancio lo había hecho del tirón. Silas estaba preso bajo el peso de su cuerpo, no había osado moverse por no molestarla, así que desde que se había despertado, hacía ya unas horas, se había dedicado a observarla, y cuanto más lo hacía, más sentía que podía llegar a querer pasar el resto de su vida con ella.

Cuando Nathalie abrió los ojos se encontró con los de él, tan sinceros y alegres como siempre.

—¿He dormido? —preguntó no muy convencida, pues aún se sentía agotada.

—Como un tronco —le confirmó él.

Nathalie sintió sus brazos rodeándola y fue una sensación nueva y agradable, tanto que decidió demorar un poco el acto de levantarse, y cuando lo hizo, fue con desgana, pues le habría encantado poder permanecer acurrucada en su abrazo un rato más. Silas era maravilloso, y eso casi le asustaba más que el hecho de que fuese un asesino.

—¿Silas? —se escuchó el grito de Leo desde el salón—. ¡Joder! ¡Silas! —gruñó de nuevo con voz ronca.

Nathalie y Silas se miraron sin saber muy bien qué hacer o decir a continuación, hasta que ella saltó de la cama y salió al salón de manera apresurada dejando a Silas solo. Nathalie escapó pues todavía no sabía cómo reaccionar ante esa situación, ni había sabido qué decirle.

—¡Preparo café! —anunció Nathalie, al pasar por al lado de Leo y, sin más, se escabulló en dirección a la cocina.

Leo la miró sorprendido, hasta que algo captó su atención en la habitación de la chica, encaminó en esa dirección sus pasos para descubrir a Silas aún recostado en la cama intentando levantarse, cuando sus miradas se encontraron. Leo sintió un chispazo en la sien al que no supo poner nombre, estaba entre sorprendido, contento, celoso, asustado... No dijo nada, solo lo

miró, y Silas le dedicó una sonrisa de oreja a oreja, de esas que mostraban todos los dientes.

—¿Qué ha pasado aquí? —inquirió Leo, sin poder aguantar más la curiosidad.

—Nathalie no podía dormir... Solo le he hecho compañía —adujo Silas, antes de que Leo se hiciera ideas equivocadas.

—Ah —respondió el mayor, sin más— Bueno, pero ¿te levantas o qué?

La cara de Silas mutó en un guiño indescriptible, una mueca horrenda e inclasificable.

—Es que no puedo —confesó el pequeño.

—¿Por qué? —le interrogó el mayor.

—Pueeeesssss.... Digamos que en esta cama no ha pasado nada, pero una parte de mí necesitaría que sí hubiera pasado.

—Oh vaya... —rio Leo.

—Pues eso, oh vaya.

A Silas le llevó un rato levantarse, unos minutos en los que se dedicó a pensar cuánto había cambiado todo en los últimos cuatro días, en cómo habían pasado de ser dos a tres, y como eso enrarecía todo un poco. Después estaba el tema de que alguien los quisiera matar. Sonrió, pues eso le alteraba menos que el hecho de que Nathalie estuviera con ellos. Se metió en el baño para darse una rápida ducha de agua congelada, estaba claro que como ella se aficionara a eso de dormir en la misma cama terminaría necesitando una al día.

No pudo evitar pensar en lo mucho que le había costado no sucumbir a los instintos y ser todo un caballero, no sobrepasarse y empezar y terminar aquello que su cuerpo le pedía.

—Joder —gruñó pensando en el cuerpo de Nathalie pegado al suyo.

En la cocina Leo tomaba el café con aparente tranquilidad, mientras Nathalie a su lado le hablaba sin cesar de cosas que a él no le importaban nada en absoluto, había dejado de escucharla hacía un rato, hasta que algo de lo que ella dijo captó su atención.

—No —respondió tajante.

—Vete al cuerno —se quejó ella, sentándose con el ceño fruncido.

—¿Otra vez? —se quejó Silas al entrar—. Qué pereza me dais los dos —comentó, y cogió una taza para servirse el café—. ¿Dónde quieres ir ahora? —preguntó, sabiendo que la discusión seguramente era por ese motivo.

—Necesito comprar un par de cosas... como jabón, pasta de dientes...

¿no?

—Los dientes son importantes —confirmó Silas, mirando a su hermano.

—Silas, tú y tu puta obsesión con las caries —manifestó Leo que rebufó cansado—. Haced lo que queráis, pero Silas tiene trabajo —le recordó Leo señalando el portátil.

Habían llegado a la conclusión, que quien fuera que los quería muertos debería aparecer, casi con toda seguridad, en alguna de las grabaciones de los últimos golpes, lo que venía siendo un arduo trabajo el que le esperaba a Silas, pues eran horas y horas de grabaciones las que Leo pretendía que revisara.

—Está bien —rezongó el hermano pequeño resignándose.

—¡Eh! —se quejó Nathalie—. ¿Y ya está? ¿No presentas batalla?

—¿Para qué? —dijo Silas apesadumbrado—. Leo gana, yo siempre pierdo.

—¡Pues vamos bien! —gruñó Nathalie, cruzándose de brazos algo decepcionada.

—Lo lamento —se disculpó entristecido Silas.

—¡Anda largaros! —exclamó Leo, levantándose para salir de la cocina.

Silas le guiñó un ojo a Nathalie, a veces era bueno hacerle creer a Leo que era quien tenía el mando. Terminó el café ante la intrigada mirada de ella, que no sabía muy bien si Silas era muy listo o Leo muy tonto.

—¿Le has manipulado? —le preguntó con un hilo de voz.

—¿Yo? Tsss que va —respondió Silas riendo.

—¡Le has hecho el lío! —exclamó Nathalie sorprendida.

—Con Leo funciona mejor cuando cree que manda.

—No seas absurdo hermano —soltó Leo, reapareciendo en la cocina—. No eres tan listo como te crees, de hecho eres bastante tonto.

—¡Vete al cuerno! —se quejó Silas frunciendo el ceño—. Anda, vamos —dijo tomando a Nathalie de la mano y tirando de ella.

—¡Silas! —Leo cogió a su hermano para detenerlo antes de salir de la cocina, Nathalie aprovechó para ir a por su bolso—. Con cuidado —le advirtió Leo.

—Siempre lo tengo.

—Pues ahora debes tener más —le recordó.

—Entendido —confirmó Silas, reafirmando con un gesto de cabeza.

Era un día de esos soleados, Nathalie abrió la puerta y respiró llenando los pulmones de manera exagerada, a su espalda Silas sonrió. Era divertida y

espontánea, Leo estaba de los nervios con ella y eso era aún más divertido.

—¡Mierda! Me he dejado el móvil —dijo él—. Ve tirando, ahora te alcanzo.

—¿Quieres que te espere? —preguntó ella.

—No, ahora voy —susurró guiñándole un ojo.

Nathalie salió a la calle dando un salto en los escalones, miró a cada lado antes de echar a andar hacia la zona donde se concentraba parte del comercio de esa ciudad. Silas la miró desde el portal con las manos en los bolsillos, con la yema del dedo índice de la mano derecha acariciaba la pantalla del móvil.

20

Cuando finalmente Silas salió a la calle, Nathalie ya estaba fuera del alcance de su visión. Tomó aire y disfrutó de esos rayos de sol impactando directamente en su rostro, se colocó las gafas oscuras y empezó a caminar en dirección contraria a donde lo había hecho ella. Al poco rato ya percibió esa presencia que le confirmaba lo que ya sospechaba, que alguien le seguía. Continuó por algunas de las calles paralelas a la principal hasta que se incorporó a esta, peatonal y muy concurrida a esas horas. No le costó demasiado divisar la melena rosada que buscaba entre la multitud, la verdad es que era como si toda ella le llamara, podría identificarla entre un millón. Nathalie caminaba entre la gente, deteniéndose de vez en cuando frente a algún escaparate, ajena al peligro que había a su alrededor. Era mejor así. Silas sacó el móvil y marcó su número antes de empezar a acercarse distraídamente a ella, hasta colocarse a unos metros por detrás, aunque sin realizar contacto con la chica.

—¡Eh! —saludó Nathalie al responder la llamada—. ¿Dónde te has metido?

—Sigue caminando calle abajo, no te gires ni corras, pero tampoco te entretengas demasiado —le dijo con voz tranquila, mientras la observaba a través del reflejo del cristal de una de las tiendas.

Nathalie empezó a temblar, sin embargo se obligó a disimular el miedo y, tal como le había dicho Silas, empezó a caminar mezclándose con la gente. No necesitó preguntarle nada, simplemente obedeció.

—¿Dónde estás? —susurró con temor.

—Tranquila, estoy detrás de ti —le confirmó él.

Y supo que era verdad, a pesar de no poder girarse a comprobarlo, el simple hecho de saber que él estaba cerca la tranquilizó.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Nathalie.

—Solo camina.

Y así siguió haciéndolo a paso lento, desenfadado, como si todo el terror que sentía no fuese real. Silas siguió sus movimientos del mismo modo, distraído y ausente, deteniéndose a veces a observar algún escaparate, o aprovechando el paso de alguna chica, para poder girarse a observarla de

manera descarada, aunque en realidad poco le interesaban las mujeres, sino el hombre que, a pocos metros, no perdía detalle de sus movimientos.

—¿Ves la cafetería de la esquina? —le preguntó a Nathalie, pasados unos minutos de silencio en que los dos se habían mantenido a la espera—. Entra allí y no salgas, vendré a buscarte cuando pueda.

—Está bien... —Nathalie se acercó a la puerta automática, esta se abrió y el olor a café la inundó por completo, no se giró para poder ver si Silas entraba también o seguía calle abajo—. Oye... —susurró tomando asiento en una de las mesas que estaban de cara a la puerta—, vuelve a por mí, ¿vale?

—Ni lo dudes —aseguró Silas, soltando después un ligero soplido—. Ahora voy a colgar, pero no te preocupes por nada, tú tómate un café tranquila y disfruta de un rato a solas, pide algo dulce para mí, ¿vale?

—Claro. Nos vemos en un rato —afirmó ella convencida.

—Por supuesto.

No había pasado ni una hora cuando la puerta se abrió dando paso a ese hombre que le cortaba el aliento, a ella y a cualquier mujer que lo mirara. Nathalie contuvo la respiración, sin darse cuenta había pasado todo ese rato temiéndose lo peor, muerta de miedo, dejando que la angustia la poseyera poco a poco hasta casi asfixiarla. Se levantó de pronto y fue cuando comprobó lo que ya temía, que las rodillas le temblaban y eran casi incapaces de sostener el peso de su cuerpo. Se apartó de la mesa dónde se habían acumulado dos tilas.

—Leo —susurró, abalanzándose sobre ese hombre, rodeándolo con fuerza por la cintura y escondiendo el rostro en su ancho pecho.

Leo, perfectamente trajeado, con su habitual cara de *póker* y con un palmarés intachable de saber siempre qué hacer, se quedó quieto, sin atinar en si abrazarla y corresponder el gesto, aunque solo fuese para tranquilizarla, o apartarla de un manotazo. Se ablandó, lo supo en el momento exacto en el que una de sus manos acarició la espalda de Nathalie.

Miró por encima de su hombro hacia la mesa dónde había estado la chica, agarró a Nathalie de los hombros para apartarla y se dirigió a la barra donde dejó un billete indicando que pagaba lo que ella había consumido. Se giró con la misma calma y pasividad con la que solía moverse, entrando en total contradicción al manotazo de nervios que era ella. Leo la agarró de la mano y tiró de ella hacia el exterior del local.

—¿Dónde está Silas? —se atrevió Nathalie a preguntar entonces, pero tantos eran los nervios, que la voz le salió entrecortada y apenas audible.

—No te preocupes por él —replicó Leo.

—Dime que está bien —rogó ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—Está bien —respondió Leo al fin, parándose de pronto para poder observarla—. Le estaba siguiendo un tipo, pero ha podido deshacerse de él.

—Entonces supongo que tendremos que irnos.

Leo asintió y volvió a caminar en dirección al bloque de edificios dónde se habían trasladado hacía tan solo unos días atrás, sin embargo Nathalie parecía totalmente descompuesta, así que tuvo que volver a su lado, suspiró ofreciéndole el brazo, que ella aceptó y con ella ahí colgada empezaron a caminar. Cuando llegaron cerca del apartamento Silas esperaba en la entrada del bloque apoyado en la puerta, despeinado y con la camiseta rota, pero con actitud divertida, y confiada.

—¡Silas! —exclamó Nathalie, que soltando a Leo corrió a su encuentro, aunque refrenó ese primer impulso de lanzarse a sus brazos y, cuando estaba a su altura se detuvo en seco para observarle detenidamente, le habían golpeado en el rostro—. ¿Te duele?

—Lo justo —respondió él guiñándole un ojo y de pronto se giró hacia su hermano justo cuando este abría la puerta—. No me gusta eso de los «te lo dije» pero... Yo tenía razón —soltó Silas con aires de grandeza.

—Bueno, pero no te acostumbres —soltó Leo.

—¿En qué tenías razón? —quiso saber ella entrando en el piso.

—En nada que te incumba —espetó Leo, que ya había sacado una de las bolsas y estaba llenándola con la poca ropa que tenía.

—Idiota —gruñó la chica—. ¿Y ahora qué? —preguntó Nathalie en dirección a Silas.

—De momento irnos, ya pensaremos a dónde —respondió él.

—Está bien —dijo ella, desapareciendo rumbo a la que habían establecido como su habitación.

Leo la miró sorprendido, hacía tan solo una semana era incapaz de obedecer una simple orden, la cosa empezaba a mejorar. Sonrió satisfecho, aunque el mérito no era suyo, y volvió la mirada a Silas, que había empezado a guardar sus aparatos electrónicos. Su hermano estaba empezando a sorprenderle.

En menos de una hora estaban los tres en el coche, sin rumbo fijo, cansados y confundidos. Nathalie no tardó en quedarse dormida en el asiento trasero bajo la atenta mirada de Silas, que no podía evitar girarse sobre su asiento para observarla de vez en cuando.

—Vale, está bien, tú tenías razón —soltó Silas clavando la mirada en Leo.

—Como siempre pero, solo para entrar en la conversación, ¿de qué hablamos ahora?

—Con ella —apuntó Silas, volviendo a mirar Nathalie que seguía dormida en el asiento trasero—. Ellos aún no saben que está con nosotros, así que debemos dejarla en algún lugar —comentó. Reconocido y pronunciado en voz alta, Silas perdió la mirada en el cristal de su ventanilla totalmente abatido. Dejarla sería duro, sin embargo se había convencido de que era lo mejor.

—La chica se queda con nosotros. —Leo lo pronunció como si fuera una sentencia irrevocable.

—¡Pero si no la soportas! —exclamó Silas.

—Tienes razón, es totalmente anárquica e irreverente, dos cualidades que detesto, y con eso no quiero decir que se hayan evaporado las ganas de reventarle la tapa de los sesos, pero... Me gusta cómo te mira —le reconoció Leo al fin.

—No te entiendo.

—Joder Silas, te mira igual que mamá miraba a papá... —Leo sacudió la cabeza, era una conversación demasiado íntima para lo que él solía—. Se queda, aunque tiene que aprender a hacer lo que nosotros hacemos, o como mínimo a defenderse sola, no podemos estar siempre pendientes de que no le pase nada.

¿Qué quería decir Leo con eso? Silas miró a su hermano y después volvió a mirar hacia la chica. No entendía muy bien a qué se refería su hermano, pero le gustaba cómo sonaba eso.

21

Silas bostezó cansado, le escocían los ojos y se sentía adormilado, había pasado hasta altas horas de la madrugada visionando las grabaciones de los últimos trabajos que habían realizado, a pesar de saber que no serviría de mucho. De fuera llegaban las voces amortiguadas de Leo y Nathalie. Silas se dejó caer de nuevo en la cama, mirando al techo con ambas manos enlazadas tras su nuca. Hacía ya diez días, que estaban en esa casa a las afueras de un pueblo de mala muerte de menos de cien habitantes. En el tiempo que llevaban allí no habían visto a prácticamente nadie, cosa que Leo agradecía y a Nathalie ponía de los nervios. También hacía diez días que Leo y Nathalie dedicaban largas horas a entrenar, Leo había sido tajante con eso, Nathalie era un lastre, debía aprender a defenderse por sí sola.

De pronto ellos pasaban mucho tiempo juntos.

—¡Estoy hasta las narices de ti! —El grito de Nathalie alcanzó una octava por encima del nivel normal y, le siguió un sonoro portazo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Silas, apareciendo en el salón.

—No consigue golpearme —rio su hermano, que había entrado tras ella.

—Podrías dejarte alguna vez, por aquello de darle un poco de vidilla y tal... —sugirió Silas.

—¿Y qué aprendería con eso? —inquirió Leo.

—Pues no sé, pero a lo mejor no se desanimaría tanto —siguió Silas.

—No pretendo hacerle una fiesta, quiero que sepa defenderse y que no sea...

—¡No soy un lastre! —gruñó ella desde la puerta de su habitación, con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Sí lo eres —respondió Leo con naturalidad.

—¿Sabes una cosa Leo? Te odio —dijo Nathalie despacio, paladeando esas dos palabras.

—Entonces pégame —la retó burlón él.

—Ohhhh créeme que lo voy a lograr, y cuando lo consiga, voy a hacerte llorar.

—¡Eso quiero verlo! —exclamó Silas divertido—. Además, voy a romper una lanza en favor de ella —añadió Silas guiñándole un ojo a la chica—.

Golpearte te golpeó, hasta te dejó inconsciente.

—¡Cierto! —gritó Nathalie victoriosa—. Realmente yo lidero el marcador —soltó alegre, antes de volverse a encerrar en la habitación.

—¿Hay marcador? —inquirió Leo mirando a Silas—. Porque de ser así ahora mismo voy y...

—Déjalo hermano —sugirió Silas, antes que dijese algo fuera de lugar.

Silas no pudo evitar sonreír, no así Leo que lo miró con cara de pocos amigos. Las mujeres tenían demasiadas gilipolleces encima, no podía decir nada sin que la muchacha se sintiera ofendida. Leo sacudió la cabeza, era duro acostumbrarse a ella, aunque también tenía cosas buenas pensó mirando a Silas.

—¿Cómo lo llevas? —quiso saber entonces Leo.

—Cansado, agotado, y sin tener nada claro, pero es que tampoco sé que mierda estoy buscando. Ahora mismo todo el mundo me parece sospechosooo... Todo el mundo menos ella —se apresuró a añadir, antes de que Leo pudiese dar la vuelta a sus palabras.

—Está bien, tú sigue con eso... Tampoco tenemos mucho más.

—¿Y Nathalie? —inquirió el pequeño.

—Es buena —confesó Leo—, tiene agilidad y fuerza, y me odia —sonrió con satisfacción—. Está muy motivada.

—Lo sé, partirte la cara siempre es un aliciente... —Ambos hermanos se quedaron en silencio—. Pasáis mucho tiempo juntos —susurró Silas arrepintiéndose de inmediato de lo que había dicho. Estaba celoso, pero era algo que no tenía pensado reconocer.

—Lo dices como si fuera algo bueno —dijo simplemente su hermano.

Silas alzó los hombros por toda respuesta. Leo era un idiota integral si no se daba cuenta de que pasar tiempo con Nathalie era algo maravilloso, aunque no iba a ser él quien se lo hiciera ver. De hecho, casi prefería que no se percatara de ese pequeño pero vital detalle. Leo empezó a trastear en la cocina hasta sacar una vieja cafetera del armario, que por más que habían intentado limpiar, seguía con un aspecto horrible, sin embargo no les importaba mucho.

—¿Con leche? No, mejor solo —decidió Leo, viendo las ojeras de su hermano pequeño—. Oye, si quieres déjalo ya, es absurdo, los dos sabemos qué es lo que está pasando.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto? —Silas se acercó, por fin Leo parecía entrar en razón.

—Aún no lo he decidido —comentó Leo dejando la cafetera en el fuego—. Tampoco hemos tenido ocasión de hablarlo, puede que por mi culpa, lo reconozco...

—Vaya, quien te ha visto y quién te ve. —Silas sonrió con suficiencia—. Así que eres capaz de reconocer tus errores.

—Cuando tienes tan pocos como yo...

—¡Pasa de mí! —exclamó Silas colocándose a su lado.

—Ahora en serio —dijo Leo que se dejó caer sobre la encimera—. Tenemos que finiquitar el tema.

—Si con finiquitar te refieres a matarlo, sí.

Ambos hermanos se miraron, era una historia que arrastraban desde hacía demasiado tiempo, para ser exactos, una historia que les había sido heredada. Algunos hijos heredaban inmuebles o fortunas, ellos un maníaco psicópata que quería verlos muertos. Y a pesar de que por un tiempo habían casi podido olvidarse de él, estaba claro que los había localizado de nuevo, y esta vez parecía más empeñado que nunca en finalizar lo que en su día había empezado.

—Tenemos que pensarlo bien —meditó Leo, mientras servía dos tazas—. Siempre ha demostrado ir un paso por delante nuestro.

—Pero ahora tenemos algo que él desconoce, tenemos nuestro propio as en la manga.

—¿Hay café para mí? —Nathalie les sorprendió a ambos apareciendo de improvisto, los hermanos se miraron sin llegar a decir nada—. ¿Pasa algo?

—Nada —atajó Silas—. Esta noche voy a enseñarte a disparar mi rifle —le dijo a ella, mientras esperaba confirmación de su hermano.

—¿En serio? —se extrañó Nathalie enarcando una ceja—. ¿Por qué?

—Es una excusa como otra cualquiera para pasar tiempo contigo —bromeó el chico.

—A mí me vale —respondió ella cogiendo el café y volviendo a su habitación.

Iban a pasarlo muy mal si su arma secreta era esa chica de pelo color de chicle de fresa, pensó Leo, pero no dijo nada.

22

—¡Buena! —exclamó Silas sin poder esconder su asombro—. ¡Joder! Eres muy buena.

—No le he dado —se quejó ella.

—Has rozado en tu tercer disparo... eso es asombroso.

—Las personas se mueven, las latas no.

—No infravalores a las latas, dudo que ellas quieran dejarse matar —bromeó Silas—. Además, no quieras correr tanto —rio él, y dándose la vuelta se dejó caer de espaldas al suelo perdiendo un instante los ojos en las estrellas—, ¿crees que podrías matar a alguien? —preguntó entonces. Disparar a unas latas estaba bien, pero ¿qué pasaría si Nathalie tenía que disparar contra una persona?

—¿Sinceramente? No —le confesó ella, y se tumbó a su lado de igual modo.

Silas no pudo reprimir el impulso de tirar de Nathalie para que quedara recostada sobre su hombro, le gustaba tenerla cerca, el calor que emanaba su cuerpo, el olor de su pelo... Nathalie se acomodó sobre él, le gustaba cómo se sentía cuando Silas estaba cerca, era una sensación extraña y hasta la fecha desconocida, se sentía protegida. Eso era algo paradójico, pues él y Leo seguramente eran las personas más peligrosas que conocía.

—¿Crees que podrías estar con alguien que sí puede hacerlo? —preguntó Silas con un hilo de voz.

Nathalie enmudeció por un instante, era algo que ya había pensado con anterioridad. Ellos eran ¿los malos?... pero a la vez ¿los buenos?... Suspiró, en verdad estaba hecha un lío.

—Me gusta tu voz —susurró ella notando la manera en la que sus mejillas enrojecían. Silas alzó un poco la cabeza para poder mirarla—, me gusta cómo me hablas y lo que me dices, cuando me miras y...

—Entiendo —dijo él, dejándose caer de nuevo en el suelo, y apretándola un poco más contra su pecho en un fuerte abrazo.

—Si sabéis quién es, ¿por qué no vais a por él? —Silas volvió a alzar la cabeza—. Os escuché antes, parece que sabéis quién es, de hecho, creo que tú siempre lo has sabido —afirmó Nathalie.

—Es una historia jodidamente complicada —replicó Silas.

—Creo que me estoy acostumbrando a las cosas complicadas —apuntó ella sonriéndole.

Ambos se sentaron el uno frente al otro. Silas la observó sin poder esconder el aturdimiento que le provocaba esa mujer que tenía enfrente. Había tenido armas de fuego apuntándole fijamente, y más de una vez la muerte mirándolo desafiante, sin embargo jamás se había sentido tan desprotegido y asustado como cuando era Nathalie quien lo observaba. Lo hacía dudar, distraerse, no pensar con claridad, lo hacía sentir capaz de todo y de nada, haría cualquier cosa por ella y eso lo tenía totalmente...

—Acojonado —susurró más para sí mismo que para ella, perdiéndose en el abismo infinito que se escondía en su mirada.

—¿Tan malo es? —se estremeció ella.

Silas alzó los hombros, consiente que no hablaban de lo mismo.

—Todo empezó hace muchos años, antes de que Leo y yo nacióéramos...

—Vaya, una historia con historia...

—Él, el que nos quiere matar, es el hermano de mi padre.

—Oh vaya —dijo Nathalie visiblemente sorprendida—. ¡Oh vaya! —exclamó entonces siendo consciente de la situación.

—A buen entendedor pocas palabras bastan —comentó Silas sonriendo—. No hace falta añadir mucho más, mi madre eligió y él jamás encajó la derrota —añadió. Silas se perdió un momento en todo el mar de sentimientos desatado en su interior—. Él mató a mis padres, Leo dice que no podemos estar seguros de eso, pero yo sé que fue así. Y ahora va a por nosotros. Tengo una vida complicada, lo siento —se disculpó.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó ella.

Silas resopló y en un impulso cogió su mano, siempre tan suave y caliente y la encerró entre las suyas, perdiendo la mirada en sus dedos entrelazados.

—Me gustaría poder decirte que no va a pasar nada, aunque no puedo.

—No importa, confío en ti —afirmó ella con rotundidad.

—Puede que no debieras —se lamentó él—, apenas me conoces.

—Conozco lo suficiente como para saber que no quiero estar en ningún otro lugar —declaró Nathalie.

Ambos volvieron a mirarse dejándose engullir por ese agradable silencio, la brisa de la noche, el crepitar de los árboles y la luz de las estrellas. De nuevo un momento mágico, Nathalie se acercó peligrosamente a él, tanto que sintió toda su determinación flaquear.

—¿Es el momento del beso? —preguntó ella con timidez.

Silas le dedicó una pícaro media sonrisa, y se alzó de un salto tirando de su mano para que ella lo imitara.

—Aún no —respondió él con chulería

—Silas, no entiendes nada de mujeres —aseguró ella.

—Es un hecho irrefutable —confesó él—. Pero te tengo loca...

—¡Ni en tus sueños! —gruñó ella empujándolo.

—Oh, ya te digo yo que sí —manifestó, y soltó en una carcajada—. Venga, desmonta —le ordenó señalando el arma—. Despacio, como hemos practicado.

Nathalie se sentó en el suelo y, empezó a intentar recordar todo lo que Silas le había estado explicando durante las últimas horas. Con cuidado fue realizando cada paso y guardando el rifle en la bolsa deportiva, Silas no perdió detalle de todo el proceso. Pero a su vez, dentro de su cabeza, un sinfín de ideas bullían, una trama se iba urdiendo, y los cabos se iban atando los unos con los otros con extrema facilidad.

—¡Estás pensando! —soltó de proto Nathalie, que empezaba conocerlo—. ¡Quiero ayudarte!

—Nada —dijo él, restando importancia con un gesto de su mano—. Recoge, tengo que hablar con Leo.

—Leo, Leo, Leo...

—¡Ja! —rio Silas—. Es algo entre nosotros.

—No quiero quedarme al margen —le encaró Nathalie muy seria.

—No quiero ponerte en peligro —susurró él, consciente que era lo único que podía ofrecerle a una mujer, tener siempre una vida en la cuerda floja.

—No quiero que creas que no puedo ayudar —gruñó ella con determinación—. Haré lo que sea que tenga qué hacer.

—No quiero que te pase nada.

—Y yo no quiero que me apartes —declaro firme Nathalie.

—No quiero separarme nunca de ti —confesó él en un arrebató.

Un momento de confusión que lo aturdió y casi sin pretenderlo Silas rozó ligeramente los labios de Nathalie, tan solo una ínfima fracción de segundo, lo justo para notar la calidez y suavidad de su piel. El mundo se detuvo en esa fracción de segundo.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió ella totalmente sonrojada.

—¿Qué...? Esto... solo tu imaginación.

—Ya veo —respondió Nathalie, descendiendo la mirada al suelo con la

respiración agitada.

—Me estás volviendo loco —susurró Silas, y cargando la bolsa del rifle empezó a caminar en dirección a la casa.

No se habían alejado demasiado, tan solo unos cientos de metros, pero como siempre, la presencia de Nathalie lo obnubilaba todo de tal modo que todas sus facultades quedaban mermadas, a medio gas, anestesiadas...

—¡Mierda! ¡Quédate aquí! —le ordenó en un grito.

Dejó caer la bolsa con el arma al tiempo que empezaba a correr hacía la casa, dos disparos, tres justo antes de que él llegara. Cuando lo hizo a tiempo estuvo de ver a un coche saliendo a toda velocidad por el camino empedrado, alzando una enorme polvareda tras él.

—¡Leo! —gritó a pleno pulmón, empezando a correr tras el coche sin opción alguna de alcanzarlo—. ¡Joder! —rugió apretando los dientes—. ¡¡¡Leeeeeoooooooo!!!

No era así como debía pasar, no era así del modo en el que en su mente se estaba gestando el plan, se les habían vuelto a adelantar. La rabia mezclada con la impotencia empezó a bullir por dentro, reconcomiéndole en cada rincón. Dejó de correr cuando se dio cuenta de que era absurdo, jamás alcanzaría al coche. Giró sobre sí mismo, al tiempo de escuchar el grito de Nathalie rompiendo la ya nada tranquila noche.

—Maldita sea...

Había un hombre apuntándola a la cabeza, los ojos de Nathalie se habían llenado de lágrimas, mientras que el hombre, perfectamente trajeado, sonreía con suficiencia.

—No es una buena noche —advirtió Silas, para que no le tocara mucho las narices.

—Ya veo —corroboró el desconocido—. Aunque debo decir que lo de la chica no nos lo esperábamos, ha sido toda una sorpresa.

—Siempre me gusta tener un as en la manga... ¿Cómo está Patrick?

—Deseando veros —dijo el hombre.

—¿Podrías soltar a mi chica? —pidió Silas con amabilidad.

—Podría... aunque creo que puede ser más divertido así.

—Depende de qué entiendas por divertido, para mí diversión será cuando te machaque la cabeza con esa piedra —soltó Silas, señalando una de las rocas en medio del camino.

—Ya veo, de los dos hermanos, tú eres el vacilón —bromeó el hombre—. ¿Sabes? Creo que le voy a pegar un tiro aquí mismo, Patrick solo nos paga por

vosotros dos.

—Espero que os haya pagado bien, al menos para que tu mujer tenga suficiente para un buen funeral —rió Silas, metiendo ambas manos en los bolsillos con despreocupación.

Silas miró a Nathalie a los ojos, estaba asustada, pero parecía mantenerse entera, le dedicó una sonrisa para infundirle valor, ella miró de reojo al hombre que la tenía agarrada. Silas tomó aire antes de arrancar a correr en dirección a ese tipo, que abrió los ojos de manera desmesurada, preso de la sorpresa ante la locura que el chico estaba realizando. El hombre empujó a Nathalie haciéndola caer al suelo, alzó el arma y disparó sin pensárselo en dirección a Silas. Sin embargo, ni el dolor de la bala atravesando su piel hizo que su determinación disminuyera, saltó sobre el tipo derribándolo contra el suelo y, antes de que pudiera volver a dispararle, Silas estrelló con toda su fuerza el puño contra su cara, cogió entonces la piedra que momentos antes había señalado, golpeándole la cabeza con ella, haciendo que el sonido que se alzaba junto a los alaridos del hombre fuera algo desgarrador.

—¡Para! —instó Nathalie, que se había levantado del suelo e intentaba sin mucho éxito hacer que Silas se detuviera—. ¡Silas, basta! —suplicó.

Todo su mundo se había teñido de rojo, ya no importaba nada, ni el dolor en el hombro, ni la sangre que le salpicaba el rostro, ni el hombre que estaba a punto de matar con sus propias manos, simplemente en ese momento, en ese punto de no retorno, no podía parar, nada podía hacer que detuviera esa espiral de descontrol y destrucción, absolutamente nada salvo...

—Silas —lo llamó Nathalie, que se colocó frente a él, delante de su campo de visión y, cogiéndole con ambas manos el rostro lo obligó a mantener contacto visual con ella—. Basta, por favor... —suplicó, dejando que las lágrimas resbalaran por sus mejillas.

—Nathalie —susurró él, dejando caer la piedra a un lado y abrazándola con fuerza—. Lo siento —se disculpó. Realmente lamentaba que ella lo hubiera visto fuera de control, le aterraba que ella fuese a temerle.

Habían arrastrado al hombre dentro, le quitaron la ropa, lo ataron y lo amordazaron. Nathalie no había dejado de sollozar durante todo el proceso, demasiadas emociones juntas a flor de piel. Silas comprobó que todo estaba en orden, no sin esfuerzo atrancó las puertas y ventanas, comprobando que estaban solos de nuevo. Cuando regresó al salón, antes de poder llegar al sofá, se desplomó cayendo de bruces al suelo.

—¡Silas! —chilló ella—. ¿Estás bien?

—He parado una bala por ti —le sonrió el chico, con la esperanza de que eso le hubiera hecho ganar puntos con ella.

Nathalie chasqueó la lengua, ni en ese momento perdía ese toque de humor tan suyo. Tiró de él para lograr recostarlo en el sofá, a pesar de que el hombro debía dolerle muchísimo, Silas mantuvo el gesto sereno. Le despojó de la camiseta para comprobar lo que ya era evidente por las manchas en la ropa, que tenía una gran herida en el hombro izquierdo, y todo olía a sangre, un olor nada agradable.

—¿Qué hago? —preguntó ella, sin atreverse a tocarlo por no hacerle más daño.

—Creo que ha entrado y salido —declaró Silas, que suspiró y aguantó con estoicismo el dolor que sentía, no quería asustarla más de lo que ya estaba—. Joder... ¿Tenemos alcohol? Estoy hay que celebrarlo —intentó bromear.

—Eres un estúpido, ¿se puede saber en qué pensabas? ¿Quién corre hacia un arma?

—Solo un hombre completamente loco —le confirmó el chico—. Nathalie, tienes que cauterizar la herida, sin medias tintas, no hay tiempo para más —le indicó Silas.

—Está bien —suspiró ella—. Cómo en las películas, ¿no? Algo de hierro caliente...

Silas cerró los ojos, mientras escuchaba como ella trasteaba por la cocina. Intentó sobreponerse al dolor, lo hizo pensando en Leo, y en cómo salir de esa. Era la primera vez que algo los pillaba con la guardia tan baja.

—¿Silas? —Cuando Nathalie regresó a su lado Silas había perdido el conocimiento—. Vale —suspiró asustada, pero con la determinación de no

fallarle—. No pasa nada, no hay nada que yo no pueda hacer —manifestó. Nathalie pasó la mano por el enmarañado pelo del chico para recolocárselo.

Silas era una mezcla de negro a blanco sin pasar por el gris. Nada de medias tintas, era sumamente encantador un momento, para de pronto al instante siguiente dejar salir una rabia descomunal, arrasadora y devastadora. Nathalie miró el hierro que estaba calentándose en el fuego, cogió una botella de alcohol que había en la encimera, sobre la que desconocía cuanto tiempo llevaría en esa cocina y, la abrió para olfatearla. Le dio un trago para templar sus nervios, antes de empapar la herida del hombro de Silas dejando caer un gran chorro sobre él. Silas gimoteó, no obstante no terminó de despertarse.

—Joder —se quejó ella a media voz—. Si alguien me llega a decir hace unos meses que estaría en esta situación... —Cogió un trapo y enrolló el hierro, que no era otra cosa que un aplasta patatas, pues ya se encontraba al rojo vivo y desprendía mucho calor—. Venga, vamos allá —susurró tratando de infundirse ánimo y valor—, lo siento —se disculpó con el chico aunque no pudiera oírla, antes de presionarlo con fuerza contra la herida de Silas.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaahhhhhhhhhhh!

El grito del chico casi hizo que se le escurriera la herramienta de las manos, Silas dio un tremendo alarido, alzándose con violencia para segundos después volver a dejarse caer sobre el sofá en estado de semiinconsciencia.

—Lo siento, lo siento —seguía disculpándose ella—, jolines, lo sientooooo....

Pero no se lo pensó mucho, y tirando de él lo hizo ladear para poder acceder a su espalda, donde repitió el mismo procedimiento. Jamás habría pensado que la carne humana quemada pudiese desprender semejante olor. Era nauseabundo y estaba segura de que jamás en su vida podría olvidar ese apestoso aroma. Cuando terminó toda ella temblaba, pero se dio cuenta que las lágrimas habían cesado y que se sentía extrañamente orgullosa de sí misma.

Corrió al baño de donde cogió unas toallas que humedeció con agua y jabón y, poco a poco, empezó a lavar el torso de Silas, que parecía que iba recobrando la consciencia a pesar de que la mueca de dolor seguía intacta en su rostro. Retiró los restos de sangre de su cuerpo, fijándose en que esa herida de bala no sería la única que decoraría su cuerpo, sino que tenía diversas cicatrices que recorrían su anatomía y en las que no había reparado antes a pesar de haberle visto el torso desnudo. Limpió el sudor que perlaba su frente sin poder evitar quedarse mirándolo pensativa, y de pronto se dio cuenta que no era Leo el que más asustaba como había pensado en un principio. Silas

tenía tanta oscuridad en su interior, que su vida se había convertido en una lucha constante por no dejarla salir.

—Me duele —gimoteó Silas, sin lograr abrir del todo los ojos—. Joder...
—Apretó los dientes.

—Creo que ya no sangra —le informó Nathalie, dejando a un lado las toallas y ayudándolo a incorporarse—. Toma, son un par de analgésicos —añadió y le tendió una botella de agua con unos comprimidos.

—Vaya, si llego a saber que eras tan buena enfermera me dejo disparar antes —trató de mofarse el chico.

—No seas imbécil, no tiene ni puta gracia —le regañó ella.

—Siento haberte asustado.

—Tú no me has asustado —le aclaró—. Solo ese desprecio que tienes por tu vida, ¿y si te hubiera matado?

—No tenía intención de morir aún.

—¿Crees que puedes elegir el momento de tu muerte? —Nathalie soltó un suspiro—. Estás loco.

Silas intentó incorporarse para lo que ella tuvo que asistirle, lo ayudó a terminar de limpiarse y volverse a poner una camiseta, lo hicieron en silencio, cada uno enfrascado en sus propios pensamientos. Poco a poco recogieron todo y cargaron el coche, solo necesitaban que el tipo atado a la silla no estuviera tan mal como para no poder sacarle ni un mínimo de información. Silas se sentó frente a él y gruñó ante la visión del rostro de ese tipo, sin duda se había dejado llevar demasiado, iba a ser difícil que el hombre pudiera hablar, pues entre otras muchas heridas, parecía tener la mandíbula rota.

—Coge una de las pistolas y espérame en el coche —le dijo a Nathalie—. Dispara a cualquier cosa que se mueva.

—Entendido —confirmó ella, obedeciéndolo ciegamente.

—Cuando sepamos en qué lugar está Leo, veremos dónde puedo dejarte a ti.

Nathalie lo miró entrecerrando los ojos, pero prefirió no decir nada. Estaba más loco de lo que pensaba si tan siquiera imaginaba que iba a poder alejarla de él, a esas alturas eso ya era imposible. Sin embargo, no dijo nada y salió a la fría noche, se sentó en el coche, y durante la siguiente hora solo escuchó los alaridos de un hombre torturado.

24

Típico, trillado, demasiado visto... Silas movió el brazo intentando desentumecerlo, pero el hormigueo iba en aumento y los analgésicos no conseguían mitigar del todo el dolor. Estaba tan mareado, que sintió ganas de golpearse la cabeza contra el volante a ver si terminaba de caer inconsciente. Intentaba prestar atención a la carretera, sin embargo el cansancio y el malestar no eran buenos compañeros de viaje, a pesar de eso, no aminoró, al contrario, apretó con más ansias el acelerador haciendo que el motor del coche rugiera.

A su lado, Nathalie no dejaba de mirarlo con los nervios a flor de piel, y el corazón a punto de saltar de su pecho, quería hablarle, no obstante desde que se habían subido al coche, el rostro de Silas había cambiado endureciéndose, y parecía que fuese lo que fuese lo que fuera a decirle, nada tendría efecto en él. Lo entendía, podía llegar a comprenderlo, él y Leo tenían la relación más estrecha que había visto jamás, podía comprender cómo debía sentirse Silas al saber que su hermano podía estar en peligro.

—A riesgo de que me mandes a paseo... —empezó a decir Nathalie, no sin cierto temor en la voz—. Deberíamos parar, descansar y...

—No hay tiempo —le cortó Silas, de manera un poco más brusca de la que en un principio pretendía.

—Silas, son las tres de la madrugada, no hemos dormido nada, te han disparado y...

—Leo —pronunció sin más, la simple mención del nombre de su hermano le parecía suficiente.

—No conozco mucho a Leo, pero lo poco que sé de él me consta que hace todo lo que puede por mantenerte siempre a salvo y, eso no va a ocurrir si te presentas en estas condiciones en ese almacén.

—Un almacén —gruñó—, demasiado típico. ¿Un puto almacén? ¿Qué es esto, una película?

—Puedo conducir yo si quieres y así tú puedes...

—No —volvió a decir, y esta vez fue con un tono tan calmado que a Nathalie se le puso la piel de gallina.

—¡Basta! —exclamó ella, y cogiendo el volante logró que Silas detuviera

el coche, era eso o terminar estrellándose contra alguno de los altos árboles que flanqueaban esa carretera solitaria—. A partir de este momento cojo yo el mando de la situación. ¡Cállate! —le gritó Nathalie antes de que él pudiera siquiera protestar—. Silas, basta ya, por favor... Vas a conseguir que os maten a los dos y no lo voy a consentir.

—Leo puede que ya esté muerto —declaró Silas con un hilo de voz.

—Eso no lo sabes, tu hermano me parece bastante cabezón con eso de no dejarse matar.

—Está bien —dijo el chico al fin, apagando el motor y alzando las manos en señal de rendición—. Tú ganas, ¿ahora qué?

—Tienes que dormir, al menos unas horas, descansamos un poco, comemos algo y llegamos allí con las fuerzas renovadas.

—Descanso, te juro que descanso, y comeré lo que me digas que tengo que comer, pero cuando llegemos a la ciudad vas a bajarte del coche, cogerás un autobús y te vas a perder por alguna parte del país dónde nadie pueda encontrarte —soltó él sin más, aunque en el fondo era algo que le costaba horrores decir.

Silas giró la cabeza y encaró directamente su mirada de manera sincera, en los ojos de Nathalie se adivinó el miedo a que esa sentencia se cumpliera. No, no quería irse, no podía dejarlos, no quería que ellos la olvidaran, no iba volver a su apartamento deprimente, a su trabajo mal pagado, a su vida sin un futuro, no podía hacerlo, pero... si era la única manera de que Silas echara el freno debería al menos, decirle que sí. Y quiso expresar que lo haría, que se marcharía solo con la promesa de que cuando todo terminara él iría a buscarla, sin embargo no lo hizo, solo lo miró a los ojos, esos de un color tan extraño que estremecían. Él parecía expectante, no tenían tiempo y se notaba que necesitaba una respuesta rápida y sencilla. Así que finalmente, Nathalie asintió con un simple gesto de cabeza, y desvió la mirada antes de que sus ojos delataran lo que realmente sentía. Qué poco le había durado lo de estar al mando, no pudo evitar suspirar apesadumbrada.

—Está bien —susurró ella, para que no hubiera ninguna duda, pero al hacerlo se dio cuenta que su voz salía apretada por el nudo instaurado en su garganta.

—Voy a buscar algún motel cercano y nos detendremos... —dijo entonces él—, aunque solo por unas horas. Nada más.

—Está bien —volvió a decir, perdiendo la mirada por la ventanilla del vehículo.

—Nathalie oye...

—¿Sí? —respondió ella, sin prestar mucha atención.

—Nada, no importa —sopló Silas, mirándola de reojo.

No quería perderla, si es que se podía perder algo que nunca se había tenido. No obstante, esa era la sensación que tenía, el pensamiento que inundaba su cabeza, la opresión que hacía que le doliera el pecho, bueno el dolor era por eso y por el disparo.

A quién pretendía engañar, esa era su vida, puede que Leo siempre hubiese tenido razón, llevarse a Nathalie había sido un tremendo error, querer hacer algo normal, como una persona normal era, sin duda, algo fuera de su alcance y ahora tocaba despedirse de ella.

Arrancó de nuevo el coche y se reincorporó a la carretera, conocía el país como la palma de su mano, y pronto localizó un motel lo suficientemente alejado como para que fuese, al menos en apariencia, algo seguro. Aunque a esas alturas, seguro ya no había nada, solo que cuando encontrara a Patrick le haría pagar por todo lo que había hecho, iba a ser una muerte lenta y dolorosa, pensaba disfrutar al máximo con ello.

Silas necesitó algo de ayuda para poder quitarse la ropa, y Nathalie, sin decir palabra, lo asistió en todo, en silencio, pensativa. Quiso preguntarle en más de una ocasión, qué era lo que pasaba por su mente, pero no lo hizo, y dejó que la rabia de tener que dejarla marchar se juntara con la que sentía por haber sido tan gilipollas de haberse dejado arrebatar a su hermano. Cuanta más ira acumulara, más grande sería la explosión y peor el daño que causaría. Llegados a ese punto, solo quería estallar y llevarse a todos por delante, a todos menos a esa mujer que ahora se acostaba a su lado, y cerraba los ojos dispuesta a intentar descansar.

—Te quiero —le susurró Silas con la voz tan rota, que las palabras quedaron flotando en el aire sin que nadie las escuchara.

Nathalie dejó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas en silencio, preguntándose cómo sería capaz de alejarse de él, después de lo que acababa de decir. Ella también lo quería, pero no podía añadir más peso al corazón de Silas, así que siguió quieta, haciéndose la dormida. «Yo también te quiero», pensó.

Silas despertó de pronto empapado en sudor. Tenía el pulso y la respiración agitados y, de su garganta escapaban unos quejidos lastimeros que no podía evitar. Las pesadillas no le habían dado tregua en ningún momento y a pesar de que hacía solo unas horas que se había acostado, el sueño no había resultado reparador. ¿Qué diablos hacía allí durmiendo mientras Leo estaba preso? Miró por la ventana de esa maloliente habitación. El sol empezaba a despuntar por el horizonte. Pero ella había tenido razón, no solo era el disparo en el hombro, el cansancio podría haberle jugado una mala pasada, y también el actuar por impulso, como Leo siempre decía que no debía hacer. Le costaba admitirlo, sin embargo parar a descansar había sido una decisión inteligente, de las que normalmente no tenía cuando la ira lo cegaba, y todo se lo debía a ella.

Nathalie dormía acurrucada al otro lado del colchón ajena a toda su excitación. Silas la miró un segundo, tenía toda la melena enmarañada cayendo por encima de su rostro, manteniéndolo oculto. Al menos ella sí parecía estar descansando. Dudó unos segundos antes de volver a recostarse, esta vez más cerca del cuerpo de Nathalie y aunque con dudas, y algo de dolor, terminó por rodear su cintura con el brazo enterrando el rostro en esa melena rosa que olía ligeramente a vainilla, iba a extrañar ese olor. Silas se quedó muy quieto, no quería despertarla, y en esa posición, con ella pegada a su pecho, se permitió unos segundos de fantasear como haría cualquier hombre normal, con una mujer acostada en a su lado.

Un trabajo normal, una vida normal... y ella.

—Sssshhh —chistó Nathalie sin terminar de abrir los ojos—. No te muevas, quédate así solo un poco más —rogó con la voz entrecortada.

—No quería despertarte —se disculpó Silas.

—Me gusta despertar así —susurró ella muy flojito, de manera casi inaudible. Sin deshacerse de su abrazo se giró sobre sí misma, para que ambos quedaran de frente—. Prométeme que cuando todo termine vendrás a por mí —soltó Nathalie de pronto, arrepentida de no habérselo pedido en el coche.

—¿Quieres que lo haga? —inquirió él, con una nota de esperanza en la voz.

—Te lo estoy pidiendo, ¿no?

Silas no pudo evitar sonreír y en un arrebato besó su frente, apretándola más fuerte contra su cuerpo, hasta que el brazo empezó a dolerle demasiado.

—Volveré a por ti —prometió él con tanta convicción en la voz, que era inimaginable que eso no fuese a ocurrir—. Tú solo espérame.

—Odio esperar, pero por ti lo haré todos los días, hasta que vuelvas —dijo ella, perdiéndose en su extraña mirada.

Ambos permanecieron abrazados hasta que el sol terminó de salir. Después, a regañadientes, Silas reptó por el colchón y empezó a vestirse en doloroso silencio. De vez en cuando desviaba la mirada para observarla, ella parecía tan absorta como él, perdida en sus propios pensamientos.

Iba a rescatar a su hermano, no sabía muy bien cómo, pero lo haría, y después ambos irían a buscarla, estuviera dónde estuviese. Y no tenía ni idea de qué les depararía el futuro, pero llegados a ese punto, ya nada le importaba. Solo hacer lo que tenía que hacer.

Cuando salieron de esa habitación lo hicieron con el corazón encogido, y el temor de que esa fuese su última noche juntos.

—No mueras —le susurró Nathalie abrazada a su cintura, sin poder evitar que las primeras lágrimas acudieran a sus ojos. A su espalda los pasajeros del autobús empezaron a desfilar hacia el interior del vehículo.

—Lo que tú ordenes —respondió él, apretándola más contra su cuerpo y aspirando su olor, como si fuese esa droga que necesitara para poder sobrevivir.

—Lo digo en serio Silas, por favor, no hagas ninguna de esas locuras tuyas —insistió ella.

—No te preocupes... —Silas besó su frente—. Cambia de autobús tantas veces como te sea posible, no hables con nadie y nunca te quedes a solas —le repitió él—. ¿Tienes el dinero? —Ella asintió—. Está bien, mantente a salvo —le suplicó—. Sabes, sería el momento perfecto del beso, pero...

—¿Bromeas? —soltó ella fingiendo enfado—. ¿En una despedida en medio de una estación de autobuses? No seas absurdo, demasiado típico —le confirmó Nathalie, con una sonrisa medio forzada—. Nos merecemos un momento mucho mejor que este.

—Lo tendremos —respondió él con convicción—. Espérame.

—No tenía intención de hacer otra cosa. Volved los dos.

—Lo haremos —sentenció Silas, antes de dar media vuelta y marcharse sin poder volverse para mirar atrás.

Nathalie rompió a llorar, mientras el autobús se alejaba de esa calle, miró por la ventanilla hasta que la figura de Silas se difuminó del tal modo, que solo fue un borrón brumoso imposible de identificar. Y después de eso, siguió llorando durante horas, sumida en la más convulsa de las tristezas, hacía tan solo unas semanas que lo había conocido y ya no imaginaba la vida sin él, sin ellos, se corrigió. Era insólita, la manera en la que se habían colado en su vida, como por casualidad, y a pesar de ser tan diferentes, cada uno a su manera, habían ocupado un lugar en su corazón.

—Silas —susurró entre sollozos.

Todo era extraño pero ¿quién era normal? Nadie. Nathalie sonrió enjugándose las lágrimas, ¿a quién le importaba ser normal? Desde que los había conocido, había empezado a vivir la vida y jamás pensó que alguien en tan poco tiempo pudiera volverse tan importante para ella, más que cualquier otra cosa en el mundo, más incluso que su propia vida...

Nathalie se levantó de pronto redescubriendo un coraje en su interior hasta entonces desconocido, por fin entendía qué era el amor, era tener el valor de darlo todo por alguien, de dejar por un momento de preocuparse de uno mismo y luchar por el otro. Necesitaba volver, necesitaba estar con él, y si ella tenía que morir, quería que fuese a su lado, y si era Silas el que debía perecer, ella quería estar junto a él. Pasara lo que pasara, solo importaba que estuviesen juntos.

Descendió del autobús, con la clara intención de volver con ese hombre desaliñado que le había robado el corazón y la razón en tan solo unas semanas.

26

Cuando hace años Silas dijo que Patrick estaba tras la muerte de sus padres, él no había querido creerle. Tiempo después, cuando ese trabajo salió mal y casi murió por dos impactos de bala, Silas volvió a afirmar que Patrick estaba tras eso, sin embargo, de nuevo para él fue más fácil no creerlo. Aún así, extremó las precauciones, precavido y desconfiado, así nada podría volver a sorprenderlos. Pero estaba claro que había fallado, aunque lo que le atormentaba no era estar encerrado en ese viejo almacén con dos tíos turnándose para golpearlo, lo que verdaderamente le estaba sacando de sus casillas era, que cuando todo eso terminara, tendría que decirle a Silas que él tenía razón. Darle la razón a su hermano era peor que cualquier otra cosa, de hecho si no fuese realmente necesario no lo haría, porque temía la reacción de Silas. Con su temperamento y su capacidad para pasar de cero a cien en un segundo, estaba casi seguro que todo saltaría por los aires, incluido él mismo, y eso no lo quería bajo ningún concepto.

Un nuevo golpe y ya se cansó, Leo se levantó del suelo, escupiendo los restos de sangre que inundaban su boca y cuando uno de esos tipos intentó arremeter de nuevo contra él, Leo lo esquivó golpeándolo con fuerza en un costado, notando como las costillas cedían a ese simple golpe. Golpeó con saña a otro de los hombres y se desquitó con un tercero, al cuarto le esperaba la peor parte. Le había llevado más de lo esperado deshacerse de las bridas que habían aprisionado sus manos la última hora, pero una vez libre de ataduras, ya nada podría frenarle. Alzó la mirada, para observar qué era lo que le esperaba, si lograba librarse de esos tipos, fuera aguardaban aún más.

—¿Pagaban bien? —quiso saber Leo cogiéndolo por el cuello, y alzándolo más de un palmo del suelo—. ¡Habla! ¿Cómo nos quiere Patrick, vivos o muertos? —añadió a la pregunta inicial—. Supongo que vivos, Patrick debe tener muchas ganas de poder ser él mismo, quien por fin nos de muerte ¿no?

Lo habían pillado por sorpresa, tenía que admitirlo. La verdad era que no había escuchado llegar a esos hombres, tampoco había intuido cómo se desplegaban alrededor de la casa, y cuando había querido darse cuenta, ya era un poco tarde, no tarde del todo, la verdad era que, habría podido con ellos. Estaba seguro de eso. Sin embargo, de pronto pensó en Silas y Nathalie,

ajenos a todo y si él se hubiera resistido, si hubiese ofrecido más oposición, habría llamado la atención de su hermano, este habría enloquecido y por ende, habría puesto en peligro a la chica. Maldita fuera, pero el hecho era que no quería que le pasara nada a esa mujer, al final le había hasta tomado cariño, los últimos días se había llegado a plantear que ella y Silas podrían haber sido felices, como lo habían sido sus padres. Por eso, al verse sorprendido, decidió que lo mejor era dejarse coger.

Soltó al hombre que aún agarraba por el cuello y lo dejó caer muerto al suelo. Otro menos, pensó. En el momento en el que lo habían apresado había pensado en ellos, en Silas, como siempre, pero extrañamente también en Nathalie. Tenía la vaga esperanza de que estuviesen a salvo, de lo contrario, haberse dejado coger no habría servido para nada.

Leo saltó al otro lado del muro que dividía una parte del almacén de la otra. Le habían cubierto la cabeza, pero todo olía a salitre y muy mal, estaba en el muelle, no había duda de eso. También tenía claro que, a diferencia de antes, Patrick ahora contaba con más hombres, seguramente sicarios a sueldo a los que no les importaba más que la recompensa que su querido tío ofrecía por ellos.

Conocía bien a su hermano y sabía, que no dudaría un instante en buscarlo, rezaba a un Dios en el que hacía años había dejado de creer, que Silas jamás supiera dónde se encontraba o que el poder de convicción de Nathalie fuese suficiente para hacer desistir a Silas de ir por él. Si lo averiguaba y ella no podía evitar que Silas desestimara la idea de rescatarlo, que por una maldita vez en su vida siguiera sus instrucciones, y no se presentara allí sin haber trazado un buen plan para entrar, pero sobre todo, uno aún mejor para salir vivos, a ser posible y de una pieza.

—¡Tiene que estar por aquí! ¡Desplegaos!

Las voces empezaron a alzarse en estéreo y pronto Leo se encontraría rodeado, pero cuando dieran con él, sería demasiado tarde.

—¡Tú, rápido! —gruñó alguien.

—Pegadle un tiro, aunque recordad que solo nos pagarán si lo entregamos vivo.

Era una suerte para él, pensó Leo. Al menos eso le daba una oportunidad para escapar. Y pensar que Silas siempre había tenido razón, maldito Patrick, Leo apretó los puños, cuando lo atrapara, que esperaba fuese pronto, no tendría ni un simple atisbo de compasión. Iba a matarlo lenta y dolorosamente. Pagaría con intereses todo lo que les había hecho a sus padres, suplicaría

clemencia, una que jamás llegaría.

Leo se deslizó entre las sombras con sigilo hasta alcanzar uno de los laterales de la nave, si la intuición y la orientación no le fallaban, estaba en la parte más cercana al mar.

—¡Ahí! ¡Cogedlo!

—¡Mierda! —exclamó Leo, antes de dejarse caer al suelo desde un segundo piso.

Un intenso dolor subió desde la planta del pie izquierdo hasta la rodilla, en ese punto exacto se intensificó. Rodó por el suelo haciéndose diversos cortes, alguno de ellos algo profundo, pero nada consiguió que detuviera su huida. Una bala pasó rozándole sin embargo, de pronto todo el caos desplegado a su alrededor dio un ligero cambio, no supo muy bien a qué se debía hasta que algunos de los hombres de Patrick empezaron a caer muertos.

—¿Silas? —preguntó, y miró a su alrededor, aunque no consiguió ver nada.

Corrió, mientras una lluvia de balas protegía su ruta de escape, y así fue como supo que Silas se encontraba allí, cubriéndole la retaguardia, como siempre.

Ahí estaba. Silas miró a su alrededor, no tenía con lo que valerse más que la temeridad de sus actos, que esperaba fuese suficiente como, para al menos, cogerlos por sorpresa. No sabía cuántos eran, ni con que armamento contaban, de hecho, Patrick siempre había sido un lobo solitario, al menos lo poco que conocían de él así lo indicaba. Estaba claro que había hecho un gran despliegue de dinero para poder darles caza.

Si Leo hubiese estado ahí no le habría dejado dar un solo paso sin un plan previo, sin estudiar el terreno, sin tener una buena vía de escape... Y después estaba la promesa que le había hecho a Nathalie, sin embargo, era una de esas que no estaba seguro que fuera a poder cumplir. Cada uno tenía su estilo, y el suyo era el de actuar por impulso.

De pronto todo se sucedió muy deprisa, en un abrir y cerrar de ojos, las puertas de ese almacén se abrieron dejando salir a unos hombres, no tuvo tiempo de contar cuantos eran. Todos iban armados hasta los dientes, mirando a su alrededor buscando a alguien, de lo único que estaba seguro era de que no podía ser a él.

El primer disparo que realizó Silas fue certero, en realidad y no era por alardear, todos solían serlo. Alcanzó a uno de los hombres que cayó muerto al instante, un segundo no tardó en unirse. De pronto una lluvia de plomo, el ruido era ensordecedor, y el olor a sangre empezó a flotar en el ambiente. Estaba en posición de cuerpo a tierra, como siempre, parapetado tras unos contenedores. Un tercer disparo acertó entre ceja y ceja a un tipo pelirrojo, Silas sonrió con satisfacción, sin embargo ni tiempo tuvo de nada más, ya que una bala silbó al pasar a pocos centímetros de su cabeza, pudo sentir hasta el calor del metal lacerando su piel. Habían descubierto su posición, ahora ya era solo cuestión de tiempo que se viera rodeado.

A lo lejos, media docena de hombres empezaron a disparar en la dirección en la que él se encontraba. De pronto todo en ese viejo almacén era un caos, gente corriendo, el sonido de las armas, Silas intentaba discernir un patrón, averiguar qué era lo que diablos pasaba ahí, hasta que de pronto lo vio, corriendo en dirección al muelle bajo una lluvia de proyectiles reconoció a su hermano. Leo estaba escapando, no lo había dudado un solo momento. No

pudo evitar soltar una carcajada tan fuerte que se sobrepuso al sonido de ese infierno. Rio tan alto, que hasta se olvidó de dónde estaba. En su retina quedó grabada la imagen de Leo huyendo de allí. Silas se levantó entonces dispuesto a hacerle un fuego de cobertura para que pudiera escapar con tranquilidad. Disparó como un loco, matando a dos hombres más antes de que, por desgracia, una bala lo alcanzara de lleno en el muslo derecho, haciendo que la pierna le fallara y tuviera que hincar la rodilla al suelo. Aún así la sonrisa no le abandonó, ni cuando un hombre apareció por detrás y cubrió su cabeza con un saco, para tirar de él arrastrándolo al interior del local.

Sintió cómo lo arrojaban al suelo, el sonido de las balas había enmudecido, y el viento ya no lo mecía, por lo que se encontraba en el interior del almacén. El pantalón había empezado a encharcarse, lo notaba caliente y pegajoso, además del dolor que en cualquier momento haría que perdiera el conocimiento. Pero nada de eso importaba, y de pronto las ganas de reír ganaron la batalla a todo lo demás que sentía, y no paró ni cuando alguien lo golpeó repetidas veces en el costado, hasta fracturarle alguna costilla.

—¿Te hace gracia pringado? —gruñó el tipo, tirando del saco que cubría su cabeza. En un primer momento la luz lo cegó—. Hemos perdido al menos cinco hombres por tu culpa —escupió y volvió a golpearlo.

—¡Déjalo! El jefe lo quiere vivo.

—¿Para qué? ¿Para que se escape como el otro?

Silas no pudo evitar volver a reír. Leo había escapado y nada en el mundo podría hacerlo más feliz que eso.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamó el tío volviéndolo a patear en el costado.

—Hostias —se quejó Silas sin poder reprimir del todo aún la carcajada—. Me has partido una costilla —afirmó. Sopló casi sin aire dándose la vuelta y quedando recostado en el suelo sobre su espalda—. Si Leo os ha dado problemas, ahora viene el bueno de la familia.

—Eres muy chulito para haberte dejado atrapar.

—Estoy exactamente dónde quería estar —aseguró Silas.

—Ya —soltó el hombre dejándolo solo en esa habitación—. Eso me lo cuentas cuando llegue Patrick, tiene muchas ganas de verte.

Era un sitio pequeño y húmedo, estaba claro que la comodidad no importaba, Silas no pudo evitar sonreír pensando, en que nunca un secuestro iba a ir acompañado de una habitación en un hotel de lujo con servicio de todo incluido, y era una lástima, los secuestros serían mucho más divertidos.

—Ahora solo tengo que ver la manera de salir de aquí —susurró una vez estuvo solo.

Al menos Leo estaba a salvo y nadie sabía siquiera que Nathalie existía, había matado al único hombre que la había visto. En ese sentido podía estar tranquilo. Silas se sentó con la espalda apoyada en la pared, le dolía el cuerpo entero y puede que la herida de bala fuese algo más preocupante de lo que en un principio había imaginado. Intentó hurgar en ella, sin embargo el dolor le hizo desistir de seguir intentando alcanzar el trozo de proyectil que, a buen seguro, se había quedado adherido al músculo.

Si seguía sangrando pronto perdería el conocimiento.

—¿Hola? —gritó entonces—. ¿Hay alguien?

Pero, por el único compañero con el que contaba era el silencio. Ayudándose con la pared consiguió ponerse en pie, trastabilló un par de veces hasta llegar a la puerta metálica, perfectamente cerrada. Golpeó con ambos puños.

—El servicio de habitaciones en este antro deja bastante que desear —se quejó consciente que tras la puerta había alguien apostado, no iban a cometer el mismo error dos veces, ya se les había escapado Leo, no iban a ponérselo tan fácil a él—. ¡Tú! Gilipollas —escupió—. Como no hagáis algo voy a desangrarme y creo haber entendido que solo pagan si estoy vivo.

—¡Calla! —le ordenaron desde fuera.

—Yo solo digo que, si queréis cobrar, más vale que me ayudéis con esto... —gritó—. No sé lo que aguantaré —soltó en un susurro inaudible apretando los dientes por el dolor.

Silas se dejó caer contra la puerta sin saber muy bien qué hacer a continuación. Le costaba respirar y el pulso le iba a mil por hora, empezó a marearse y a ver luces de colores bailando a su alrededor, cuando ya creía estar a punto de perder el conocimiento, la puerta se abrió. Lo último que vio fue a dos hombres entrar.

Era una verdadera lástima, si tenía que morir, habría preferido que Nathalie fuese lo último que viera.

—¡Tiene que ser una broma! —gruñó Leo fuera de sí, y cogiéndola de la mano tiró de ella en dirección al callejón—. ¡Deja de llorar! —exigió, sin ser consciente que eso iba a ser imposible.

Leo miró a Nathalie a los ojos, enrojecidos e hinchados, pero con una determinación casi desconocida. Había sido una locura salir de ese almacén, los disparos, ser consciente que Silas estaba allí y no podía hacer nada por él, el saber que ahora su hermano ocupaba su lugar. Leo apretó las manos hasta convertirlas en dos puños, estaba furioso, y sin poder ni querer evitarlo golpeó con fuerza contra la pared, de la que se desprendió algo de polvo.

—Leo... —trató de hablar Nathalie.

—¡Calla! —escupió él, sin molestarse en esconder el cabreo que sentía—. Para una vez que Silas hace algo con cabeza como mandarte lejos... ¿Por qué has vuelto? —preguntó mirándola a los ojos—. ¿Tan estúpida eres?

—¡No me llames estúpida! —rugió ella empujándolo—. He vuelto porque... Pues porque... —Y de pronto enmudeció, consciente de que había vuelto porque quería a Silas, pero sin atreverse a verbalizarlo en voz alta.

—No hay tiempo para esto, tenemos que sacar a mi hermano de allí cuanto antes —sentenció Leo, entendiendo sin palabras lo que le pasaba a la chica.

Leo tomó la mano de Nathalie para tirar de ella en dirección al final del callejón, no la soltó mientras se mezclaban con el tumulto de gente que había a esas horas en las calles de la ciudad. Necesitaba pensar, caminar le despejaba las ideas, y no podía correr el riesgo de perderla entre la gente, su hermano no se lo perdonaría jamás. Caminaba algo renqueante, le dolía el cuerpo y tenía fracturadas seguramente un par de costillas, aunque nada importaba, solo la necesidad de sacar a Silas del lío en el que se había metido.

Apretó con fuerza su mano alrededor de la muñeca de Nathalie, mientras la arrastraba por las calles, y su mente intentaba dilucidar un plan. Ese que con toda seguridad, Silas no había tomado ni en consideración hacer, se había presentado allí solo armado y con ganas de armar bronca, muy típico de él, al menos había tenido el detalle de hacer que Nathalie se marchara, a pesar de que la muy estúpida volvía a estar allí. Llegados a ese punto Leo no sabía si apostar a que la chica era una temeraria, o estaba tan enamorada de Silas que

no le importaba arriesgar su vida. Cosa que no entendía. De hecho, no entendía nada que tuviera que ver con el corazón. Sin embargo ahí estaba con él, demostrando el poco aprecio que tenía por su integridad.

Cuando la había visto aparecer cerca de ese almacén pensó que era una alucinación, ¿qué hacía ella allí? Por un momento había pensado que con el estrés del momento veía visiones, pero no, ahí estaba ella, corriendo en dirección a los disparos con la determinación destilando en sus ojos.

Leo paró en seco y Nathalie lo imitó a su lado, en total y escrupuloso silencio. Lo miró aunque no dijo nada.

—Ellos no saben nada de ti —dijo Leo en un hilo de voz—. Eres una idiota si creías que así ayudabas a Silas —escupió tirando de ella hacía el lateral de una cafetería—. Lo único que lograrás si te pones en peligro, es que Silas pierda el control y cometa otra tontería.

—Lo siento, pero no podía irme —comentó Nathalie en un susurro.

—Ellos no saben que tú existes, puede que tengamos alguna posibilidad.

—Haré lo que sea, lo que tú digas que haga.

Ambos se quedaron el uno frente al otro, mirándose, midiéndose. Nathalie había perdido el miedo y ahora solo sentía la angustia de no saber si Silas estaba bien, si estaba herido o... Sacudió la cabeza y descendió la mirada.

—¡No! Enfréntate a ello —dijo Leo como si fuese capaz de leer su mente—. Necesito que seas consciente de todo lo que implica estar con nosotros. ¿Piensas que puede estar muerto? —le preguntó. La sombra del miedo cubrió la mirada de la chica—. ¿Crees que yo no siento lo mismo que tú? ¿Crees que no tengo miedo? Hazte con él, el temor puede ser un gran aliado si sabes cómo usarlo —la instó.

—Estoy aterrada —le confesó ella—, pero haré lo que tenga que hacer para salvar a Silas.

Leo la empujó haciendo que su espalda quedara pegada contra la pared y la aprisionó colocando una mano a cada lado de su cabeza. Intimidaba. Ese hombre la intimidaba, aunque ahora, con la perspectiva de las semanas, empezaba a entenderlo. Leo clavó su mirada azul en ella, y Nathalie no la desvió en ningún momento, se mantuvo firme y serena, al menos todo lo que pudo, sintiendo la proximidad de Leo, el calor de su cuerpo, su respiración acariciándola en el rostro.

—Es mi hermano —gruñó él.

Por primera vez mostró algo parecido a la debilidad, en ese momento a Nathalie le pareció humano e instintivamente se alzó sobre la punta de sus pies

y rodeó su cuello apretándolo contra ella. Ese abrazo cogió totalmente desprevenido a Leo, que no supo cómo debía reaccionar, sintió el calor del cuerpo de la chica y de pronto se abandonó un poco a ese sentimiento de culpabilidad, miedo y angustia. Las palmas de sus manos seguían a cada lado del cuerpo de ella, apoyadas contra la pared, y le costó un poco hacerlas descender para corresponder a ese gesto. Un abrazo, por primera vez en mucho tiempo notó qué se sentía al ser abrazado y, por un momento, pensó que no estaba tan mal.

—Tú solo dime qué quieres que haga —le susurró Nathalie en el oído.

—Tenemos mucho trabajo —dijo él. A regañadientes Leo deshizo el abrazo y el momento que se había creado entre ellos se evaporó, dejando solo evidencias de eso en sus enrojecidas mejillas—. Vamos a pillarlos por sorpresa. En el momento que aprietes el gatillo por primera vez, no habrá vuelta atrás. ¿Estás preparada? —inquirió mirándola a los ojos.

—Estoy dispuesta a disparar y ser disparada —sentenció Nathalie con total seguridad y firmeza.

—Tengo que lograr que entres sin que nadie te vea.

—¿Y tú? —preguntó ella.

—¿Yo? Ohh, créeme que voy a hacer que me vean —sonrió Leo, consciente de que ese plan era más propio de Silas que de él.

—Temía que dijeras eso, en el fondo, sois los dos iguales —comentó la chica.

—Yo soy un poco más guapo —bromeó él, tratando de quitar hierro al asunto.

Nathalie quiso refutar eso, pero no dijo nada, le gustaba ver esa faceta tan desconocida de Leo.

—Lo haremos al estilo Silas, con fuego —sonrió Leo, cogiéndola de la mano de nuevo para empezar con su alocado plan.

Cuando Silas despertó estaba de nuevo solo, la pierna seguía doliéndole a rabiar, sin embargo alguien se había tomado la molestia de sacarle la bala y hacerle un vendaje, que aunque algo chapucero, había servido para no morir desangrado. Algo era algo, pensó. Se incorporó como pudo, quedándose sentado con la espalda contra la pared, se frotó los ojos con el dorso de la mano y lanzó al aire un hondo suspiro, que desapareció en el silencio que se había creado entre esas cuatro paredes.

Estaba perdido. Era una idea que rondaba su cabeza desde que había despertado, o puede que hubiese soñado con eso. Esperaba que Leo fuese lo suficientemente inteligente como para no volver a acercarse a ese lugar, y él... Silas suspiró de nuevo, no le gustaba romper promesas y menos cuando era la primera vez que realizaba una, no obstante Nathalie lo entendería, o eso esperaba. No podría ir a por ella, si sobrevivía a eso, cosa que cada vez ponía más en duda, pasaría una temporada antes de que lograra ir a buscarla, en realidad antes de que pudiera volver a hacer cualquier cosa. Si pudiese pedir un deseo, sería poder decirle a Leo que lo dejara allí, ya estaba más muerto que vivo, y que fuese tras ella, puede que su hermano mayor fuese capaz de ocupar su lugar y hacerla feliz, tampoco sería raro, cosas más extrañas se veían a diario. Silas sacudió la cabeza, le dolía tanto todo el cuerpo que posiblemente estaba enloqueciendo y pronto volvería a perder el conocimiento.

—Vaya, así que ya te has despertado —preguntó un tipo, entrando donde lo tenían retenido.

—Que va... —La voz de Silas sonó tan entrecortada como era su respiración—, es un espejismo, sigo durmiendo, ¿no me ves?

El hombre tuvo que reprimir el impulso de volver a golpearlo, Silas ofrecía un aspecto tan lamentable que en cualquier momento cerraría los ojos para no volverlos a abrir.

—Toma —gruñó lanzándole un botellín de agua—. Bebe —le ordenó.

—Prefiero un zumo natural, de naranja y sin pulpa —comentó con sorna Silas.

El hombre se agachó a su lado, tomó la botella de agua desenroscando el

tapón, cogió con una mano a Silas por la barbilla obligándole a alzar la cabeza y, empezó a vaciar el contenido de la botella sobre su rostro. Silas sintió como se ahogaba, intentó tragar el agua y respirar, pero pronto se le hizo imposible y empezó a toser tanto, que a punto estuvo de vomitar. Cerró los ojos que se le habían llenado de lágrimas, para intentar serenarse.

—No eres tan duro —se burló entonces el hombre.

—Me han disparado dos veces en menos de doce horas —justificó Silas —, me gustaría verte a ti.

—Sigue con vida —le dijo el hombre antes de levantarse—, al menos unas horas más, me has causado demasiadas molestias como para que encima no me paguen por ello.

—Haré lo que pueda —aseguró él.

—Buen chico... —soltó el tipo, acariciándole la cabeza como si de un perro se tratase, después terminó de levantarse para dejarlo solo de nuevo en esa habitación.

—Cuando Leo venga a por mí, recuérdame que te mate lentamente.

—Lo haré —aseguró el hombre, antes de cerrar a puerta tras de sí.

Las siguientes horas pasaron como entre brumas, en un estado de semiinconsciencia, iba del dolor a la desesperación. Por momentos chillaba y golpeaba la puerta, para después caer al suelo dejándose abrazar por el silencio y la soledad. Soñó con Nathalie, en esa primera vez que la vio, vestía unos pantalones cortos y una camiseta deportiva, llevaba el pelo recogido en dos largas trenzas y al verle le sonrió. Su sonrisa había sido lo primero que le había llamado la atención, esa misma noche fue la primera que la escuchó llorar, no entendía el motivo por el que una chica tan bonita como ella estaba tan triste, después conoció a Marcus y todo encajó. Los tipos como Marcus deberían ser erradicados de la faz de la tierra, ninguna mujer merecía ser tratada de ese modo, y los tíos como Marcus jamás lo sabrían hacer mejor, principalmente porque no les interesaba.

Sin embargo, él quería hacer feliz a Nathalie, era lo que más deseaba. En ese momento, con el dolor recorriendo todas las fibras nerviosas de su cuerpo, lo único que lo mantenía aún consciente era pensar en ella, en cogerla de la mano, besarla, quererla, hacerle el amor... Fantasizó con eso, con devorar su cuerpo desnudo hasta el amanecer. Si salía de esa, si lograba ver otro amanecer, juró buscarla, amarla y respetarla por el resto de su vida, o al menos hasta que ella se cansara de él, lo que llegara primero.

—Vaya, vaya, vaya... así que, tú eres Silas...

Silas intentó abrir los ojos y enfocar a la persona que le hablaba, en un principio no reconoció al hombre, aunque la voz le resultó familiar.

—Eso dicen —consiguió murmurar.

—No te veía desde que eras más o menos.... —El hombre dudó, mientras alzaba la mano buscando en el cajón de su memoria, hasta que la posicionó a la altura de su cadera—, así de alto.

—He crecido un poco desde entonces —intentó hacer burla Silas—. Disculpa que no me levante, es lo que tiene quedarse sin padres tan temprano, carezco de modales.

Patrick observó al chico y no pudo evitar que le diera un vuelco el corazón. Verdaderamente Silas se parecía mucho a su madre. Patrick apretó los puños y se tuvo que obligar a respirar.

—Sin Leo, esto no va a ser divertido —aseguró el hombre—. ¿Qué te parece si esperamos a tu hermano? —propuso.

—Por mí puedes ir empezando, puede que Leo se retrase un poco.

—Ohhh... no creo... según mis informadores está a punto de llegar.

Una sombra nubló el rostro de Silas.

—Leo no es tan estúpido —escupió Silas con convicción.

—No subestimes a un hombre desesperado, tiende a ser más gilipollas de todo —rio Patrick—. Sin embargo, debo reconocer que me habéis sorprendido, llevo tras vosotros mucho tiempo y hasta ahora siempre habíais tenido mucha suerte.

—Venga querido tío, no confundas suerte con habilidad y yo soy muy bueno en lo mío —declaró Silas, esbozando una sonrisa.

—Sea como sea, antes de caer la noche, los dos seréis míos. Nos divertiremos.

—Lo siento, no me va el porno gay.

Y dicho eso Silas se alzó con toda la velocidad que las dos heridas de bala le permitieron y, cogiendo totalmente desprevenido a Patrick logró situarse a su espalda. Lo agarró, y manteniéndolo así lo amenazó con una esquirra de hierro que había logrado arrancar de una de las paredes.

—Vaya Silas —rio Patrick—. Me has sorprendido, me rindo —se burló.

—Como te dije, soy el mejor —alardeó él, sin advertir el tipo que se acercaba por su espalda.

Cayó al suelo cuando algo lo golpeó con fuerza en la cabeza, al menos lo había intentado.

Patrick se agachó al lado de su sobrino para observarlo, tras esa fachada

desenfadada se encontraba el verdadero Silas, no dejaba de ser un crío asustado, a Patrick le alegró observar como el chico era consciente de que ese iba a ser el final. No pudo evitar soltar una carcajada antes de salir de la habitación, Leo estaba a punto de llegar.

30

No había salido tal como había planeado, pero Leo estaba dentro, y Nathalie también, ahora solo quedaba confiar en ella. «Confiar en ella», Leo se estremeció ante esas palabras. No había sido tan difícil, Patrick empezaba a quedarse sin efectivos y eso había jugado en su favor. La verdad era que habría podido ser peor, tan solo un par de heridas de arma blanca que, si bien dolían, no eran preocupantes. Suspiró, sí, verdaderamente podría haber sido peor, y esperaba que su hermano...

Y mientras uno de esos hombres lo empujaba, otros dos lo apuntaban con sus armas. Habían aprendido la lección, no iban a volver a subestimarle. Pero nada de eso importaba, la mirada de Leo oscilaba por toda esa gran nave, en busca de lo único que le importaba, hasta que al fondo del todo, lo vio. Silas estaba muy malherido, motivo por el que caminaba a pasos cortos, como si le costara un infierno poder avanzar. Leo se estremeció por completo cuando pudo verlo mejor, tenía que hacer algo pronto, o Silas no saldría de esa, estaba demasiado lastimado.

—Pero... qué... ¡Silas! —Sin embargo, Leo no pudo terminar la frase, murió en sus labios cuando vio cómo su hermano se arrodillaba lentamente frente a él con las manos enlazadas en la nuca, encañonado por una pistola. Y a pesar de qué sabía que eso era lo que debía pasar, Leo sintió como todo su cuerpo reaccionaba ante esa visión, sintió rabia, hasta el punto del descontrol, por eso cerró los ojos un instante, no podía dejarse cegar por la ira, no con un arma apuntando la cabeza de su hermano. Las que le apuntaban a él habían dejado de importarle.

—Bonita reunión familiar —dijo Patrick, dando un paso al frente para dejarse ver, pues hasta el momento la escasa luz lo había dejado oculto en las sombras.

—Prefiero esas navideñas con dulces al final —bromeó Leo, intentando por todos los medios que el miedo no calara en el tono de su voz.

—¿Te alegras de verme, sobrino? Cuando estuviste aquí no tuvimos ocasión de charlar, te fuiste demasiado pronto.

—Si lo tratasteis como a mí, entiendo su prisa por irse —susurró un malherido Silas.

—Vaya, lamento que no te hayas divertido conmigo, sobrino...

—No soy muy familiar —respondió Silas, con lo que recibió un golpe con la culata del revolver.

Si seguían golpeándolo, Silas no lo contaría. Leo tomó una bocanada de aire para intentar templar los nervios. Solo necesitaba que Nathalie lograra realizar su parte, y pudiesen escapar de allí, tal como habían acordado.

—Por qué no dejas el arma y hablamos tranquilamente —ofreció Leo, intentando así que Silas no recibiera ningún otro golpe.

—Lo he estado pensando largo y tendido y... no, creo que ya pasó el momento de hablar —dijo Patrick—. Es hora de actuar.

—Y qué pretendes, ¿matarnos? —preguntó Leo.

—Chico listo —corroboró el hombre.

—No creas, tiene sus momentos —apuntilló Silas y cerró los ojos antes de intuir un nuevo golpe en el centro justo de su cabeza, ese dolió un poco más y pudo notar como el pelo empezaba a pringarse con la sangre.

—Nunca has sabido callar —le recriminó Leo, viendo el lamentable aspecto que a esas horas ofrecía su hermano.

—Ni tú dejar de regañarme por todo —se quejó el chico.

—Es que pareces tonto... —le reprendió Leo.

—¿Yo tonto? Vete al cuerno... —gruñó molesto Silas.

—El que tiene la pistola soy yo —vociferó Patrick, viendo la manera en la que ambos hermanos lo ignoraban.

—Perdona —se disculpó Leo, volviendo a prestarle de nuevo atención—, está bien, vas a matarnos, ¿tenemos alguna otra opción o vía de escape? ¿Algo que podamos hacer o decir para salir de esta? ¿Dinero o...? —preguntó, mientras sus ojos se movían entre esas cuatro pistolas que los apuntaban. Lo tenían crudo.

—Me temo que no, sobrino. —Patrick lo miró con condescendencia, le dolía que a esas alturas aún no entendieran que lo único que debían hacer era morir sin más, no había nada en este mundo, que lograra cambiar eso.

—¿Seguro? —insistió Silas desde el suelo—. No sé... tengo por ahí unos cómics en perfecto estado de...

—¡Oh venga! —se quejó Leo exasperado, porque su hermano no pudiera tomarse en serio ni esa comprometida situación.

—¿Qué? Solo tanteo... Soy muy cabezón con eso de seguir vivo.

Patrick no pudo evitar dejar los ojos en blanco, se alegraba de que eso fuera a terminar, de hecho, había durado ya demasiado. Hacía años esos dos

críos deberían haber muerto, lo había planeado todo a la perfección, pero al final todo salió mal. Ellos eran los que debían haber muerto, no ella... ella jamás. Patrick se tensó al pensar en la esposa de su hermano, la madre de sus sobrinos, la mujer de sus sueños. Él la había amado desde el primer momento, aún después de tanto tiempo seguía haciéndola, él sí la habría hecho feliz. Todo el cuerpo de Patrick se tensó con esos pensamientos, con el recuerdo del color de sus ojos, de la maravillosa sonrisa que aún lograba ver en sueños, sintió como la mano se aferraba con más fuerza alrededor de la pistola y el dedo índice desplazaba unos milímetros el gatillo.

Desde la distancia Leo observó ese casi imperceptible movimiento en la mano de Patrick y, su primer instinto fue dar un paso hacía su hermano, cuando uno de los tipos que lo apuntaban a él, carraspeó para hacerle desistir. La situación se estaba complicando demasiado.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los hombres a su espalda.

Una neblina y ligero olor a humo empezó a inundar la nave. Fuego. Leo luchó con fuerza para que la sonrisa que pugnaba por aparecer en sus labios no lo hiciera y su cara siguiera siendo inexpresiva, aunque por dentro saltaba de alegría.

—Id a ver que es lo que ocurre —ordenó Patrick—. Yo me encargo de ellos.

Los hombres incurrieron en un momento de duda, pero al fin y al cabo, su trabajo estaba hecho, y ya solo quedaba cobrar.

—¿Una última jugarreta sobrino?

—¿Yo? —inquirió Leo con cara de inocencia—. Estoy aquí, no he podido hacer nada.

—Sabes que es el final, ¿verdad? —Patrick lo miró con emoción contenida.

—Lo sé —confesó Leo—, y ya que voy a morir, al menos, dime cómo lo has hecho, ¿cómo has logrado dar con nosotros? Siempre hemos sido muy cuidadosos.

—¿Bromeas? —sopló Patrick sorprendido de que realmente pensara eso—. Ha sido un juego de niños, teniendo en cuenta tu escasa originalidad en los golpes. Eso lo has heredado de tu padre —comentó con desdén—, tan cuadriculado, tan metódico, tan aburrido —escupió.

—Debió ser jodido que el metódico y aburrido se llevara a la chica —atacó Leo sin pensar, y notó como su tío se tensaba.

—Vuestra madre se dejó engatusar por unos ojos bonitos... En fin —

suspiró Patrick, ya nada podía hacer, ella estaba muerta, y esos dos críos tenían la culpa de ello, por eso iban a pagarlo con su vida—. ¿Por cuál empiezo? ¿Quién quiere morir primero?

El silencio se instauró en ese almacén en el que los tres habían quedado solos. Era mejor así, Patrick no quería que nada ni nadie ensuciara el recuerdo que le quedaría de ese feliz momento, recuerdo del cual disfrutaría una y otra vez hasta el fin de sus días. Ya podía saborear su venganza, el preciso momento en el que los dos hermanos cayeran muertos. Cerró los ojos un instante, paladeando la felicidad que ya empezaba a sentir. Jamás deberían haber nacido, él solo aportaba orden al caos que había ocasionado su hermano, simplemente reestablecería las cosas según deberían haber sido siempre.

El humo se intensificó, Silas alzó la mirada que se cruzó un instante con la de Leo, tenía ojos de culpabilidad, lo conocía demasiado bien. Él había encendido el fuego, pero... Silas intentó mirar a su alrededor, aunque apenas podía alzar la cabeza, le dolía todo el cuerpo de hecho, no entendía cómo a esas alturas seguía consciente, carraspeó cuando notó que a sus ya dificultades respiratorias, se unía el humo que entraba poco a poco en sus pulmones.

—¡Fuego! —se escuchó gritar a alguien.

—¡Apagadlo idiotas! —ordenó a voz en grito Patrick, clavando su iracunda mirada en Leo—. ¿Ese es tú último numerito? Juegas ya a la desesperada sobrino, sin embargo por tu mirada sé que sabes, que este es el final, decidid ¿quién va a morir primero?

31

Entrar, hecho.

Escondarse, hecho.

Observar impasiva como esos hombres se abalanzaban sobre Leo, hecho.

Morirse de miedo, hecho.

Nathalie se había obligado a seguir todas las indicaciones de Leo, sin dudar, sin improvisar, sin cuestionarse nada. Le dolió ver cómo uno de esos energúmenos clavaba lo que parecía ser una navaja en el abdomen del chico, y casi gritó horrorizada cuando entre los cuatro consiguieron reducirlo y llevárselo arrastrando. Los había perdido de vista una vez hubieron traspasado una enorme puerta de metal.

Respiró despacio y contó hasta cien, como le había indicado Leo que hiciera, ni noventa y nueve, ni ciento uno, sino cien. Después comprobó que realmente estaba sola y al salir se dirigió hacia la parte más alejada, empezando a buscar algo con lo que encender un fuego. «Lo haremos al estilo Silas», había dicho Leo.

Había sido la primera vez que provocaba un incendio, y pensó que no se le había dado tan mal, puede que lo convirtiera en su sello particular. Ver la manera en la que esas pequeñas llamas ganaban en intensidad y virulencia, la habían hecho sentir poderosa. Los primeros gritos de alarma llegaron a través de la gran puerta de metal, por dónde se habían llevado a Leo, y donde suponía se encontraba Silas. Ahí terminaba su trabajo. Eso era todo. Había seguido las instrucciones al pie de la letra y ahora tocaba desaparecer y confiar en que ellos fueran capaces de salir. Iba a hacerlo, estaba a punto de abandonar ese descomunal almacén, cuando comprendió que no estaba hecha para obedecer órdenes, y menos si la vida de ellos dos estaba en peligro.

Cuatro hombres pasaron corriendo por su lado sin percatarse de su presencia. Los mismos que se habían llevado a Leo, lo que significaba que «el malo» ya no contaba con muchos más efectivos. Sin duda, los hermanos habían hecho una buena escabechina con esos esbirros. Nathalie se descubrió a sí misma sonriendo ante la idea de todos esos hombres muertos.

No sin temor, y viendo cómo las llamas avanzaban de manera casi imparable, decidió traspasar al otro lado del local, encontraría a Silas,

encontraría a Leo y les ayudaría a escapar. Así lo decidió.

En el otro lado, los hermanos seguían en la misma posición. Las rodillas le dolían y los brazos se le habían adormecido. Silas hizo un último esfuerzo y juntando las escasas fuerzas que le quedaban alzó la cabeza para poder mirar a su hermano una vez más y poder dedicarle una sonrisa, bien pudiera ser la última. Su tío se moría por saber cual era la elección, ¿quién debía morir primero?

—Hombre, Leo es el mayor, lleva más tiempo en este planeta —apuntó Silas en ese momento, al que ya apenas le quedaban fuerzas para seguir allí arrodillado.

—El pequeñín ha elegido —confirmó Leo, aceptando la decisión de Silas —, supongo que puedes empezar por mí, lo merezco, tienes razón, siempre he sido tan exigente y tan meticuloso, que me he vuelto totalmente predecible, aunque permíteme que te diga Patrick, que has pasado por alto un pequeño detalle.

—¿Sí? —inquirió el hombre, aunque sin especial interés, ya solo podía pensar el momento de apretar el gatillo, todo él temblaba de emoción—. ¿Cuál?

—Algo minúsculo en realidad —siguió Leo con voz calmada, mirándolo directamente a los ojos.

—Sorpréndeme —suspiró Patrick, cansado ya de tanta charla.

—Puede que yo me parezca a mi padre, pero ya sabes cómo era mamá: alocada, divertida, totalmente caótica e impredecible... y ¿sabes una cosa? Silas siempre ha sido como mamá...

Los ojos de Patrick se abrieron desmesuradamente, notó una presencia a su espalda, sin embargo ya fue demasiado tarde.

—*Home run*, gilipollas —espetó Nathalie, justo tras él.

Patrick no tuvo ni tiempo de girarse, cuando un palo de hierro usado al más puro estilo de bate de *baseball* se estrelló con violencia contra su cabeza. Nathalie imprimió en ese golpe toda su fuerza, la rabia y el miedo contenido durante esas horas, que era mucho. Golpeó con tanta contundencia, que el sonido del cráneo al estallar reverberó en el viejo almacén.

—¡Toma ya! —exclamó Nathalie llena de júbilo, al ver al hombre caer sin vida a sus pies.

Silas abrió mucho los ojos, ¿qué hacía ella allí? La miró entre sorprendido, agradecido y totalmente enamorado. Se levantó todo lo rápido que sus heridas le permitieron, se abalanzó sobre ella tomándola de la cintura

para levantarla del suelo y abrazarla con las pocas fuerzas que le quedaban.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Silas casi sin aliento, pero sin que pasara inadvertido cierto tono de enfado aderezado con altas dosis de alivio.

—Robarte de nuevo el momento, la chica salva al chico —soltó una sonriente Nathalie—. ¡Oh, joder! —exclamó de pronto, al alzar la mano y tocar algo que se escurría desde su cabello—. Por favor, dime que no son sesos de tu tío lo que tengo pegado al pelo.

—No son sesos de mi tío lo que tienes pegado al pelo —mintió él, con media sonrisa.

Y sin dar tiempo a más, Silas buscó sus labios para fundirse en ellos de manera apasionada, como si hubiese estado al borde de la muerte y ella lo hubiese rescatado de las garras del eterno final. La besó con tantas ansias que quedaron ambos sin aliento, sin embargo el beso duró aún más, hasta que se les hizo necesario volver a respirar. Leo los miró un segundo antes de girarse de espaldas para darles algo de intimidad, aunque no pudo evitar esbozar un conato de sonrisa. Se sentía extrañamente feliz.

—¿Lo ves nena? Te dije que sería una historia cojonuda —exclamó Silas de pronto con chulería.

—Lo dijiste —sonrió ella, mirándolo con total devoción—. Y has cumplido con creces —añadió.

—Chicos, no es por meteros prisa, pero el almacén se está quemando y siguen quedando al menos cuatro hombres armados.

—Cierto —corroboró Nathalie—. Tenemos que darnos prisa, ¿puedes caminar? —preguntó alzando la mano, para acariciar la mejilla de Silas.

Silas la miró emocionado y volvió a buscar sus labios lo que ya intuyó podría ser una última vez.

—Te quiero —musitó Silas.

—Yo también te quiero —respondió Nathalie, contenta de haber encontrado el valor de poder decirlo en voz alta.

—No tengas en cuenta lo que va a pasar a continuación, ¿vale? —advirtió Silas, justo antes de caer inconsciente al suelo.

—¡Silas! —chilló Nathalie.

—¡Mierda! —gruñó Leo alcanzándolos—. Ha perdido mucha sangre —dijo. Dándole un solo vistazo a Silas podía advertirse al menos dos heridas de bala, diversas contusiones y una brecha bastante profunda en la base del cráneo—. Tenemos que movernos, ¡rápido!

Ambos se alzaron, Leo lo hizo con su hermano entre los brazos. Nathalie

fue a coger el palo de hierro aunque en último momento cambió de opinión, y arrancó de entre los dedos sin vida de Patrick, su pistola. Leo confirmó dicha elección con un gesto de cabeza.

—Dispara a todo lo que se mueva —le dijo.

—Eso pensaba hacer —confirmó la chica.

—Después hablaremos de porqué eres incapaz de seguir una simple orden. Primero tenemos que salir de aquí.

El calor empezaba a rodearlos, el olor a humo hizo que muy pronto el ambiente fuera casi irrespirable, Nathalie corrió tras Leo, empuñando el arma y totalmente dispuesta a protegerse y protegerlos para abatir a cualquier cosa que se opusiera entre ellos y la salida.

Las manos le temblaban, no podía evitarlo, corrió tras Leo con la mirada clavada en ese cuerpo aparentemente sin vida. Nathalie intentaba desterrar de su corazón el terror de lo que estaba viviendo, pero no podía evitarlo, sobre todo al ver a Silas en ese estado. Temía que muriera. Estaba malherido y magullado y, sin embargo, hasta el último instante había mantenido su peculiar buen humor y eso, la hizo sonreír a pesar de todo.

Al fondo del almacén se encontraba la salida, aunque no tenía claro qué iba a pasar con ellos después de alcanzarla, no podían ir a un hospital, no sin tener que dar unas explicaciones que estaba segura que Leo no estaba dispuesto a realizar. Pero Silas necesitaba atención médica, solo esperaba que Leo supiera qué hacer en esa situación, que para ella era tan abrumadora. Ya solo quedaban unos metros antes de poder alcanzar el final cuando a su espalda resonó el primer disparo.

Nathalie actuó por impulso, movida por el instinto de supervivencia, giró sobre sus talones y sin pensarlo dos veces apretó el gatillo. No contaba con el retroceso, que la hizo tambalearse un poco. Tampoco sabía si la bala había alcanzado su objetivo, rezaba porque así fuera. Volvió a girarse dispuesta a seguir con la carrera para alcanzar por fin la puerta de ese maldito almacén, cuando al hacerlo, algo le heló la sangre.

Justo a sus pies estaba el cuerpo de Leo y tan solo unos metros más adelante el de Silas. Seguramente al desplomarse el mayor había lanzado a Silas hacía adelante.

—¡Leo! —chilló Nathalie agachándose—. ¡Vamos, levanta! —le instó, mientras lo zarandeaba casi con violencia—. ¡Leo! ¡Leo! Por favor despierta...

Mientras lo empujaba, Nathalie observó como de debajo del cuerpo de Leo empezaba a brotar sangre, alzó las manos para ver como toda ella estaba llena de ella, no pudo evitar romper a llorar. A su espalda empezaron a escucharse voces y pasos que corrían en su dirección. Intentó reaccionar, pero el miedo la dejó paralizada, aún así, tomó el arma, sin ser consciente de cuantas balas le quedaban y la alzó al aire, mientras se interponía con su propio cuerpo entre los que estaban a punto de llegar y los hermanos.

Cerró los ojos y disparó tres veces, mientras lloraba desconsolada y gritaba con todas sus fuerzas, antes del cuarto disparo toda su determinación se evaporó y sus brazos descendieron. El arma quedó apuntando al suelo, justo a la altura de sus pies.

Nathalie solo alzó la cabeza cuando el cañón de una pistola la instó a ello, empujando su mentón hacia arriba. El tacto metálico la estremeció, aunque curiosamente no sintió miedo, al menos no más del que ya tenía. Sus ojos se encontraron con los de un hombre de avanzada edad, con mirada fría y aterradora. Tras él otros dos y el devastador fuego que lo estaba arrasando todo.

—¿Habéis matado a Patrick? —le preguntó, con voz ronca.

Nathalie asintió temblorosa temiendo que el tipo buscara venganza, sin embargo, el rictus de ese hombre, en cierto modo se relajó.

—¡Quietos! —gritó, a los que en ese momento llegaban a su altura—. Patrick ha muerto —anunció, apartando entonces la pistola que aún la mantenía encañonada.

—¿Y quién va a pagarnos entonces? —preguntó uno.

—¡Joder! —gruñó otro, guardando el arma.

Nathalie observó a esos hombres intentando que el temblor de sus manos no la delatara, aún empuñaba el arma, aunque parecía que eso no les importaba a aquellos tipos, ella no significaba una amenaza.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó alguien, al que parecía ser el líder.

El hombre miró los dos cuerpos ensangrentados del suelo y después la miró a ella, alzó el arma en dirección a Leo, el cuerpo más cercano a él, dispuesto a asestarle el golpe mortal, pero antes de poder disparar, Nathalie alzó su pistola y lo apuntó directamente a la cabeza.

—Vamos pequeña, ¿eres capaz de disparar? —le preguntó el hombre. Nathalie solo lograba llorar y temblar—. No van a sobrevivir —le dijo entonces él descendiendo el arma, era hasta estúpido malgastar una bala con ellos, ya estaban muertos—. Te has quedado sola.

Esa sentencia la aplastó, sin embargo siguió con los brazos extendidos y el arma apuntando directamente a la cabeza de ese hombre.

—¡Nos vamos! —exclamó el tipo girándose, y dándole la espalda.

—Gracias —susurró Nathalie totalmente rota.

Observó, como todos salían en tropel de aquel infierno en que el fuego había convertido el almacén. Pasaron unos instantes antes de que se atreviera a girarse para poder observarles. Leo, que era el que estaba más cerca, tenía la

camisa encharcada en sangre, no se movía y no podía asegurar que respirara. Se arrodilló a su lado para comprobar que tenía pulso, no obstante era tan débil, que apenas podía notarlo. Nathalie se dejó caer sobre su pecho llorando desconsolada.

—Leo... —susurró, mientras acariciaba su rostro y lo besaba consciente de que eso no era un cuento y él no iba a despertar—. Leo... por favor... despierta, hazlo por Silas, por favor... No nos dejes... te lo suplico, despierta.

Un murmullo incoherente llamó su atención e hizo que instintivamente Nathalie alzara la cabeza, a tiempo de comprobar como Silas parecía estar recobrando el conocimiento.

—Vamos Leo —dijo tirando de él, pero pesaba demasiado para poder arrastrarlo.

De pronto la mano de Leo se aferró con fuerza a su muñeca, Nathalie soltó un grito de terror, estaba sobrepasada.

—Saca a Silas —murmuró Leo con las pocas fuerzas que le quedaban. Una bala había atravesado su abdomen.

—Me iré de aquí con los dos —gruñó ella.

—¡Obedece! —La voz de Leo se alzó incluso por encima del crepitar de las llamas.

Nathalie corrió hasta Silas levantándolo un poco para poder abrazarlo, estaba tan asustada que todo su cuerpo convulsionaba de manera notoria, respiraba de manera entrecortada y apenas podía articular palabra. Y ese maldito humo que la asfixiaba, además tenía todo el cuerpo cubierto de sangre, ya no sabía ni de quién.

Nathalie tiró de Silas para que se alzara y este lo hizo a pesar de que todavía no había recobrado del todo la consciencia. Cargó con parte de su cuerpo arrastrándolo en dirección a la salida, llorando y sin atreverse a mirar atrás, dejando allí olvidado el cuerpo de Leo. Cuando alcanzó la calle era ya noche cerrada, las estrellas brillaban en todo su esplendor aunque no había ni rastro de la luna. Nathalie suspiró, mirando de reojo al hombre semiinconsciente apoyado en su hombro.

—Te quiero Silas —le susurró, sin saber si él la habría alcanzado a escuchar.

El almacén era pasto de las llamas, las primeras sirenas empezaron a retumbar a su alrededor, era el momento de desaparecer. Nathalie empezó a caminar arrastrando el cuerpo de Silas, cuando de pronto pareció volver en sí,

miró atrás llenándosele de pronto los ojos de lágrimas.

—No podemos dejarlo allí —murmuró.

—Es él, nosotros o ninguno —soltó Nathalie con tanta frialdad en la voz, que Silas se estremeció.

Pero Silas tenía razón, no podrían perdonárselo jamás si al menos no lo intentaba. Nathalie lo dejó dentro del coche en el que habían llegado ella y Leo, cerró la puerta y antes de que Silas pudiese añadir nada más, echó a correr en dirección a las llamas. Tuvo que entrecerrar los ojos al entrar, la claridad y el calor dañaban sus retinas, se tapó la boca y nariz con la camiseta y buscó a Leo, que se arrastraba como podía para no ser devorado por el fuego. Dejando tras de sí un reguero de roja sangre, como el camino de un caracol.

—¡Te había dicho que te largaras! —Fue lo que le chilló al verla de nuevo allí.

—Os he salvado de Patrick y os voy a sacar de aquí, ni se te ocurra volver a darme una orden —gritó Nathalie, agarrándolo del brazo para levantarlo, el quejido de Leo no tardó en hacerse escuchar, pero ella siguió tirando de él, con una fuerza que no sabía de donde salía—. A partir de ahora, aquí mando yo.

Apretó los dientes sobreponiéndose al propio dolor, para poder llevar a Leo hasta donde Silas les esperaba. Después se sentó tras el volante, olvidando por completo su temor a conducir, al fin y al cabo, dudaba que ya nada pudiese darle miedo.

Dio gas a fondo justo cuando las primeras dotaciones de bomberos llegaban al lugar. Nathalie abrió un poco la ventanilla para que el frío aire de la noche que se colaba la ayudara a despejarse un poco. Sin destino y sin saber qué hacer, aunque los tres juntos y vivos. Alargó la mano para estrechar la de Silas, mientras sus ojos se desviaron al retrovisor y se cruzaron con la profunda y agradecida mirada de Leo.

—Mi chica es la mejor —musitó Silas antes de dejarse vencer por el dolor.

—Y a partir de ahora —gruñó Leo—, ella es la que manda.

Agradecimientos

Quien me conoce sabe que soy mala con esto, no en agradecer, pues tengo muchos motivos para hacerlo, sino en abrirme y expresarme siendo yo misma. Puede que por eso adore escribir, porque puedo plasmar muchas cosas sin ser la que quede expuesta, hablar a través de mis personajes...

En este último año han cambiado muchas cosas a mi alrededor, aunque dicen que lo bueno enseña y lo malo, aún más. Así que doy gracias por todo lo positivo que me ha pasado y mucho más por lo negativo, ya que me ha hecho madurar como persona y como escritora.

Hay mucha gente a quien agradecer que «Sangre Fría» vea la luz, desde mi correctora, a mis lectoras 0 (esta vez he contado con más de 1), al diseñador de la portada...

Sin embargo, me vais a permitir que, esta vez, haga especial hincapié en alguien que ha estado ahí desde el principio, creyendo en mí y apoyándome hasta lo indecible. Mi marido. Porque solo alguien como él podría encajar con alguien como yo (ya sabéis lo del roto y el descosido). Por saber estar a mi lado en silencio cuando hace falta o dándome el toque cuando me voy a desviar, por tus consejos y tus palabras, por hacerme ver que una pérdida es solo eso y que mi vida sigue más allá. Por hacerme de secretario/mensajero y conseguirme ayuda cuando más falta me hacía, por crearme ilusiones que no sé si un día se cumplirán, pero que sería fantástico que sucediera... Bueno, y porque sí. Porque me da la gana darte las gracias y punto.

A todos los que me leen desde hace ya algunos años y a los nuevos lectores que haya podido atraer hasta aquí, para que sigamos el viaje juntos, que no he dicho la última palabra y como decía mi abuelo: «Esta niña no calla, ni debajo del agua».

Muchas gracias por leerme
Roser ♡